IVET NÚÑEZ



LOS OIRÉIS SUFRIR

LOS OIRÉIS SUFRIR

IVET NÚÑEZ

Per a la mama, com sempre

El alma resiste mucho mejor los dolores agudos que la tristeza prolongada. Jean-Jaques Rousseau.

45

La sombra se retira de la ventana. La casa está en silencio, solo se oye el repiqueteo de la lluvia contra el cristal. Antes de volver a su sitio en el sillón, corre la cortina de terciopelo y la poca luz que iluminaba la estancia se extingue. De un pisotón alcanza el mecanismo que enciende la lámpara de pie situada junto a su trono. Prefiere la iluminación artificial, probablemente por el tiempo que pasó encerrada y su piel no percibió los rayos de sol.

Se acomoda en el sillón y mira el reloj que envuelve su muñeca. La sombra suspira y se pregunta cuándo llegará. Lleva demasiado tiempo esperando y se siente cansada. Se frota el rostro y aprecia las arrugas que han ensuciado su piel, antaño tersa y suave. No le importa, son las cicatrices de la pesadilla que le ha tocado vivir. Son un recuerdo de lo que pasó, aunque sería imposible que lo olvidara. La acompaña día y noche, como un centinela ante la celda de un recluso que ha perdido toda esperanza de volver a ver la luz del sol.

Cierra los ojos unos minutos, pensativa. ¿Su plan dará resultado? De lo que la sombra está segura es de que les pillará desprevenidos. En una sociedad acostumbrada a mirarse el ombligo resultará sencillo. A nadie le importan los demás mientras su bienestar esté asegurado. ¿No lo demostraron ya? La figura que dormita en el sillón lo sabe muy bien, lo ha experimentado en sus propias carnes.

Decide levantarse y su espalda la riñe con un crujido. Los días de encierro empiezan a pesarle, pero no tiene ganas de enfrentarse al exterior. Lleva casi dos años recluida entre las cuatro paredes de su

piso, aunque se consuela pensando que por lo menos tiene buenas vistas. La catedral de Lugo la saluda cada mañana, altiva y solitaria. Ella le responde clavando la mirada en los halcones. Los ve cazar palomas indefensas y los desprecia con todas sus fuerzas. Le recuerdan a ellos, atacando sin piedad y sin miedo a las consecuencias. La sombra, ahora sonriente, les depara el mismo destino que a las ratas con alas de la Praza Maior con las que se dan un continuo festín: los cazadores serán cazados. No les dará ninguna oportunidad de salvarse, ¿acaso ellos lo hicieron?. La rabia la ciega y sabe que si sigue respirando es exclusivamente para exterminarlos uno a uno.

Vuelve a mirar el reloj. Está tardando demasiado en volver, pero no deja que la preocupación la embargue. En su cuerpo solo hay espacio para la ira. El resto de emociones dejaron de existir hace 24 meses. Arrastra por el parqué sus zapatillas azules, ya un poco desgastadas, y abandona el barroco salón. Los ojos que la escrutan desde las fotografías que ocupan cada centímetro de la pared del pasillo la reconfortan. Llega a una habitación detenida en el tiempo y se aproxima al escritorio que la preside. Con manos temblorosas, alcanza el lomo desgastado de un diario que contiene todo el dolor del mundo. Las lágrimas empiezan a correr libres por su rostro. Para evitar el tembleque que sacude sus manos agarra con fuerza un bolígrafo y se lanza a continuar una historia que nunca debió de ser segada.

44

SABELA NOVOA

Sabela marea el café antes de tomárselo de un sorbo. Ingenua, cree que eso la ayudará a calmar los nervios, cuando en realidad el torrente de cafeína que empieza a recorrer sus venas acelerará todavía más un corazón ya de por sí encabritado. Histérica, vuelve a mirarse en el espejo, que le devuelve la imagen de una treintañera rubia con mechones teñidos de rosa más inquieta que un niño en el primer día de curso. Se atusa el pelo con manos temblorosas y respira profundamente. Es adulta, una inspectora con años de experiencia que ha conseguido liderar el grupo de delitos violentos adscrito a la Unidad de delincuencia especializada y violenta, la UDEV. No es posible que un nuevo destino la trastoque de esta manera. Ha sudado para llegar hasta aquí y piensa demostrar que no ha sido un regalo del cielo ni de las cuotas de género que por desgracia siguen siendo necesarias en infinidad de sectores. En su caso, está más que cualificada para sustituir al inspector Madariaga, que pidió un cambio de destino a causa del desgaste físico y mental que le sobrevino tras el caso de la Niebla.

El primer día de octubre ha amanecido encapotado, nada fuera de lo común en su ciudad. Sabela mira por la ventana y reconoce el cielo gallego. Tantos años alejada de su tierra no han conseguido hacerla olvidar el aspecto de las nubes emergiendo de una densa niebla que humedece Lugo sin piedad. Es más, lo ha echado de

menos durante su destino en Marbella, donde nunca se apaga el sol. Alcanza el móvil que ha dejado sobre el radiador, todavía frío, y desliza la pantalla para que le muestre todas las notificaciones que esperan pacientes a ser leídas. Elimina de un plumazo cinco correos electrónicos de Roberto, que a falta de poder escribirle por WhatsApp o llamarla ha optado por mandar sus súplicas a través de Gmail. Hace semanas que no se molesta en leer sus mensajes. Le dejó muy clara su decisión de alejarse y él no la está respetando. Algunos días sopesa presentar una denuncia para borrarlo definitivamente de su bandeja de entrada y de su vida, pero termina descartándolo con la convicción de que acabará desistiendo por él mismo.

Abandona la aplicación del correo electrónico y vaga por la pantalla durante unos segundos sin saber qué buscaba en primer lugar. Le suele pasar en la cocina, cuando abre la nevera y no recuerda qué la ha guiado hacia su frescor. Después recuerda que prometió escribirle un WhatsApp a Azahara en cuanto llegara a la comisaría. Las dos han cambiado de destino en los últimos meses, pero han conseguido mantener el contacto. La pelirroja, famosa en toda España por la resolución de la Operación Brisa y la posterior publicación de *No me dejes sola*, un libro que recoge todos los detalles de la investigación, abandonó Marbella para instalarse en Málaga. Ahora Sabela ha dejado atrás el sur para gobernar el grupo de delitos violentos de la comisaría provincial de Lugo. Desea con todas sus fuerzas hacerlo bien, por eso está tan nerviosa. Estuvo charlando con Madariaga la semana anterior y le dio varios consejos, pero hasta que no se enfrente a sus nuevos compañeros no podrá calibrar correctamente su valía. Respira hondo y vuelve a mirarse en el espejo. «Tú puedes, Sabela», susurra ante su imagen. Después, con la promesa de mandarle un mensaje a su amiga nada más llegar a su nuevo puesto de trabajo, abandona su piso en la Avenida de Coruña y se dirige con paso decidido al que será su nuevo hogar, la comisaría con vistas a la muralla donde tiene el presentimiento de que podrá realizarse profesionalmente. Quizá lo conseguirá con el paso de las jornadas, pero el primer día de Sabela como jefa se

convertirá en una pesadilla. Todavía no lo sabe, pero nada más poner un pie en la sala donde trabaja su grupo se activarán los engranajes de un caso que pondrá su vida patas arriba.

Minutos antes de que todo salte por los aires, Sabela llega a la comisaría, saluda al personal de seguridad con una gran sonrisa, sube al despacho del comisario y recibe las primeras instrucciones. Siente la presión de su nuevo cargo, pero intenta sacudírsela de encima para centrarse en el trabajo. «Hoy va a ser un buen día», se repite como un mantra. Después de tomar otro café, si se le puede llamar así al brebaje que expulsa la máquina de la comisaría, se siente lista para conocer a los que serán sus subordinados. Espera que más adelante sean también buenos amigos, pero no le supondría un problema tener que buscarlos fuera de allí. Sabela es abierta, parlanchina y atractiva. Tiene amigos en toda la península, es la reina de todas las fiestas. Con actitud positiva, empuja la puerta que la separa de su grupo.

—Buenos… —se queda con la palabra en la boca.

—Jefa, bienvenida. Soy Julián Ramírez, su subinspector. Tiene que venir a ver esto —la urgencia en su voz es imposible de ignorar y Sabela se acerca nerviosa.

Ramírez descarga un archivo del correo electrónico del grupo. Cuando la fotografía se abre, Sabela nota como toda la sangre de su cuerpo se acumula de repente en su cabeza. El cuerpo desnudo de un hombre de mediana edad, con el abdomen desgarrado y repleto de pastillas, le confirma a Sabela que su primer caso en Lugo va a ser el más duro de su carrera.

43

SUSANA VEIGA

Un solitario rayo de sol cae sobre su frente y le hace entrecerrar los ojos. Vaya, va a tener que alejar la butaca de la ventana para seguir leyendo. Susana no soporta que la claridad impacte directamente contra sus ojos, por eso siempre usa gafas de sol aunque esté dentro de casa. Miguel, el mediano de sus hijos, siempre se ríe de ella, pero le da igual. Quiere sentirse cómoda cuando navega entre las páginas de los libros que le dan paz. El que tiene ahora entre sus manos le está gustando, no puede dejar de leer y esa es la sensación que más placer le genera cuando bucea entre letras.

Se levanta de la butaca dispuesta a empujarla unos metros hacia atrás, pero alguien presiona el timbre de su piso justo en ese momento. Abandona la novela sobre la mesa del comedor y se dirige a la puerta. Echa un vistazo a la pantalla del nuevo interfono que la comunidad le ha obligado a poner y que le ha costado un ojo de la cara. Otra vez es Daniel, que se resiste a usar las llaves. Apenas un minuto después, sus finos nudillos impactan contra la puerta. Impaciente, acompaña la melodía con un grito y finalmente pulsa el timbre.

—¡Mamá!

—Ya voy, ya voy —abre la puerta con hastío— ¿Cuándo vas a dejar de llamar para que te abra?

—Ay, mamá, es que tengo las llaves en el fondo de la mochila y me da pereza buscarlas.

—El próximo día no te abriré.

Daniel se aleja por el pasillo consciente de que su madre no cumplirá la amenaza. Es la cuarta vez esta semana que se lo advierte, pero continúa abriéndole la puerta cada vez que hace sonar el timbre. Al llegar a su habitación, deja la mochila pintarrajeada con Tippex sobre la silla donde acumula la ropa sucia y se estira en la cama. Unos pasos se acercan por el pasillo y decide ponerse los auriculares antes de que su madre le importune. Sin embargo, su voz es tan potente y chilla tanto que se vuelven inútiles y se los arranca de las orejas.

—¿No vienes a comer? —le pregunta Susana asomando la cabeza a la cuadra en la que duerme su hijo.

—No tengo hambre.

—He estado toda la mañana cocinando —lamenta la mujer—. Ya son las dos, ven a poner la mesa.

—He dicho que no tengo hambre. Come tú.

Susana no quiere volver a discutir con su hijo. La adolescencia está tensando su relación, que antaño era muy cercana. A veces, sencillamente, no lo soporta. Desearía no haber idealizado tanto la maternidad cuando decidió junto a su marido formar una familia numerosa. Si se hubiera conformado con un solo hijo, su primogénito Marcos, ahora sería libre para seguir leyendo y no tendría que soportar los desplantes de un mocoso de quince años mal llevados. Se dirige a la cocina, donde calienta la lasaña de verduras que con tanto esmero ha preparado para su hijo. No es fácil cortar todas esas hortalizas con una sola mano, pero el cuervo que come cada día en casa no parece agradecerle el esfuerzo. El pitido del microondas la devuelve a la realidad. Coge el plato con la mano derecha, la única útil desde el accidente que le fracturó el

cúbito y el radio y que la obliga a llevar un yeso y soportar el picor rascándose con un lápiz que le araña la piel. En ese momento, desea con todas sus fuerzas que el tiempo corra más rápido, su brazo sane y pueda por fin volver a trabajar. No está hecha para ser ama de casa, eso lo tiene claro.

Susana come a toda prisa mientras en la televisión hablan del último caso de violencia machista que ha conmocionado el país. Apenas se fija, concentrada en terminar rápido de comer para volver a sumergirse en la novela. Tiene que llegar a meta hoy, pero todavía le quedan muchas páginas por leer. Sumida en sus pensamientos, solo vuelve a la realidad cuando el presentador habla de una última hora que llega desde Lugo. Su espalda se tensa hasta quedar apoyada por completo en el respaldo de la silla. ¿Desde Lugo? No puede haberlo oído bien. Ya tuvieron un caso de asesinatos dos años atrás, ¿cómo es posible que suceda de nuevo en una ciudad en la que nunca pasa nada? Sube el volumen de la televisión para no perderse los detalles y se concentra en las imágenes.

—¿Estás sorda o qué? —le riñe su hijo, que se ha acercado a la cocina para coger una bolsa de patatas que le quitará definitivamente las ganas de comer.

—Cállate, déjame escuchar lo que dicen.

Su hijo solo es capaz de concentrarse durante dos minutos seguidos, por lo que Susana enseguida oye como se aleja por el pasillo masticando los Doritos que le han impulsado a salir de la habitación. Susana sigue con la mirada clavada en la televisión, donde hablan del cuerpo de un hombre todavía sin identificar que ha aparecido bajo una de las puertas de la muralla. Genial, lo que le faltaba.

42

SABELA NOVOA

Sabela continúa con la vista fija en la imagen que ocupa toda la pantalla del ordenador de su subinspector. Tiene que empezar a dar órdenes de inmediato si no quiere causar una mala impresión a su nuevo equipo, pero antes se ve obligada a obtener más información.

—¿Quién nos ha mandado esto?

—Un compañero de Seguridad Ciudadana que estaba fuera de servicio ha descubierto el cuerpo, por decirlo de alguna manera —el interrogante que se dibuja en el ceño de su nueva jefa le conmina a explicarse mejor—. Paseaba por la muralla cuando ha visto un tumulto de gente que grababa y fotografiaba algo que había en el suelo. Cuando ha bajado y ha visto de lo que se trataba ha dado la voz de alarma. Les ha pedido a los testigos que nos hagan llegar al correo todas las imágenes y vídeos para que nos hagamos una idea de lo sucedido antes de inspeccionar la escena del crimen. Quizá en ellos encontremos algo útil.

—De acuerdo —Sabela aparta por fin la mirada del ordenador y la dirige a los miembros del equipo con los que todavía no ha tenido tiempo de interactuar—. Esperaba que hoy fuera un día tranquilo, que nos pudiéramos conocer más allá del papel, pero hay que ponerse en marcha inmediatamente. Ángela, Mario y Ramírez, nos vamos.

Los tres agentes obedecen a Sabela y se levantan aún cariacontecidos. No están acostumbrados a este tipo de crímenes, pero confían en que podrán resolver el caso si trabajan codo con codo. Al menos eso es lo que les transmitió Madariaga durante su despedida al término del caso que les trajo de cabeza durante más de un año.

Los cuatro se suben al camuflado para llegar cuanto antes a la escena del crimen. Desde el asiento del copiloto, Mario recrea en su cabeza la imagen del cuerpo del hombre de entre cincuenta y sesenta años que ha aparecido sin vida esa mañana en una de las zonas más transitadas de la ciudad. Cierra los ojos y respira hondo. Este es su primer caso de relevancia, pues acaba de ingresar al grupo. A sus 24 años, nunca había tenido que enfrentarse a un cadáver en ese estado. Le costará olvidar lo que está a punto de presenciar, pero no tiene más remedio que hacerlo si quiere demostrar que vale para ese trabajo. Un par de minutos más y se encontrará frente a frente con la muerte. Siente ganas de vomitar, pero trata de disimularlo para que su compañera, con mucha más experiencia que él, no se percate de su malestar.

—El primer caso de asesinato siempre es el más duro —pese a sus esfuerzos, Ángela se ha dado cuenta—. No te preocupes, todos hemos pasado por eso.

Mario asiente agradecido antes de apartar la mirada y girar completamente la cabeza hacia la ventanilla. Se muere de vergüenza, menos mal que ya están a punto de llegar. Ángela, por su parte, no puede impedir sentir ternura ante la vulnerabilidad de ese tímido chico que, sin embargo, está más preparado que ninguno de ellos a nivel curricular. Los nervios de su compañero le hacen recordar su primer caso de asesinato y no puede reprimir una mueca de disgusto. Se produjo siete años antes, cuando acababa de salir de la academia. Un hombre mató a su mujer arrastrándola con el coche durante varios kilómetros. Cuando la encontraron, la víctima era un amasijo de carne sangrienta. No tardaron en dar con su

asesino, al que interceptaron cuando trataba de quitarse la vida con una escopeta de caza. De buena gana habría presenciado cómo se volaba los sesos, pero tuvieron que detenerlo. El tipo sigue cumpliendo condena en prisión, pero Ángela no confía en el sistema pese a trabajar en él. Teme que cualquier día lo encontrará tomando algo en la Rua Nova, la conocida como la calle de los vinos de Lugo, y no será capaz de contenerse.

Aunque en un primer momento no lo supo ver, ese caso acabó teniendo un impacto positivo en su vida. La impulsó a afiliarse a un sindicato feminista, algo que llevaba rondándole por la cabeza desde hacía muchos años, y se apuntó a terapia para manejar la ira que la embargaba desde el hallazgo del cadáver. Fue allí, en la consulta de psicología, donde conoció al amor de su vida. Tuvo que cambiar de médico, pero ganó un marido con el que es feliz desde entonces. Incluso han pensado en ser padres, algo que visto lo visto va a tener que esperar. Quizá su viaje a Bali, previsto para mayo, sea un buen momento para empezar a intentarlo.

Cuando tira del freno de mano, Sabela y Ramírez, que no han hablado en todo el trayecto, bajan a toda prisa del coche. Mario tarda un poco más en empujar la puerta para salir y el ruido la saca de sus pensamientos. Ha conducido en piloto automático y ni siquiera se ha percatado de que ya han llegado a la escena del crimen. Contempla la figura de su compañero, delgada y tan blanca como la de un alemán antes de pisar Benidorm, y se sorprende de lo distintos que son. Ella es morena, con los ojos verdes y un montón de pecas por todo el cuerpo. Tiene un cuerpo fibroso que trabaja cada día en el gimnasio, mientras que su compañero apenas podría alzar la mitad del peso que levanta ella. Aun así, más allá de lo meramente físico, Mario tiene uno de los mejores expedientes de la comisaría, por lo que confía en que será capaz de afrontar con buena nota su primer caso serio.

Se encuentran con Ramírez y Sabela ante la puerta de la muralla bajo la que ha aparecido el cuerpo, pero dejan que sean ellos

quienes se aproximen al cadáver. Los compañeros de Seguridad Ciudadana han hecho un buen trabajo acordonando el perímetro para mantener a raya a los curiosos. Aprovechan para hablar con los testigos y analizar la zona en busca de cámaras mientras Sabela se acerca decidida al cuerpo, con Ramírez pisándole los talones. Se abre paso entre la decena de morbosos que no pierden detalle de la actuación policial.

—Ya está bien —les espeta al pasar, pero ellos la ignoran y siguen haciendo fotografías pese a que el cuerpo ya está cubierto con una manta—. Buenas, soy Sabela Novoa, la nueva inspectora.

—José Luis, de Policía Científica —le estrecha la mano con fuerza, como a Sabela le gusta, antes de proseguir con sus quehaceres.

—Sabela, las imágenes y vídeos del cadáver ya se han hecho virales en las redes sociales —Ramírez se aproxima bajando la voz para que no llegue hasta la multitud que los escudriña—. Aunque los compañeros reaccionaron rápido, cuando acordonaron la zona después de recibir el aviso ya era tarde.

—¿Quién lo encontró?

—Alicia Sanginés, una mujer de setenta años que se ha llevado un susto de muerte, nunca mejor dicho —responde el subinspector hojeando su libreta—. He cogido sus datos por si necesitamos hablar con ella, sus gritos alertaron a los morbosos —señala la zona desde donde una treintena de personas observan el dantesco espectáculo.

—Será mejor que nos demos prisa. Las televisiones deben estar al caer y no me apetece salir en el *telexornal* de hoy.

Ramírez asiente y Sabela levanta la manta sin poder evitar que le tiemblen las manos. El subinspector se arrodilla junto al cadáver, mientras ella lo observa desde la distancia, como si se tratara de una obra de arte de la que estás obligado a alejarte para apreciar todos los matices. Como se percibía en las fotografías y vídeos que han ido llegando al correo del grupo, la víctima es un hombre en la cincuentena que presenta un aspecto de lo más desagradable.

Sabela contiene una arcada y Ramírez aparta la vista por un instante, pero ambos recuperan la seguridad de sus gestos rápidamente. Son dos de los mejores policías de Galicia y así deben comportarse, se lo deben a la víctima que yace frente a ellos totalmente desnuda.

Lo primero con lo que topa la mirada analítica de la inspectora son los intestinos de la víctima tratando de escapar por una enorme herida en el abdomen. Junto al nudo de vísceras, un montón de pastillas se cuelan por los recovecos de su vientre. Sabela se enfunda unos guantes y se aproxima al hueco del que sobresalen las tripas. Le ha parecido ver algo y solo puede confirmarlo metiendo la mano en el agujero del que las entrañas tratan de huir. Contiene el vómito en su garganta suficiente tiempo como para apartar una decena de pastillas y confirmar su intuición. El asesino ha dejado allí mismo el bisturí con el que le cercenó el abdomen. Sabela lo suelta impresionada. ¿Han encontrado el arma del crimen? ¿Por qué el asesino no se ha molestado en esconderla?

Cuando se fija bien en lo que rodea al cadáver lo comprende: no hay ni una sola gota de sangre. Eso evidencia que no le han practicado la incisión en el lugar donde se ha encontrado el cuerpo. Las cámaras de la zona toman más importancia que nunca y, consciente de ello, Sabela ordena al resto de su equipo que se aproxime.

—Ángela, Mario, encargaos de las cámaras. Pedid las grabaciones que se hicieron entre las cuatro de la mañana, cuando los servicios de limpieza pasan por última vez por esta zona, y las ocho, el momento en el que se encontró el cadáver. Cuando recibamos el informe de la autopsia acotaremos más el horario, pero por ahora localizad las cámaras y obtened las grabaciones.

Los dos agentes asienten y abandonan la zona en busca de cámaras que puedan aportar alguna pista más. Sabela y Ramírez vuelven a aproximarse al cuerpo. José Luis guarda en una caja la

bolsa de pastillas encontradas en el abdomen de la víctima y se dispone a marcharse.

—¿Se sabe de quién se trata? —le pregunta Sabela, ahora agachada junto al cuerpo.

—No hemos hallado documentación alguna, pero le hemos tomado las huellas. Quizá encontremos alguna coincidencia.

Sabela vuelve la mirada hacia el hombre que yace en el suelo. Tiene los ojos verdes abiertos y cualquiera juraría que en esos momentos la está observando. Sin embargo, lo que más impacta de su rostro está más abajo. La lengua azul e hinchada sobresale entre sus labios, resecos y repletos de grietas. La causante parece ser una cinta de medir parecida a la que usan las costureras que rodea el cuello de la víctima.

—Todo apunta a que se trata de una muerte por estrangulamiento, pero mándeme el informe en cuanto lo tenga listo.

—Nos daremos prisa.

La inspectora se despide de los compañeros que acordonan la zona casi sin verlos. La imagen de ese hombre despojado de toda dignidad, su cuerpo tirado en el frío suelo de una ciudad que vuelve a ser presa del pánico, se ha quedado grabada en su retina. La cabeza le da vueltas, no sabe por dónde empezar. Ignora que este es solo el inicio del juego.

41

SABELA NOVOA

De vuelta en comisaría, Sabela no tiene muy claro por dónde continuar. Revisa las publicaciones que se han viralizado en redes sociales y siente asco. Después entra en la web del diario más reputado de Galicia, La Brisa del Norte, que abre con la noticia. Al menos el titular aún no apunta a la policía. Si no se dan prisa, será cuestión de tiempo que la opinión pública se les ponga en contra. Ya lo sufrieron el año anterior, cuando Sabela todavía estaba destinada en Marbella. Reza todo lo que sabe para que no aparezcan más cadáveres y la autopsia arroje resultados que les guíen hasta el asesino. Le da vueltas a su perfil. Tiene que tratarse de un hombre, pues una mujer sería incapaz de trasladar el cuerpo desde el lugar del crimen sin ayuda. Hace falta mucha fuerza para levantar un peso muerto y la víctima, aunque no demasiado voluptuosa, tampoco se puede considerar delgada. Eso le hace pensar en la zona en la que ha aparecido el cadáver. El traslado tiene que haber quedado registrado en alguna cámara, pues el cuerpo yacía en una de las puertas de acceso al centro cercanas a la gasolinera, justo en la Ronda da Muralla.

—Ángela, ¿cómo va lo de las cámaras?

—Justo acabamos de acceder a las de la Ronda. Las imágenes de la gasolinera aún tardarán un poco, y los dos bares en los que hemos preguntado no cuentan con cámaras.

—Veamos si nos llevan a algún lugar.

Antes de sentarse junto a su compañera, Sabela se recoge la melena salpicada de rosa en una coleta para ahuyentar el calor que ya humedece su nuca. Los nervios y la excitación que sentía por la mañana se han transformado en adrenalina que sube su temperatura corporal y la hace sudar a mares. Opta por encender el aire acondicionado, aunque ya sea octubre y en la calle no se superen los quince grados. Mario la mira sorprendido, pero no dice nada y retoma sus quehaceres ante el ordenador. Ramírez está hablando con la mujer que ha encontrado el cuerpo para citarla en comisaría esa misma tarde. No creen que les vaya a aportar demasiada información, pero no quieren dejar ningún cabo suelto.

Por fin, Sabela se acomoda junto a Ángela, que reproduce las imágenes. Todavía no tienen demasiado acotado el tiempo, pero se centran en la franja de las cuatro a las ocho de la mañana. Durante la primera hora no encuentran nada. Apenas circulan coches por las inmediaciones y ninguno frena al pasar por el lugar donde se encontró el cadáver. Por fin, a las 5:47 de la mañana, algo les llama la atención. Se trata de una furgoneta plateada plagada de golpes y rayadas. La parte trasera alberga el espacio suficiente para trasladar un cuerpo. Sabela reduce la velocidad de reproducción del vídeo.

—¿Alcanzas a ver la matrícula? —le pregunta a Ángela con la sensación de que el caso está ya más cerca de resolverse.

—Podemos intentar mejorar la calidad de la toma, aprendí a hacerlo hace poco en un curso de tratamiento de imágenes.

—Genial, pero antes veamos qué hace al pasar frente a la puerta donde apareció el cuerpo.

Justo como Sabela deseaba ver, la furgoneta pone las luces de emergencia y sube dos ruedas a la acera al llegar a la zona. De ella baja una sombra, desde ese ángulo no se aprecia si se trata de un hombre o una mujer, que mira a ambos lados antes de abrir la puerta corredera del vehículo. La perspectiva de la cámara no

permite ver lo que sucede a continuación, pero Sabela no duda de su implicación en el caso. La figura oscura que las imágenes no permiten identificar permanece cinco largos minutos dentro de la furgoneta. Después, arrastra por el suelo una especie de lona que sitúa justo en el punto en el que apareció el cadáver. Apresuradamente, tira de ella, la libera de su carga y la mete en la furgoneta antes de cerrar de un portazo, subir al asiento del conductor y marcharse a toda prisa. En cuestión de segundos desaparece del plano y, entonces sí, se puede apreciar con nitidez el cuerpo tirado en el suelo, envuelto por la densa niebla que ahoga la ciudad.

—Bueno, esto es más de lo que esperaba encontrar, la verdad —admite Ángela con energías renovadas.

—Sí, al menos tenemos algo de lo que tirar —su expresión se ha suavizado con el hallazgo—. A ver si consigues mejorar la imagen lo suficiente para que se aprecie bien la matrícula. Con un poco de suerte, podremos identificar al conductor.

—No habrá problema.

Sabela se retira y sube al despacho del jefe, que ya la está esperando para que le cuente las novedades. Le pone al corriente del descubrimiento de la furgoneta, lo que la obliga después a rebajar la euforia del mandamás de comisaría, que ya lo ve todo hecho. Ella también se ha dejado llevar por esa sensación unos minutos antes, pero ahora es consciente de que no puede dar nada por sentado. «Sería demasiado fácil resolverlo todo con una matrícula, no?», se dice a sí misma mientras la voz de su superior le llega como un eco al que no presta demasiada atención. Aunque dar con esa pista es un muy buen inicio, ya que normalmente las investigaciones nacen muertas, sin ningún cordón umbilical del que tirar para llegar al responsable. Al menos en esta ocasión cuentan con un punto de partida.

Baja del despacho a paso lento mientras reflexiona sobre lo siguiente que deben hacer para resolver el caso. El malestar que se

ha instalado en su estómago desde primera hora de la mañana continúa ahí, estrangulándole las entrañas para avisarla de que algo no anda bien. Sabela cree mucho en las energías y las que la rodean en ese momento no la hacen ser optimista. Pese a ello, como un mantra, se repite una y otra vez que el hallazgo de la matrícula encaminará la investigación. Avanza distraída por el pasillo que conduce a la puerta del despacho asignado a su equipo. Al girar la esquina, choca con alguien que parece llevar mucha prisa.

—¡Jefa! Justo iba a buscarte ahora mismo.

—Pues aquí estoy —le sonríe Sabela—. Dime.

—José Luis ha llamado. Todavía no tienen el informe, pero ya saben quién es la víctima. Se trata de Ramón Blanco Ortiz, de 53 años. Trabajaba en la oficina de Abanca de la Praza Maior, aunque estaban a punto de prejubilarlo. Quizá algún cliente descontento se ha pasado de la raya.

—No me convence demasiado. Todos nos cabreamos cuando vamos al banco, pero tanto como para estrangular a quien nos atiende, seccionarle el abdomen y dejarlo tirado a plena vista… De todos modos, antes de descartarlo investiga a sus clientes.

—De acuerdo, jefa —Ramírez da media vuelta dispuesto a continuar corriendo esta vez en la dirección opuesta.

Sabela le alcanza a duras penas y se dirige con él a la sala donde el resto del equipo continúa trabajando en el caso. De repente, una voz a su espalda les hace pegar un brinco.

—Perdonad. Hay una chica abajo que pregunta por el responsable de la investigación. Se llama Raquel Blanco Olloa, dice que han matado a su padre.

La inspectora se queda paralizada al oír ese nombre, pero enseguida supera el trance y sigue escaleras abajo al compañero que les ha avisado de su llegada. Una vez en la entrada de la comisaría, Sabela se acerca a la mujer llorosa que, sentada en una

silla que ha vivido tiempos mejores, no le quita los ojos de encima. De pelo corto y negro como la noche y con una mirada que refleja toda la tristeza del mundo, la mujer debe rondar los treinta años. Sabela se le acerca cautelosa, pues tiene el aspecto de un cervatillo asustado que en cualquier momento va a echar a correr.

—Hola, soy Sabela Novoa, la inspectora que dirige la investigación de…

—Del asesinato de mi padre.

El silencio compacto que se crea le roba el oxígeno al aire, cada vez más denso a su alrededor. Por más veces que haya recibido a los familiares de las víctimas por las que hace justicia, Sabela sigue detestando la atmósfera que se forma a su alrededor en esos momentos de dolor.

—Acompáñeme a un lugar más tranquilo.

Raquel la sigue a un metro de distancia sorbiéndose los mocos. Las lágrimas no han dejado de resbalar por sus mejillas desde que ha entrado en comisaría. Llegan a una pequeña sala y Sabela le pide que tome asiento. Raquel obedece con la mirada perdida, su mente reproduce una y otra vez los últimos momentos que vivió con su padre. Saber que no volverá a verlo recrudece su llanto y Sabela espera paciente a que se calme para poder empezar a hablar.

—¿Cómo ha sabido que se trata de su padre? —la inspectora es consciente de la cantidad ingente de vídeos y fotografías circulando por las redes que han podido facilitar la identificación, pero desea con todas sus fuerzas que Raquel no haya tenido que enfrentarse a ellas.

—He visto las fotografías y he leído la prensa, era imposible no reconocerle —barre sus lágrimas con un pañuelo usado que le deja la piel enrojecida—. Pero además he recibido algo en casa.

La mujer menuda que Sabela tiene delante abre el enorme bolso que adorna su hombro y rebusca en su interior. De él saca una bolsa

de plástico que contiene una cajita. Se la tiende a Sabela, que se pone unos guantes azules que siempre lleva en el bolsillo antes de recoger el objeto de las manos de Raquel.

—Encontrarán mis huellas, no sabía de qué se trataba cuando la he abierto —se disculpa la chica entre sollozo y sollozo.

Sabela la posa sobre la mesa y la abre poco a poco. De ella empiezan a escapar las notas de una canción que le resulta familiar. Se trata de una caja de música con dos figuras que bailan un vals. Algo a sus pies le llama la atención. No identifica qué es. Apenas distingue una masa viscosa con manchas oscuras. Levanta la pequeña caja y la acerca a su rostro para captar todos sus detalles. El olor metálico flota mecido por la melodía hasta impactar contra su nariz. Sus ojos se fijan en un detalle que hasta ahora había permanecido oculto. Al lado de la amalgama sangrienta yace una amenaza escrita en buena caligrafía: «Los oiréis sufrir».

40

EVA JIMÉNEZ

Eva siempre ha pasado desapercibida. A sus dieciocho años, nunca ha tenido demasiados amigos. Se ha refugiado siempre en los libros, ya fuera leyéndolos o escribiendo. El problema es que las novelas, por más compañía que le hagan, no saben hablar. No saben escuchar. No saben salir a bailar ni saben cantar a todo pulmón en medio de una discoteca. Cada vez que abre Instagram la herida de su interior crece un poco más. Sus compañeros del instituto y ahora los de la universidad no paran de hacer cosas divertidas. En la playa, en restaurantes espectaculares, de fiesta hasta altas horas de la madrugada… Sus instantáneas le recuerdan lo sola que está. Ni siquiera obrando como lo hizo consiguió hacer amigos en su adolescencia.

El reflejo del espejo frente al que se compadece le muestra a una chica triste e insulsa. El rímel se le ha corrido formando surcos oscuros bajo sus ojos claros. La piel pálida y el pelo negro le confieren el aspecto de un fantasma, uno que haya pasado varios meses encerrado en un zulo sin luz. Su delgadez es extrema y se ha acentuado en los dos últimos años, en los que ha perdido más de diez kilos. Los labios son lo que más le gusta de su cara, incluso ahora que los tiene llenos de heridas. Carnosos y atractivos, arreglan un poco su inexpresivo rostro. De un manotazo, aparta el pequeño espejo en el que ya no se reconoce y se tumba en la cama. Alcanza el lomo de su lectura actual, que reposa en la mesita de noche

desvencijada que no encuentra fuerzas para cambiar. Tiene que seguir leyendo o no va a llegar a tiempo. Por una vez, ha decidido hacer caso a su madre y se ha apuntado a un club de lectura para, sin salir del todo de su zona de confort, conocer a personas con las que estrechar lazos. Al menos tendrán una cosa en común, su amor por los libros, y no habrá silencios incómodos. En el grupo se reúnen una decena de amantes de la novela negra, su género favorito. La romántica ni la roza, no cree en el amor. No está hecho para ella. Si no, nunca habría actuado como lo hizo. El móvil vibra en la cama con la llegada de un mensaje del grupo de lectura. Lo sabe porque el sonido que ha establecido para esas notificaciones es distinto al del resto. En ese momento, la música de *arpeggio* que configuró consigue interrumpir su autoflagelación.

«Me está pareciendo increíble. ¿Vosotros cómo vais? ¿Se comenta esta noche, no?». Sandra, la segunda más joven del grupo, da el pistoletazo de salida a lo que acabará siendo más de media hora de animada conversación. Eva no duda en responder y unirse a la avalancha de mensajes. Escondida tras la pantalla, interactuar con ellos le resulta muy sencillo. Acuerdan volver a conectarse a las nueve de la noche para comentar los entresijos de su lectura actual. Tiene hasta entonces para ponerse al día con *Los crímenes de la carretera*.

Su madre la obliga a abandonar su plácida lectura media hora después. Acaba de llegar de trabajar y entra en la habitación para saludarla, lo que ya forma parte de la rutina diaria en casa de los Jiménez. Le da un tierno beso en la cabeza y se sienta en la cama, donde libera a sus pies de la tortura de los tacones de diez centímetros que se ha calzado esa mañana para ir al despacho. Mientras maniobra con el cierre del elemento de tortura que adorna su pie derecho, se lanza a hablar como si se fuera a acabar el mundo. Sin pararse a coger aire, le cuenta lo último que ha sucedido en el trabajo: han descubierto que el jefe se acuesta con prostitutas en su despacho. El bufete anda revolucionado y Luisa, amante de los cotilleos, lleva toda la mañana comentando la jugada con sus

compañeros. Eva se ríe y la sonrisa de su madre se ensancha todavía más. Sabe que a Luisa le encanta verla feliz, por lo que se esfuerza en mostrar su mejor cara cuando la tiene delante.

Trasladan la charla a la cocina, donde Eva empieza a rallar zanahoria para aderezar la ensalada. Su madre lava la lechuga, que todavía tiene restos de tierra y algún que otro insecto, mientras se desternilla recordando la cara de su jefe al verse descubierto. Una de las mujeres de la limpieza encontró un condón bajo su silla a primera hora de la mañana. Decidió en un primer momento no decir nada, pero después halló la tarjeta de un club de alterne sobre la mesa del despacho y la tentación de compartir el cotilleo fue superior a sus fuerzas. Juan, así se llama el putero, pidió discreción a Mari Carmen al llegar al despacho justo en el momento en que retiraba la goma que contenía su placer. Su silencio no duró más de cinco minutos. Media hora después, todo el bufete hablaba de ello. Ahora el asunto había llegado también a la cocina de su piso en Ramón Ferreiro. Eva le sigue el juego a su madre, la persona que más quiere en el mundo entero, su ángel de la guarda y la única que siempre ha estado ahí para ella. Eva no tiene padre, así que Luisa es el pilar sobre el que ha basado toda su vida. Haría lo que fuera por hacerla feliz.

Terminan de comer y Luisa recoge la mesa. Eva se dispone a ayudarla, pero su madre se lo impide, así que se dirige a su habitación para coger la mochila con el ordenador y los apuntes de Macroeconomía. Mira el reloj y, con espanto, constata que llegará tarde a la universidad. A toda prisa, se despide de su madre con un beso en la mejilla y abandona el piso. En el salón, Luisa no aparta la mirada de la televisión, apenas ha apreciado el gesto de afecto de su hija. Lugo vuelve a ser el escenario escogido por un psicópata para segar vidas inocentes. La ansiedad le aprieta las vísceras al tiempo que contempla las del muerto desparramadas por el suelo. Saca el teléfono del bolsillo y llama a Eva, que todavía no ha salido del portal a pesar de haber bajado las escaleras de dos en dos para ganar tiempo.

—Dime, mamá. ¿Pasa algo?

—No deberías ir a la universidad hoy. Es peligroso.

—Mamá, no digas tonterías. ¿Es por el hombre que ha aparecido en la muralla? Será un ajuste de cuentas, vete a saber.

—Aun así, no me gusta que andes sola por la calle tan tarde. No vayas a la última clase.

Al otro lado de la línea, Eva piensa qué responder. No le gusta saltarse clases, siempre ha sido muy responsable, pero esta vez no le vendría mal obedecer a su madre. No porque haya ningún asesino que la aterrorice, sino porque la última clase termina a las diez y, si asiste, se perderá la conversación con el grupo. Además, tener media hora antes de empezar la charla para llegar a meta no le vendrá mal.

—Vale, mamá. Llegaré a las ocho y media. Pero no te preocupes, estamos a salvo.

Luisa es aprensiva. Siempre lo ha sido, pero en los últimos dos años sus miedos se han vuelto insoportables. Todo la asusta, siente que puede perderla en cualquier momento. Porque Eva no está bien y eso una madre lo nota.

39

La sombra sonríe al ver el efecto que ha causado la primera parte de su plan. Nadie habla de otra cosa, y eso que todavía no entienden nada. Todo acaba de empezar. Se siente viva por primera vez en meses. Sus músculos ya no están entumecidos, en especial los de su rostro, hasta ahora apáticos tras años de inexpresividad. Incluso consiguen esbozar una sonrisa en el rostro de la sombra, que ha abandonado la espera para salir a matar. Decide que es un buen momento para escribir una entrada en su diario. Debe continuarlo, se lo prometió y piensa cumplirlo. Por eso abandona su lugar en la esquina de la ventana, la vuelve a cubrir con el manto de terciopelo que oscurece el salón y arrastra los pies hasta la habitación donde hace dos años se rompió la cadena que ataba el reloj a las horas. Toma el diario y se lanza a escribir.

«Matarle fue más fácil de lo previsto. Solo hizo falta tener paciencia para golpearle en el momento preciso. Salió del bar, bajó por una calle poco transitada y en la esquina su destino le alcanzó. Pataleó un poco, pero la cinta acabó con su vida rápido. Un método eficiente, mira tú por dónde. Subirle a la furgoneta fue coser y cantar. Lo siguiente fue más asqueroso, pero era necesario. Así el mensaje les llegará alto y claro. Una vez desnudo, el bisturí se clavó en sus entrañas con una facilidad asombrosa. La incisión fue un tanto imprecisa, pero qué más da. Ya estaba muerto. Sus vísceras escaparon de la herida como el magma de un volcán furioso. La parte posterior de la furgoneta se convirtió en un lago de sangre y para terminar la obra solo hubo que rellenar el orificio con pastillas

de esas que tomabas tú. La textura de esa masa sangrienta era asquerosa, no te lo puedes imaginar.

Me dio hasta pena, pobre hombre. Pero era necesario, tenía que ser él, de algún modo lo inició todo. Ahora su hija oirá tu dolor como lo hice yo. Y tendrá con ella un recuerdo de su padre.

Creo que la policía anda perdida. Con lo fácil que se lo he puesto, ¿no crees? Ni siquiera he tenido que pensar cómo escenificar los crímenes, está todo escrito. Eso sí, le he dado mi toque para cumplir el objetivo. Oirán hablar de ti. Haré justicia y, como el halcón que devora las palomas, mataré su alma uno a uno».

38

SABELA NOVOA

Sabela despide a Raquel todavía conmocionada por lo que han visto sus ojos. El hallazgo de esa nota en el interior de la caja le ha dejado el estómago revuelto. Se dirige al despacho con las náuseas corriendo arriba y abajo por su garganta en un baile de indecisión que la tiene mareada. Consigue contenerlas y entra en la sala donde Ramírez, Ángela y Mario continúan tecleando frenéticamente. Llama su atención y la melodía informática se detiene.

—¿Cómo ha ido con la chica? —Ramírez es siempre el primero en hablar.

—La pobre está conmocionada. No conoce a nadie que quisiera hacer daño a su padre, dice que no estaba metido en líos y que no tenía enemigos.

—¿Así que seguimos sin tener nada? —interviene Mario, que prefiere mantener una actitud negativa por si la vida le sorprende con algo bueno.

—Bueno, yo no diría eso —aclara Sabela ante la expectación de su equipo—. Raquel ha traído algo con ella. Esta misma mañana le han dejado un paquete en la puerta de su casa, era una caja de música con una nota muy siniestra y una bolsa con algo viscoso dentro.

—¿Qué decía la nota? —Ángela es la única del equipo que ha conseguido vencer a la sorpresa y ordenar con éxito a su boca que vuelva a emitir sonidos.

—«Los oiréis sufrir». Raquel no sabe a qué se refiere la nota ni sospecha quién podría querer mandarle este mensaje —la inspectora resopla y se sienta delante del ordenador—. Tenemos que encontrar algo pronto, ese plural significa que habrá más víctimas si no le atrapamos a tiempo.

—Yo puedo ayudar en eso —las uñas azules de Ángela giran la pantalla del ordenador para que todos puedan verla desde sus posiciones—. He podido identificar la matrícula de la furgoneta con la que el asesino transportó el cuerpo.

—¿Has encontrado a quién pertenece? —Sabela empieza a notar la adrenalina fluir libre por sus venas.

—Sí, más o menos.

—¿Qué significa eso? —Ramírez observa el rostro preocupado de Ángela temiendo un nuevo jarro de agua fría.

—Pertenecía a Alfonso Dorado Gutiérrez, fallecido hace tres meses. Antes de que lo preguntéis, solo tiene un hijo que reside en Londres. Voló a España para asistir al funeral, pero después se marchó. No puede ser él.

—¿Qué hay de su viuda? —pregunta Mario— Debe ser ella quién ha heredado el vehículo.

—Es imposible que fuera ella. Maria Rosa Martínez Urquijo tiene noventa y tres años y está ingresada en una residencia desde hace seis.

—¿Cómo te ha dado tiempo a encontrar tanta información? —replica Mario anonadado ante la pericia de su compañera.

—Una tiene sus trucos —Ángela le guiña un ojo, juguetona—. No, es broma. Es que casualmente Alfonso y Maria Rosa son vecinos de

mis padres. Los conozco de toda la vida.

—Ya no recordaba que todo el mundo se conoce en Lugo… —Sabela siempre sintió claustrofobia en su ciudad, pero fue marcharse y empezar a echar de menos la familiaridad de un municipio de apenas cien mil personas—. Bien, de todas formas, contacta con el hijo y ve con Mario a la residencia a visitar a Maria Rosa. Quizá nos sirva de algo.

Mario se levanta de un salto dispuesto a obedecer a su jefa. Quiere ganarse su confianza y demostrarle sus habilidades, aunque su inseguridad apenas le permite ser consciente de ellas. Ángela se conmueve y le tira las llaves del camuflado con el que irán a visitar a la mujer. Resuelve aprovechar el trayecto para contactar con el hijo del matrimonio y encontrar el momento idóneo para mantener una conversación. Sospecha que la charla no les servirá para mucho, pero nunca se sabe dónde puede esconderse una pista.

Los dos agentes abandonan el despacho prometiendo llamar inmediatamente si obtienen información relevante. Ramírez y Sabela se quedan solos y aprovechan para compartir primeras impresiones.

—Me preocupa la nota —Ramírez se frota los ojos—. Deja bastante claro que seguirá muriendo gente.

—Lo sé, tenemos que encontrar algo rápido para evitarlo.

—¿Alguna idea de por dónde empezar?

—La furgoneta es un buen hilo del que tirar. No se ha movido sola, alguien de esa familia tiene que estar implicado. También le he estado dando vueltas a cómo apareció el cadáver. ¿Estrangulado con una cinta de medir? Eso tiene que significar algo.

—Quizá no guarde relación con el caso y simplemente fue lo que el asesino tenía más a mano.

—No lo creo, Ramírez. ¿Para qué iba a mandar entonces una caja de música con esa nota amenazante? Lo tiene todo planificado, creo que cada detalle está estudiado.

—Tienes razón. Pero…

La estridente melodía de un móvil interrumpe la conversación. Ramírez se disculpa y saca el aparato del bolsillo. Se aleja unos metros y durante un par de minutos mantiene una acalorada discusión.

—Perdona, era mi hijo pequeño. Está insoportable últimamente.

—La edad del pavo no perdona. ¿Solo tienes uno?

—Ojalá, todo sería más sencillo. Aunque el más difícil es el que sigue en casa. Apenas nos habla y no ayuda en nada, ni siquiera recoge la mesa después de comer.

—Uy, llego yo a hacer eso y mi madre me hubiera castigado de por vida.

—Eran otros tiempos. Ahora parece que no somos capaces ni de hacerles levantar la cabeza del móvil. Están abducidos.

—Ánimo, todo pasará —Sabela pone la mano en el hombro de su compañero, visiblemente agobiado por su situación en casa.

—Sí, supongo. Aunque no ayuda que haya un asesino campando a sus anchas por la ciudad, con la de horas que voy a tener que echarle al caso no me extrañaría que mi mujer me pidiera el divorcio —se ríe y quita importancia a sus palabras con un gesto—. En fin, volvamos a lo que nos ocupa. ¿Cuál va a ser nuestro siguiente paso, jefa?

—Vamos a casa de la víctima, Raquel me ha dado las llaves y permiso para entrar. Aún no tenemos escena del crimen, quizá murió ahí. Avisaré a Mario y a Ángela por si vuelven y no nos encuentran.

Sabela conduce a toda velocidad. Tan solo la reduce al pasar por delante de los radares que custodian la Ronda da Muralla. Una vez los rebasa, vuelve a pisar a fondo el acelerador. Ama conducir, pero esta vez no disfruta del trayecto. Solo piensa en llegar cuanto antes al piso para encontrar alguna pista que les sirva para atrapar al

asesino antes de que se cobre más vidas. Aparca de una sola maniobra a apenas veinte metros del edificio donde vivía Ramón Blanco. Media hora después, deshacen el camino aplastados por la decepción. No han encontrado absolutamente nada, todo estaba en su sitio y los objetos personales de la víctima no les han sugerido por dónde continuar.

—No había nada que podamos relacionar con la cinta con la que lo estrangularon, pero algo me dice que ese detalle es importante —reflexiona Sabela en voz alta al subir al coche—. Tiene que serlo.

—Encontraremos la relación. Solo necesitamos algo más de tiempo.

Sabela asiente poco convencida y arranca. Esta vez necesita más maniobras para salir, puesto que el vehículo que ha aparcado detrás les ha dejado un margen de menos de diez centímetros. Después del ejercicio de brazos que la ha hecho sudar, Sabela llama con el manos libres a Ángela.

—Decidme que habéis encontrado algo útil —les ruega.

—Lo siento, Sabela. La mujer está completamente ida. No ha parado de preguntarnos dónde estaba su marido. Las enfermeras nos han contado que es lo único que dice a lo largo del día. No recuerda ni su nombre.

—Tenemos que encontrar la furgoneta y hablar con el hijo.

—De lo segundo ya me he encargado. Puede atendernos en media hora, había pensado volver a base y llamarlo desde ahí.

—Sí, será lo mejor. Que Mario se ponga con la furgoneta, si la han sacado de la ciudad alguna cámara tiene que haberla grabado.

—Entendido. Nos vemos en comisaría.

Sabela cuelga cuando apenas quedan cinco minutos para llegar. Siente que han perdido el tiempo, aunque la realidad es que son las seis de la tarde y apenas han podido sentarse a respirar. Su

estómago ruge con fuerza, pidiendo combustible para poner su cabeza a funcionar.

—Deberíamos pedir unos bocadillos —sugiere Ramírez, que también ha oído las quejas de sus tripas.

—No es mala idea.

Los dos compañeros entran en un bar cercano a la comisaría y encargan bocadillos XL para los cuatro. Al llegar al despacho todavía están calientes y Mario y Ángela se lanzan a por ellos antes incluso de saludarlos. Agradecidos, se los zampan en apenas cinco minutos. Después se vuelven a volcar en el trabajo. Sabela contempla a su grupo satisfecha. Aunque el primer día no está siendo nada fácil, la inspectora tiene la certeza de que van a formar un buen equipo. Ramírez, con sus interrupciones constantes y sus preocupaciones familiares, aporta el toque de madurez al grupo. Ángela, de carácter fuerte pero protectora y astuta, se muestra incansable en el trabajo. Después está Mario que, aunque inseguro y tímido, increíblemente tímido, destila pasión por su oficio y muchas ganas de mostrar las cualidades que le han llevado a ostentar uno de los mejores expedientes que Sabela ha ojeado en toda su carrera. Mario, además de su buen hacer, tuvo la suerte de que ese año había muchas plazas libres, por lo que pudo incorporarse al equipo y demostrar su valía. Sí, la inspectora está satisfecha y en eso está pensando cuando el teléfono le hace pegar un salto en su asiento. Mario se adelanta y descuelga para tenderle el auricular treinta segundos después.

—Es para usted, jefa.

—No me hables de usted, que haces que me sienta un vejestorio —le riñe antes de llevarse el aparato a la oreja.

—Soy José Luís, de Científica. Acabo de mandarle los resultados de las primeras pruebas. La víctima no tenía ningún tipo de narcótico en sangre y presenta un golpe en la parte posterior de la cabeza. No

fue mortal, lo usarían para reducirlo. La causa de la muerte es el estrangulamiento con la cinta que encontramos junto al cuerpo.

—De acuerdo. Leeremos ahora mismo el informe, pero ¿hay algo que les haya llamado la atención especialmente?

—Le extirparon la grasa.

—¿Cómo dice? —Sabela cree no haberle entendido bien.

—Que le extirparon la grasa del abdomen con el bisturí que encontramos. Se hizo una vez muerto, el propósito tendrán que descubrirlo ustedes.

—Gracias —es lo único que Sabela se siente capaz de articular antes de colgar.

Blanca como la pared, se sienta ante su mesa. Ahora entiende el contenido de la caja: la amalgama viscosa y negruzca era la grasa del abdomen de Ramón. Un regalo que el asesino quiso hacerle a la hija de su víctima para que sintiera para siempre el dolor de su padre, para que pudiera incluso tocarlo. La arcada que Sabela ha contenido tanto tiempo reaparece y la inspectora recuerda el tacto de la grasa bajo sus dedos cuando el vómito ya está invadiendo su boca.

—Sabela, ¿estás bien? —Ramírez se acerca preocupado y le pasa una mano por la espalda.

—Toma, para que te limpies —Ángela le tiende un pañuelo y se agacha junto a ella.

—Perdonad. Sé que este no es el comportamiento propio de una inspectora de homicidios —dice Sabela avergonzada.

—Además de policías somos personas, no lo olvides —interviene Mario, que se ha sentido identificado con su jefa, a la que hasta ahora veía como una divinidad—. ¿Qué te han contado?

Sabela les pone al corriente y los tres policías se llevan las manos a la boca horrorizados. Ramírez aprovecha para llamar a casa y

comprobar que están todos bien. Para desgracia de su mujer, que lo único que desea es la soledad, el subinspector les pide que se queden encerrados en el piso durante unos días, hasta que pase el peligro. Ángela también le manda un mensaje a su marido para que extreme las precauciones que ya le obliga a tomar a diario a causa de su trabajo. Mario es el único que se queda junto a Sabela, sin nadie con quien contactar. La jefa le pide que anote las primeras conclusiones en la pizarra blanca que corona el despacho.

Hombre - Ramón Blanco (53 años)
Estrangulado con cinta para medir
Incisión abdomen / robo de la grasa
Pastillas
Furgoneta

Cinco líneas bastan para resumir todo lo que saben hasta ahora. Sabela siente en sus entrañas que ahí está todo lo que les puede servir para atrapar al asesino. Simplemente desconoce cómo hacerlo, cómo darle sentido a las palabras para construir una historia.

La inspectora mira el reloj de la pared: las seis y media. Ángela también se ha dado cuenta de que ya es la hora. Hace el gesto del teléfono y sale del despacho en dirección a alguna de las salas contiguas. Sabela cruza los dedos para que la llamada les de algún hilo más del que tirar. Después fija la mirada en la pizarra. Es obvio lo que sugiere la relación entre la cinta para medir y el robo de la grasa, pero no encuentra nada en la vida de la víctima que lo explique y está claro que no ha sido escogida al azar. Iban a por él, pero ¿por qué?

—Jefa, en las cuentas de la víctima no hay nada que llame la atención.

—Ya me parecería raro que lo hubiera. ¿Casos fáciles, para qué? —ironiza Sabela.

—Lo resolveremos —Mario se muestra convencido, aunque no lo está en absoluto y a Sabela la conmueve su manera de consolarla, así que le sigue.

—Claro que sí.

Continúan buscando indicios, leyendo los resultados de las primeras pruebas forenses y tratando de localizar la furgoneta hasta que una hora después Ángela vuelve a entrar en el despacho. Son más de las siete y todos se sienten exhaustos después de doce horas frente a los ordenadores.

—¿Algo interesante?

—Algo muy extraño. Asegura que solo él posee las llaves de la furgoneta y están en Londres. La usó un par de veces cuando vino al funeral de su padre, nada más.

—Pueden habérsela robado —interviene Ramírez.

—Sí, pero la tienen en un aparcamiento privado.

—Eso hace que sea más complicado, pero no imposible —reflexiona Sabela—. Me acercaré a mirar. No creo que la hayan devuelto al parking después de usarla, pero cosas más raras se han visto.

Todos asienten y vuelven a sentarse ante sus ordenadores. Una hora después, cuando dan las ocho, Sabela les ordena que se retiren.

—Vamos, todos a casa. No queremos que la mujer de Ramírez le abandone por pasar demasiado tiempo en el trabajo —bromea—. Nos vemos mañana a primera hora.

De uno en uno, se van marchando. El agotamiento hace que arrastren los pies. O quizá es la sensación de que no van a llegar a tiempo de cazar al asesino. Sabela es la última en marcharse. Cuando cierra la puerta del despacho, la imagen de la grasa de Ramon vuelve a su mente. No quiere volver a ver algo así nunca,

pero teme que no le va a quedar otro remedio. Y será más pronto que tarde.

37

CLOTILDE GARCÍA

Se asoma a la ventana, pero no hay ni rastro de él. ¿Dónde se habrá metido? La mayoría de sus amigos, que vienen a veranear a Navia de Suarna desde Barcelona y Bilbao, hace ya casi un mes que se marcharon, y los que viven en el pueblo entre semana estudian en la ciudad. ¿Con quién estará Miguel? Clotilde vuelve a la cocina con paso apresurado, se le están quemando las croquetas. El reloj marca las nueve y media, su hijo ya debería haber llegado, no hay duda. La regordeta mujer saca esas delicias de pollo de la sartén cuando ya han cogido color. Con la espumadera, las vuelca sobre un plato al que previamente le ha puesto una servilleta para absorber el exceso de grasa. Lo hace todo en piloto automático, fruto de la preocupación y de los años que ha pasado encerrada en la cocina familiar.

Clotilde llama a su marido, que se acerca arrastrando unas enormes zapatillas de andar por casa y ataviado con una bata mullida de las que sin duda hacen falta durante el invierno en la pequeña localidad fluvial donde viven. Fernando nunca se ha adaptado al clima gallego; apenas ha empezado el otoño y el frío ya le paraliza. El marido de Clotilde la mira con sus enormes ojos vidriosos, pero ella no ve nada más que los surcos rojos que se le han formado bajo la nariz de tanto sonarse. No ha dejado de estornudar desde que ha entrado en la cocina y antes de sentarse a

la mesa se ha vuelto a dirigir hacia el gigantesco rollo de papel en previsión a una nueva lluvia de mucosidad.

—¿Cómo puedes estar ya así? —le recrimina su mujer— ¿Qué haremos cuando llegue el invierno?

—Yo qué sé, Clotilde. Mi cuerpo, que se empeña en volver al Mediterráneo. Esta humedad no me sienta bien.

—¡Ja! Como si en Barcelona no hubiera humedad.

—No como esta. ¡Qué puto frío, de verdad!

—Habla bien —le advierte Clotilde, que ha vuelto a asomarse a la ventana.

—¿Qué miras tanto? ¡Miguel, a cenar!

—No ha vuelto todavía.

Fernando traga saliva con dificultad, no por la gripe sino por la preocupación que súbitamente le comprime la garganta. Sabe tan bien como su mujer que la ausencia de Miguel a esas horas no es algo normal. Su hijo tiene pocos amigos, es un joven de dieciocho años solitario y tímido al que le cuesta más salir de casa que volver. Resulta difícil de creer que ande metido en un bar a estas horas y en la calle no hay ni un alma, según ha constatado él mismo al volver del trabajo hace apenas una hora. Navia de Suarna es un pueblo pequeño, lo habría visto deambular por las calles. La ansiedad que experimenta cada día al gestionar el centro en el que trabaja vuelve a instalarse en su estómago, está vez con la intensidad redoblada. Su mujer le mira a la cara y asiente, ella también sabe que algo malo ha sucedido.

Abandonan las croquetas sobre la mesa y se dirigen a la habitación matrimonial a cambiarse de ropa. Salen de casa en busca de su hijo, temiendo encontrarlo herido o no encontrarlo en absoluto. Recorren las calles centrales del pueblo sin cruzarse con nadie, ascienden por la que lleva hacia la panadería Disu y tampoco en esa ocasión encuentran a quién preguntar por su hijo. Entran en

todos y cada uno de los bares abiertos, pero no obtienen resultados. El río ruge a lo lejos y les da una idea. Un trueno les hace dar un respingo justo antes de que las nubes decidan bautizar las calles del pequeño pueblo en el que unos padres desesperados llaman a gritos a su hijo. Empapados, emprenden la marcha hacia el río. Es el único lugar que les queda por inspeccionar.

El agua se acumula en la plaza central formando pequeños charcos. Clotilde los pisa en su carrera desesperada, pero no se percata del frío que empapa sus zapatos porque en ese momento no le importa nada más que encontrar a Miguel. Asciende las pequeñas escaleras situadas junto al cartel de La Vuelta 2014 que el Ayuntamiento ha decidido dejar para la eternidad. Al llegar arriba el peso de sus kilos de más se hace notar y resopla agotada, pero sin dejar de andar. Fernando, recuperado de repente del constipado que le agarrota los pulmones, la adelanta corriendo. El matrimonio accede a la zona de la playa fluvial en completa oscuridad. Tan solo iluminan el lugar una farola situada frente al bar cerrado y los focos que apuntan hacia el maravilloso puente romano que corona el municipio. La zona, normalmente alegre, muy frecuentada en verano por bañistas deseosos de reactivar su circulación con el agua helada que se marcha en dirección a Asturias, ahora se les presenta lúgubre. Clotilde contiene la respiración y se agarra al brazo de su marido. Mira por última vez el precioso puente que custodia su querido pueblo y junto a Fernando avanzan hacia la oscuridad. La mujer no se da cuenta, pero está clavándole las uñas a su marido, que no se queja del dolor porque está sintiendo uno mucho más intenso en el pecho.

Recorren la zona de picnic inspeccionando cada mesa, cada banco, cada sombra traicionera de los árboles que les observan. No encuentran nada. Fernando sugiere llamar a la Guardia Civil. Ni siquiera se les había pasado por la cabeza hasta ese momento. Clotilde asiente con la cabeza, pero se separa de su marido para seguir buscando por su cuenta. El hombre marca el número del puesto de Navia con el brazo que todavía puede usar. El otro lo

siente agarrotado, asfixiado por una presión que jamás ha experimentado antes. Contestan enseguida, pero Fernando no puede oír lo que le dicen al otro lado del teléfono. Los gritos de su mujer se imponen a cualquier otro sonido, silencian incluso los lamentos del río al discurrir a su lado. Fernando se acerca a ella, que permanece agachada a unos cinco metros de distancia sin dejar de chillar. La imagen de su hijo muerto es lo último que ve antes de que su corazón, cansado de latir a ese ritmo insoportable, se rinda a la oscuridad que los engulle.

36

SABELA NOVOA

Sabela introduce la llave en la cerradura y empuja la puerta con fuerza. Hay que apretarla con una intensidad concreta para que el mecanismo haga «clic» y empiece a girar. Todavía no se ha acostumbrado a ese aspecto de su nuevo hogar. Su padre se ha comprometido a pasarse un día para arreglarlo, pero de eso hace ya dos semanas. Sabela sabe que tendrán que pasar varias más para que su progenitor cumpla su promesa. Entre los partidos de pádel y las citas un día sí y otro también, Jesús no tiene tiempo para esas cosas. La inspectora dejó de reprochárselo hace mucho, cuando entendió que nunca iba a cambiar. Su madre decidió romper el matrimonio hacía diez años, harta del «síndrome del ombligo» que sufría su marido y que le impedía mirar más allá de esa parte de su propio cuerpo. Laura se cansó y conocer a Óscar puso la guinda al pastel de la separación que ya llevaba tiempo horneándose. Sabela lo aceptó con facilidad: mientras ellos fueran felices, qué le importaba a ella con quienes se acostaran. Y ambos lo eran, cada uno con sus aficiones y sus respectivas parejas.

Entra en el piso sin hacer ruido. Después recuerda que está sola y taconea con fuerza sobre el parqué. Los años de andar de puntillas para no importunar a los demás se han terminado. Ahora van a oírla, en su casa y fuera. Y lo primero para conseguir respeto en su nueva comisaría, ya no tanto por parte de sus compañeros como de sus superiores, es resolver este caso. Mira su muñeca en busca de la

hora. Casi las once de la noche, un buen momento para abrir una cerveza. El frigorífico ilumina uno de los botellines de 1906 y Sabela lo separa de sus compañeros, que esperan pacientes su turno para ser bebidos, le quita la chapa con un abridor con forma de tiburón y se lo lleva a los labios. El líquido burbujeante le sienta bien, pero la sensación le dura apenas unos instantes. Después, el tacto de las tripas de Ramón vuelve a revolverle el estómago. Se sienta en el sofá con el botellín en la mano, dispuesta a devanarse los sesos hasta encontrar algo que se les haya pasado, algo que conduzca al asesino. El problema es que tiene la mente embotada, repleta de imágenes y datos que no consigue conectar entre sí. Comprende que no va a conseguir nada esta noche, apaga la luz del salón y se va a la cama.

Dos horas después, harta de dar vueltas sobre el colchón como una peonza, coge el móvil de la mesilla y comprueba si tiene nuevos mensajes. La esperan tres correos electrónicos que abre con avidez al pensar que contendrán nuevas pistas. Se equivoca, pues ¿quién va a estar todavía trabajando a esas horas? La gente tiene familia, cosas en las que pensar más allá del trabajo. Sabela y Roberto, el emisor de esos tres mensajes, están solos. La inspectora los borra sin leerlos. Empieza a estar harta, va a tener que hacer caso a Azahara y mover ficha. El reloj de la mesilla marca la una y media de la madrugada, pero su organismo ha dejado de distinguir entre el día y la noche. Cansada, se levanta de la cama, se pone un pantalón de chándal y se dirige a la nevera.

Mantequilla, huevos, harina, leche, mermelada, cacao y azúcar. Se pone a cocinar, lo único en el mundo que calma su ansiedad desde que su abuela le enseñó hace ya muchos años. Con la repostería, Sabela siente que puede dejar la mente en blanco. Sabe los pasos que debe seguir y lo hace todo en automático. Pesar los ingredientes, mezclarlos y añadir su toque especial le recuerda a su infancia y a los momentos vividos en el pueblo. La nostalgia, un sentimiento ambiguo, tiene al menos la virtud de frenar por un rato su cabeza, siempre zumbando a mil revoluciones. Cuando termina,

las cuatro de la madrugada están a punto de asaltar los relojes de la ciudad. Un poco más calmada, tapa el pastel, decide que lo llevará al despacho para desayunar y, pensando en la cara que pondrán sus compañeros, se vuelve a la cama. Esta vez sí, con el olor a chocolate flotando en el ambiente, cae en un sueño que, aunque corto, es el más reparador de los últimos meses.

La despierta el zumbido del móvil a las seis y media. Manosea toda la pared hasta encontrar el cargador conectado al enchufe. Sigue el hilo hasta que llega al móvil, que sigue vibrando en la mesilla de noche. Sabela se incorpora como un resorte al ver que es Mario quien llama. Eso tiene que significar que hay novedades.

—¿Sí? —contesta con la voz todavía amortiguada por el sueño.

—Perdone que la moleste, jefa.

—Tutéame, Mario, por favor —le repite lo mismo que le dijo la tarde anterior y decide que seguirá haciéndolo hasta que a su compañero se le pase la manía de hacerla envejecer veinte años.

—De acuerdo. Perdona que te moleste a estas horas, hay novedades. Esta noche ha ardido la furgoneta que estábamos buscando.

—¿Dónde? —por la mañana, Sabela es muy parca en palabras.

—En el polígono de O Ceao. De hecho, ha ardido toda una nave industrial, aunque parece que el incendio empezó en la furgoneta. Alguien la impregnó de gasolina y le prendió fuego.

—¿A qué hora ha sido eso?

—Hacia las cuatro de la madrugada, los compañeros nos han avisado hace pocos minutos.

—De acuerdo, gracias por llamar. Me visto y voy para comisaría. Avisa a los demás por el grupo, que lleguen lo antes posible.

—Solo falta Ramírez, Ángela dice que no podía dormir y lleva aquí desde las cinco. Yo he llegado hace media hora.

—Vale, yo llegaré en quince minutos. O veinte —dice Sabela cuando ve el desastre que le devuelve el espejo.

La inspectora se adecenta todo lo que puede, coge el pastel de la encimera y sale escopeteada de casa. Parece que al menos el día se presenta movido. Tendrán bastante que hacer ahora que ha aparecido la furgoneta. Decide las órdenes que dará a su grupo nada más llegar al despacho y antes de que se dé cuenta está estacionando frente a la comisaría. Baja y coge del lado del copiloto el bizcocho envuelto en papel de aluminio que tanto la ayudó a conciliar el sueño tres horas antes. Atraviesa decidida la comisaría, sube las escaleras y abre la puerta del despacho con dificultad. El bolso gigante que ha descendido de su hombro para clavarse en la sangradura del brazo le hace perder el equilibrio y a punto está de tirar el pastel. Ángela se lo coge de entre las manos y se lo acerca a la nariz. Aspira el olor a dulce y sus ojos recuperan el brillo que el cansancio le ha robado. Y llevan solo un día… Sabela calcula la cantidad de dulces que necesitará para mantener a su equipo motivado y no es pequeña precisamente.

—¡Qué buena pinta! ¿Lo has hecho tú?

—Sí, no se me da del todo mal la repostería —dice quitándole importancia—. Esperaremos a Ramírez para desayunar. Mientras tanto, ¿qué tenemos?

—Una nave quemada y una furgoneta de la que me temo que poco vamos a poder sacar —resume Mario, sentado tras su ordenador con la postura de un niño aplicado en su primer día de colegio después de las vacaciones.

—Tendremos que acercarnos a ver si la cerradura está forzada. Si se ha quemado por completo no podremos sacar nada del interior, pero avisad a los compañeros de científica por si se pudiera obtener alguna prueba.

—¡Hecho! Les he llamado antes de que llegaras, he pensado que nos vendría bien —la sonrisa de Mario al saber que ha hecho bien

adelantándose a las órdenes de su superior ilumina la sala.

—Perfecto, buen trabajo —Sabela le premia con un guiño—. Ángela, ¿me acompañas a la nave afectada para comprobar si le hicieron un puente a la furgoneta?

—Sí, claro, vamos.

Las dos mujeres del equipo se cruzan con Ramírez en el pasillo. Llega corriendo y las perlas de sudor son lo primero que llama la atención de Sabela.

—Perdonad, llego tarde —lamenta muy apurado—. Es que ayer hubo bronca en casa hasta las tantas y no he debido oír el despertador. Ni las llamadas, claro.

—No te preocupes, nosotras nos vamos a O Ceao. Mario te pondrá al día.

—Sabela ha traído bizcocho. Ni se te ocurra probarlo antes de que hayamos vuelto —le advierte Ángela llevándose los dedos a los ojos como si le estuviera vigilando.

Ramírez levanta las palmas de las manos y entra en el despacho. Las dos compañeras se marchan en dirección al polígono. Sabela conduce rápido. Maniobra para adelantar a los coches que se mueven a paso de tortuga buscando un sitio para aparcar y dejar a los niños en el colegio.

—Esto de los colegios es insufrible —comenta Sabela—. Menos mal que nunca voy a tener hijos.

—¿Y eso?

—Siempre he tenido claro que no los quiero. No sé, me parecen graciosos, pero no me veo como madre. Prefiero seguir centrándome en mi carrera.

—Es una buena opción —Ángela contempla a una madre arrastrando hasta la entrada del colegio a una niña que se resiste a entrar—. Yo todavía no lo tengo claro.

—No tengas prisa. No hagas caso de esas patrañas sobre el arroz, hoy en día hay tiempo de sobra para encerrarse en casa y llenarse de vómito.

—Con esa imagen de la maternidad, ¡cómo para tener hijos! —se ríe Ángela.

Superan la zona conflictiva de vehículos familiares y encaran la recta final hasta llegar a su destino, en el polígono donde se encuentran la mayoría de las grandes empresas de la ciudad. No tardan demasiado en dar con la nave quemada. Un par de bomberos observan el humo escapar a través del hueco que el fuego ha abierto en el techo. Sabela y Ángela se presentan y enseguida las dejan pasar.

—La zona ya es segura, pero permítanme acompañarlas —dice uno de los uniformados.

—Como quiera, pero nos apañamos bien solas —responde Sabela, que se ha tomado el comentario del bombero como un brote de paternalismo que debe seccionar antes de que arraigue.

Los tres entran en el interior de la nave. Sabela se acerca decidida al vehículo, totalmente calcinado. Solo queda su esqueleto. Le pide a Ángela que avise a los compañeros: no hace falta que pierdan el tiempo viniendo, de ahí no sacarán nada. Para lo único para lo que les sirve la visita es para comprobar que la furgoneta no ha sido forzada. La cerradura está en perfecto estado más allá de haberse vuelto negra y estar cubierta por una buena capa de hollín. Dentro, más de lo mismo, nadie ha hecho un apaño para circular con ella sin las llaves. Las dos agentes se retiran sin haber sacado nada en claro. Más bien se llevan consigo más incógnitas. ¿Si nadie la ha robado y las únicas llaves que existen están en Londres, cómo lo hizo el asesino para acceder a ella? Y, ¿por qué escoger esa furgoneta?

Sabela conduce más despacio esta vez. No quiere tener un accidente y es consciente de que, más que en fijarse en la carretera, su mente está empeñada en plantearle mil dudas.

—Madre mía, olemos a sardinas ahumadas —se queja Ángela.

La inspectora ignora el comentario, aunque no puede evitar una sonrisa. Le encanta su nuevo equipo, cada uno es especial a su manera. Lo que no le gusta nada es la situación en la que están metidos. Ahora que la pista de la furgoneta se ha desvanecido, no tiene ni idea de cómo continuar. Reza para que la autopsia revele algo útil que les encamine en la buena dirección. Así, cada una perdida en su propia mente, llegan a la comisaría y posteriormente al despacho.

—Ya estáis aquí, ¡qué bien! —dice Ramírez acercándose al bizcocho de chocolate cuyo aroma inunda la sala.

—Córtame un trozo, que buena falta me hará —responde Sabela derrotada—. Ya podemos olvidarnos de que la furgoneta nos lleve a algún sitio. ¿Ha llegado el informe forense?

—Hace justo cinco minutos —le hace saber Mario, que acaba de hacer clic en la flecha para actualizar el correo electrónico del grupo.

El equipo al completo ojea el informe. Lo más interesante que contiene, más allá de lo que les avanzó José Luis el día anterior, es el contenido de las cápsulas que el asesino colocó en el abdomen de la víctima: pastillas para adelgazar. Ese elemento, sumado a la cinta para medir y la extracción de grasa, les orienta por fin hacia una teoría.

—Parece claro que el asesino está obsesionado con adelgazar —apunta Mario antes de darse una palmada en la frente por haber sido incapaz de cerrar la boca a tiempo. Está convencido de que ha dicho una idiotez.

—Sí, parece que está relacionado con eso, pero tiene que haber una historia detrás —le respalda Ángela—. ¿Por qué ha ido justamente a por Ramón? No nos consta que haya tenido problemas de este tipo.

—Habrá que preguntárselo a su hija —Sabela se levanta de la silla y dirige la mano hacia el teléfono que reposa junto al ordenador.

Justo en ese momento, cuando la inspectora está a punto de levantar el auricular para contactar con Raquel, el teléfono les hace dar un brinco. Sabela toma nota mental de bajar el volumen a ese aparato del diablo para que no se le pare el corazón cada vez que suena. Después, respirando profundamente, descuelga.

—Sabela Novoa, dígame —el resto del despacho contiene el aliento.

—…

—Sí, tenemos un caso similar aquí en Lugo.

—…

—¿Está seguro de que le parece bien inhibirse del caso? —Sabela mira fijamente la mesa sin prestar atención a sus compañeros, que le piden información con la mirada—. Entiendo, por nosotros no hay problema.

—…

—De acuerdo. Gracias por el aviso.

Ramírez clava la mirada en su jefa para forzarla a hablar. Sabela aún les hace esperar un poco, digiriendo lo que acaba de oír. Mordisquea un trozo de bizcocho pensativa. Después, traga y resume la llamada antes de ponerse en pie.

—Era un compañero de la Guardia Civil de Navia de Suarna. Ayer por la noche apareció el cuerpo de un chico de 18 años a la orilla del río. Parece que ha sido asesinado por la misma persona que acabó con la vida de Ramón Blanco.

—¿Por qué no nos han avisado hasta ahora? —la interrumpe Ángela mordiéndose las uñas.

—No tenían por qué hacerlo. No pensaron que estuviera relacionado hasta esta mañana, cuando la familia ha recibido una caja de música con un botecito lleno de sangre de la víctima. Ese detalle de nuestro caso que la prensa filtró ayer ha hecho saltar las alarmas y nos han llamado inmediatamente.

—Hemos oído que van a inhibirse del caso —interviene Ramírez con la duda pintada en la cara.

—Sí, a mí también me ha extrañado. Dicen que tienen poco personal y muchos casos abiertos. Consideran que llevaremos mejor el caso desde Lugo —explica Sabela.

—Entonces habrá que ir a Navia a ver qué nos encontramos, ¿no? —replica Mario.

—Muy bien, cervatillo, empiezas a pillarlo —se burla Ángela.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Con el bizcocho bajo el brazo, Ramírez es el primero en abandonar la sala. En el camino hacia el coche aprovecha para llamar a su mujer. Al cortar la comunicación suspira. Este caso va a costarle su matrimonio. Sabela le sigue de cerca pensando que ella jamás permitiría que su pareja la presionara de ese modo. Su vida es el trabajo y, si alguien más se va a meter en ella, tendrá que aceptarlo. Ángela y Mario cierran la comitiva cogidos del brazo.

—Pareja, vosotros en un camuflado. Ramírez, tú conmigo. Vamos a hacer terapia matrimonial por el camino —Sabela bromea tratando de destensar el ambiente.

Más de una hora después, las imágenes del cadáver tomadas por la Guardia Civil dinamitan la teoría que había empezado a formarse en su cabeza.

35

SABELA NOVOA

El trayecto hasta Navia de Suarna se hace eterno. Esta vez conduce Ramírez, que no ha terminado de fiarse de llegar en buen estado con su jefa al volante. Sabela mira el paisaje discurrir tras la ventanilla, que recoge su aliento y lo transforma en una capa blanca sobre el cristal que le hace pensar en la niebla. Por suerte, a principios de octubre este elemento meteorológico tan característico de la ciudad todavía no la cubre todos los días. Pronto llegará el invierno y, entonces sí, la proximidad del río teñirá de gris las calles y tapizará con verdín las paredes de la muralla.

—¿En qué piensas?

—La verdad es que estaba distraída —Sabela bosteza y mueve la cabeza para sacudirse el sueño que empieza a añadir peso a sus pestañas—. No sé lo que nos vamos a encontrar, los compañeros no me han avanzado nada.

—Quizá el cadáver confirme la hipótesis del adelgazamiento.

—Por ahora no era ni una hipótesis, más bien una asociación de ideas. Es desesperante.

—Mejor pensemos en otra cosa hasta que lleguemos —Ramírez sube el volumen de la radio, donde suena *La Original*, de Tini y Emilia.

«Flash, flash. Pose, pose», la música que atrona dentro del coche vuelve a llevar a Sabela a otro lugar. Recuerda el sol de Marbella y, por primera vez desde que regresó, lo echa de menos. O quizá no es el astro el que le provoca nostalgia, sino las amistades que ha dejado atrás. No le cuesta conocer a gente nueva, pero con un caso como ese entre manos siente que no le quedan fuerzas. Al menos siempre tendrá a Azahara, aunque ande tan ocupada como ella. Le escribe un mensaje mientras pasan frente a Baralla, un pueblecito desparramado por el monte en el que nunca ha puesto un pie. Poco después tomarán el desvío por Becerreá y cogerán la carretera de Navia. La inspectora recuerda la ruta a la perfección, pues su abuelo, amante de las *feiras* de toda Galicia, solía llevarla a la del municipio donde el horror tomó forma humana la noche anterior. Presiente que lo que encontrará se aleja mucho de sus recuerdos, que contienen raciones inmensas de pulpo, risas con sus abuelos y un chapuzón en el río con la barriga llena.

Ignoran la primera salida de Becerreá. No les interesa atravesar un pueblo que, lo mires por donde lo mires, no resalta precisamente por su belleza. La segunda es la buena y Ramírez frena hasta poner el coche a 40 km/h. Si no reduces la velocidad, es imposible ver bien la rotonda endiablada, lo fácil es estrellarte con alguien que ya esté dentro de ella.

—¿Conoces esta salida, no?

—La cogimos varias veces en un caso que investigamos con Madariaga. Es horrible, ¿a que sí?

—Sí, la verdad es que se las trae. Qué mareo.

—¿Quieres que pare?

—No, no. Tenemos mucho que hacer y todavía queda un buen rato para llegar a Navia. Al menos las vistas son bonitas —se resigna Sabela.

La inspectora fija la mirada al frente para soportar las curvas sin echar el desayuno. El primer tramo de la carretera es el fácil, o así lo recuerda ella. Aun así, está a punto de vomitar en varias ocasiones, pero lo disimula ante su compañero. Ramírez conduce bien, sin ir demasiado rápido y tomando las curvas con seguridad. Sabela piensa para sí que tiene la conducción que se presume a un padre de familia harto de que sus hijos pongan los asientos de atrás perdidos cada vez que salen de excursión. Dejan atrás Borquería, Liber, Vilar y la salida hacia Pumarín, una aldea que dio mucho que hablar en el caso que llevaron Ramírez y Madariaga el año anterior. Continúan hasta sobrepasar también San Martín, otro lugar que a veces frecuentaba con su abuelo. Ahora el bar está cerrado y la zona de acceso al río, asilvestrada. Sabela siente el paso del tiempo y se estremece. No le gusta recrearse en el pasado, tampoco en el futuro. En el presente vive bien, sin tener que plantearse preguntas sin respuesta que le han regalado más de una noche en vela.

La segunda parte del recorrido, que empieza ahí mismo, se le hace cuesta arriba. La carretera empeora y las curvas son cada vez más cerradas. Sin embargo, lo que le corta la respiración no son sus problemas estomacales. Las vistas son inigualables, cada vez más verdes, puras, vírgenes. Los Ancares les observan pasar en su camuflado y la brisa del viento que acaricia los árboles hace que parezca que les saludan. Sabela baja la ventanilla y respira el aire puro que la despeina. Se recoge los mechones rosas en una coleta alta y disfruta del paisaje hasta que aparece la gasolinera que anuncia que están a punto de llegar a Navia.

Pasan por delante de la residencia de ancianos y siguen recto hasta llegar al corazón del pueblo. Desde allí buscan el puesto de la Guardia Civil y no tardan en encontrarlo. Cinco minutos después se reunen con Ángela y Mario. La primera los recibe con la cara desencajada.

—¿Ya os han enseñado las imágenes? —pregunta Sabela angustiada por el aspecto de su compañera.

—No, todavía no hemos entrado. Estábamos esperando a que Ángela se recuperara un poco.

—No vuelvo a hacer este trayecto en mi vida —dice la afectada.

—Al menos tendrás que hacerlo una vez más. A no ser que quieras quedarte ya a vivir aquí —la chincha Ramírez, que nunca ha entendido que alguien se maree en un coche.

—Te odio —Ángela, que poco a poco va recuperando el color, lanza una mirada asesina a su compañero antes de sonreír—. A la vuelta conduzco yo, a ver si así no vomito hasta la primera papilla. Hay que ver, vaya viajecito…

—Fíjate en las vistas —señala Mario, que ha permanecido callado durante el intercambio dialectal de sus compañeros—. Al menos es un lugar precioso.

—Sí, sí, precioso, pero no te olvides de por qué estamos aquí.

—Ninguno nos hemos olvidado. Venga, ¿entramos? —apremia Sabela, ansiosa por continuar la investigación ahora que ha constatado que su compañera se está recuperando sin problemas.

Acceden al edificio, donde ya les están esperando. Acompañan al guardia civil que descubrió el cadáver hasta un despacho donde dos altos mandos más les aguardan. Sobre la mesa, una decena de fotografías del cadáver esperan a ser analizadas. Sabela presenta a su equipo escuetamente y clava la mirada en la primera imagen. Se trata de un chico joven, calcula que debe rondar la mayoría de edad, con las venas de las muñecas seccionadas. Está tumbado encima de su propia sangre, que en la fotografía ya se ha coagulado sobre sus heridas, y su mirada congelada refleja el terror más absoluto. Solo por eso Sabela ya habría descartado el suicidio, pero hay más. Mucho más. El chico está rodeado de cubitos de hielo, algunos de los cuales yacen también sobre su cuerpo. Está desnudo a excepción de un calzoncillo y su cuerpo está posicionado de forma que parece que pretendía darse un baño en el río. Alrededor del cadáver y sobre

su pecho se extienden montones de billetes de cincuenta euros. Algunos se han ennegrecido al contacto con la sangre, que debió brotar libre desde las muñecas para abonar el suelo en su huida del cuerpo.

—¿Se sabe quién es la víctima? —pregunta tratando de mantener a raya la humedad que quiere nacer en sus ojos.

—Miguel Sánchez, fueron sus padres quienes lo encontraron.

—Madre mía, pobre gente. No puedo imaginar un dolor más atroz.

—El padre se desmayó al encontrarlo. Tuvo un amago de infarto, pero se negó a ir al hospital.

Los compañeros de la Guardia Civil les explican cómo sucedió todo la noche anterior. Los padres de Miguel se preocuparon al ver que su hijo no volvía a casa. Lo buscaron por todo el pueblo sin resultado, hasta que se les ocurrió ir a mirar al río. No tenía ningún sentido ir a buscarlo ahí y sin embargo es justo donde lo encontraron. Según el margen de tiempo acotado, los compañeros pudieron deducir que la hora de la muerte se había producido entre las 19 de la tarde, la última vez que los padres lo vieron, y las 21:30, cuando lo encontraron sin vida.

—¿Hay cámaras en el pueblo? —Sabela aprieta los puños con fuerza para contener la rabia.

—Hay un par de cajeros en la calle principal. En la plaza central, en dirección al río, hay un supermercado que también las tiene, aunque claro, no sé qué habrá grabado del exterior.

—¿Podrían mandarnos las grabaciones que se hicieron entre las 18:30 y las 23:30 horas? El asesino pudo llegar antes para prepararlo todo y quedarse a ver el espectáculo después.

—Por supuesto, me pongo con ello —dice un compañero uniformado de verde antes de salir de la habitación.

—Nos gustaría analizar las imágenes y hablar con los padres de la víctima —añade Sabela—. ¿Dónde podemos encontrarlos?

—Ahora mismo deben estar ante el Ayuntamiento. Se está celebrando un minuto de silencio en memoria de su hijo.

Sabela traga saliva. De nuevo debe enfrentarse a unos padres desolados. Desde su primer caso, en el que tuvo que comunicar a los familiares la muerte de una niña que fue brutalmente violada por un grupo de cuatro salvajes, cada charla con los padres de las víctimas se le hace un mundo. Pero es parte del trabajo y Sabela sabe que es su responsabilidad. La inspectora nunca elude sus obligaciones y por eso se dirige a paso apresurado hasta el corazón de la tragedia.

Lo que ve al llegar es el retrato del fin del mundo. Al menos del de esos padres que se abrazan sin poder evitar el llanto. Sollozan como animales heridos, se sujetan el uno al otro para no naufragar en ese cúmulo de tristeza, una que no terminará jamás. Les han robado lo más preciado, los han matado en vida y han pisoteado su alma. Decide darles una tregua. Se sitúa entre la multitud que ha venido a homenajear a Miguel hasta que ve el momento idóneo para acercarse a la pareja.

—Buenos días. Les acompaño en el sentimiento —dice sincera, a lo que los padres del joven asienten agradecidos—. Soy Sabela Novoa, llevo la investigación del caso de su hijo.

—Por favor, ahora no —le suplica la mujer cogiéndola de la mano.

—Necesitamos hablar con ustedes para encontrar al responsable de la muerte de Miguel —el tono de voz que emplea Sabela es dulce y suave como el terciopelo.

—Lo comprendemos —esta vez es el marido quien interviene—. Solo necesitamos un poco más de tiempo para asimilarlo.

Sabela duda. No pueden perder el tiempo, un tesoro muy preciado en una investigación de asesinato. Sin embargo, los ojos rojos de

esos padres, que almacenan toda la pena del mundo, inclinan la balanza.

—Necesitaría hablar con ustedes esta tarde. No podemos esperar más porque podría haber otras víctimas. Tenemos que intentar salvarlas. ¿Lo comprenden?

La pareja asiente y se comprometen a presentarse en el puesto de la Guardia Civil del pueblo a primera hora de la tarde. Sabela mira el reloj: eso les da tres horas para resolver el resto de asuntos que les han llevado al pueblo. Se despide de esas dos almas rotas y, con el ánimo por los suelos, deshace sus pasos hasta el edificio en el que la esperan sus compañeros. Ramírez se ha quedado analizando las imágenes del cuerpo, por si pudiera haber una pista oculta que relacione a Miguel con algún tipo de método para adelgazar. Ángela y Mario, que se han convertido en un binomio irrompible, han salido a hablar con los vecinos.

—Nadie vio nada. Ayer hacía más frío de lo habitual y todos los vecinos con los que hemos hablado estaban ya en casa —resume Mario.

—Lo que sí nos han dicho es que Miguel era un chico muy solitario. Solía quedarse en casa porque no tenía demasiados amigos y los que tenía estudian en Lugo durante la semana. Nadie sabe qué podía estar haciendo anoche en el río.

—Buen trabajo, chicos. Los padres no vendrán hasta esta tarde, están destrozados —les explica—. He querido darles un poco de margen, pero no demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que el padre por poco sufrió un infarto anoche. Tengo la impresión de que el asesino volverá a actuar.

—Por lo pronto podríamos avanzar hablando con compañeros del instituto —sugiere Ramírez.

—De acuerdo —Sabela da luz verde al equipo para continuar con sus pesquisas—Investigad también a los padres: qué relación tenían con su hijo, cómo se llevan entre ellos, a qué se dedican…

—Jefa, hay un problema aquí fuera —le advierte una voz desconocida desde la entrada.

Asoma la cabeza y ve una multitud de cámaras y micrófonos que se agolpan a la entrada del puesto de la Guardia Civil que los acoge. Resopla y dirige sus pasos hacia ellos dispuesta a pedirles respeto por ese chaval y su familia.

—¿Es cierto que se trata de un asesino en serie?

—¿Cómo murió esta última víctima?

—¿Saben ya quién es el culpable?

—¿También le han robado la grasa?

—Dos víctimas en dos días, ¿cuándo van a hacer algo?

Sabela apenas puede identificar quién hace cada pregunta. Las hienas que tiene delante ni siquiera se respetan entre ellas. Necesitan algo que llevarse a la boca, una información lo suficientemente morbosa para mantener a los espectadores pegados a la pantalla. La inspectora coge aire antes de echarles un buen rapapolvo y recordarles que están hablando de personas, con familias y seres queridos. Los periodistas se quedan callados, quizá conmocionados con el alegato. No, en absoluto es por eso, como le demuestra una reportera pocos segundos después.

—¡En Twitter hay fotos! —exclama antes de ponerle el micrófono en la cara a Sabela— ¿Cómo explica que el cadáver estuviera cubierto por billetes? ¿La víctima era gigoló?

Sabela le lanza la mirada de odio más intensa que recuerdan haber reflejado sus ojos oscuros. Después se retira y promete a los buitres no volver a atenderlos jamás. Los periodistas se quejan, pero sus cuchicheos le llegan amortiguados cuando se cierra la puerta.

—¡Qué asco, de verdad, qué asco! —exclama enfadada al volver junto a sus compañeros—. Chicos, hay fotografías en Twitter. La

prensa ya sabe cómo apareció el cadáver y están lanzando hipótesis descabelladas. Tenemos que encontrar algo.

—Pues mira, yo puedo darte algo —dice Mario con confianza—. Bueno, o eso creo —su inseguridad se impone de nuevo, lo que vuelve a enternecer a Sabela.

—Te escuchamos.

—He estado investigando a los padres. Ella, Clotilde García, es ama de casa desde que el restaurante en el que trabajaba cerró hace cuatro años. Las cuentas que comparte con su marido no reflejan nada extraño, sin embargo…

—Al grano, Mario, no me tengas en ascuas que necesito quitarme de encima el mal cuerpo que me ha dejado la prensa.

—Allá va: Fernando Sánchez, el padre, es director de un centro de TCA.

Los tres fijan la mirada en Mario, que no entiende la reacción de sus compañeros. Ramírez, Ángela y Sabela se miran interrogándose los unos a los otros.

—¿Qué demonios es un centro de TCA? —Ramírez formula la pregunta que todos estaban deseando hacer.

—¡Pues qué va a ser! Es una clínica donde se tratan Trastornos de la Conducta Alimentaria. TCA, está bastante claro, ¿no?

La cabeza de Sabela empieza a dar vueltas. Hasta ahora no entendía el vínculo entre un caso que parece estar relacionado con adelgazar y la segunda víctima, que ha aparecido rodeada de billetes y cubitos de hielo. Visto así, no la hay, pero la profesión del padre de la segunda víctima deja claro que están conectados. ¿Por qué? Eso todavía están lejos de saberlo. ¿Qué puede unir a un hombre de 53 años y un chico de 18 que aparentemente no se conocían de nada? Ahora empieza la parte favorita de Sabela. Una vez va obteniendo piezas, puede empezar a montar el puzle. Y en eso es buena, muy buena.

Lo que parece no encajar en ningún lugar de este rompecabezas es el modus operandi. La primera víctima: estrangulada con una cinta de medir, sin grasa en el abdomen y repleta de pastillas para adelgazar. La segunda: desangrada junto al río con un montón de billetes y cubitos de hielo encima. ¿Por qué cambiar el modo de matar si le dio resultado la primera vez? Sabela no encuentra respuestas y, para una mujer tan perfeccionista como ella, es imposible cerrar el caso sin antes atar todos los cabos sueltos.

34

La sombra no siente orgullo por haber segado la vida de ese joven, pero sabe que era lo que debía suceder, lo indispensable para mandar un mensaje alto y claro. No costó demasiado abordarlo y eso le pareció una señal del cielo. No había ni un alma por la calle, solo él, fumándose un porro en lo alto del puente, mirando fijamente el agua. Parecía incluso que reflexionaba sobre la conveniencia de encaramarse al borde y dejar que lo engullera el río oscuro que transcurría bajo sus pies. La figura escuálida observa la calle bajo sus pies y carraspea. De haber saltado, todo se habría complicado. Sin embargo, el joven tiró la colilla aún encendida y echó a andar en dirección a su casa, ajeno a la vigilancia a la que estaba sometido. Seguirlo resultó fácil, sus pasos eran lentos y cortos. Fueron varias las ocasiones para alcanzarle, no llevaba un rumbo fijo y caminaba distraído. La sombra sabe que la base de toda ciencia es la paciencia, y por eso acabó obteniendo sus frutos. El chaval se dirigió al lugar donde lo encontrarían horas después.

La sombra lo recuerda con deleite y suspira, todo está saliendo a la perfección y la sensación de bienestar, esa que creía no poder volver a experimentar, no la abandona desde hace días. La oscuridad que ahora la envuelve en su salón se convirtió también entonces en una aliada y el rugido del río amortiguó el ruido de la persecución. No se percató de nada hasta que fue demasiado tarde para reaccionar y, aunque se resistió, terminó atado en un árbol, una imagen que ahora calienta el corazón helado de la sombra. Mientras

su ropa iba cayendo en un montón en el suelo, el chico imploró clemencia, pero no había lugar para eso. Su muerte era necesaria para oírlos sufrir. La sombra exhala vaho contra la ventana y piensa que, en realidad, su último deseo sí fue acatado: perdió la vida sin experimentar dolor. Solo fueron necesarios dos cortes en las muñecas. Después, su cuerpo terminó su viaje tendido cerca del río, con el agua lamiéndole las piernas en una última caricia que ya no pudo apreciar.

La sombra está convencida de que el hielo y los billetes les darán la respuesta, pero no antes de que todos y cada uno de ellos paguen sus deudas. Abandona el pasillo dispuesta a grabar en el diario la frase que continue su relato: «Los oiremos sufrir y será música celestial».

33

SABELA NOVOA

Los padres de Miguel se presentan en el puesto antes de la hora a la que los habían citado. Clotilde aparenta muchos años más de los cincuenta que en realidad tiene. Fernando tiene aún peor aspecto: blanco como la tiza, adornan sus ojos unas ojeras oscuras que contrastan con la palidez de sus labios. Sabela aparta la mirada de su rostro, que le recuerda al de un cadáver después de su primera noche en la morgue.

La pareja asegura haber comprendido la importancia del tiempo para evitar nuevas muertes. La inspectora todavía no se explica por qué les dio siquiera dos horas de margen. Quizá fue por la pena que arrastran o por evitarle a Fernando un susto cardíaco mayor del que tuvo anoche. Sea por lo que sea, sabe que se está ablandando y eso no es bueno para el trabajo que debe desempeñar. Desde que salió de la academia ha intentado no tomarse sus casos a pecho, pero lo único que ha conseguido es que la pena que la embarga en cada investigación no se refleje ni en su rostro ni, sobre todo, en sus ojos, que son el verdadero espejo de su alma. Excepto ahora, que está perdiendo la batalla. Si los padres de Miguel se fijaran en este momento en sus pupilas podrían comprobar que Sabela está dispuesta a darlo todo por frenar las muertes y hacer justicia por las víctimas que ya no pueden ser salvadas. Pero están ocupados conteniendo su propio dolor, creando un dique capaz de contener la producción frenética de sus lagrimales.

—Adelante, señores —la inspectora les invita a seguirla hasta una sala más privada.

Cuando se acomodan, Sabela se percata de que la mujer trae algo en una bolsa que aferra con fuerza para que el temblor de sus manos no la obligue a soltarla. La inspectora cierra los ojos con fuerza y respira como Azahara le enseñó. Sabe lo que contiene y no tiene ganas de verlo, aunque debe hacerlo. Clotilde saca con manos temblorosas la caja de música que ha recibido esta misma mañana.

—Hemos recibido esto en casa, pero no hemos tenido fuerzas para abrirlo. Sabemos que le entregaron una igual a la hija del otro hombre que… —el llanto le impide continuar hablando.

—El otro hombre que ha muerto —termina Fernando.

Sabela entiende bien que los padres eviten usar la palabra «asesinato» para hablar de lo que le ha sucedido a su hijo. Después de años recibiendo a familias destrozadas es experta en el uso de eufemismos para aliviar el dolor.

—Si me lo permiten, la abriré yo —dice cogiendo la mano de Clotilde con ternura. La mujer asiente.

La inspectora se pone unos guantes, aunque el análisis de la otra caja no ha dado ningún resultado, y abre el cierre. Los bailarines empiezan el espectáculo, ajenos a la tensión que reina en la sala.

—¿Les suena de algo esta canción? —pregunta sin poder sacudirse de encima la sensación de que ya la ha oído antes.

—No, en absoluto —responde Fernando. Su mujer también niega con la cabeza, incapaz todavía de deshacer el nudo que aprisiona sus cuerdas vocales.

Sabela asiente y les sonríe para tranquilizarles. Después coge la nota que reposa a los pies de las figuritas que danzan y la despliega.

—«Los oiréis sufrir». ¿Esto les dice algo? ¿Se les ocurre alguien que quisiera hacerle daño a su hijo?

—Mi niño no tenía enemigos —dice Clotilde—. Era un trozo de pan.

—Es verdad, era muy buen chico. No se metió nunca en problemas, no sé quién podría querer hacerle daño.

En ese momento, el cerebro de Sabela hace clic. ¿Y si el objetivo no fuera hacer daño a las víctimas? ¿Y si todo estuviera dirigido exclusivamente a sus familias? Eso explicaría por qué los familiares reciben esos paquetes justo después de las muertes de sus seres queridos. Lo que sigue sin encajar es el modo de matarlas, pero Sabela sabe que están más cerca de poner fin a la barbarie. Cuando decide que esos padres ya han tenido suficiente y se dispone a acompañarlos a la salida, Fernando la hace frenar en seco.

—¿Qué es eso que hay dentro de la caja?

El color huye del rostro de Sabela, que no ha querido explicarles a los padres que el asesino ha dejado un trozo de su hijo para que lo recuerden, tal como hicieron con la grasa de Ramón. En esta ocasión el asesino les ha mandado lo que provocó su muerte. Junto a la caja de música, que no ha dejado de sonar en ningún momento, un bote con la sangre de Miguel resplandece bajo la luz blanca de los fluorescentes. Al comprender lo que ven sus ojos, Fernando se desploma en el suelo. Sabela apenas tiene tiempo de socorrerlo cuando Ramírez entra en el despacho.

—Tenemos las imágenes —anuncia aún sin percatarse de lo que está sucediendo.

Cuando finalmente lo hace, ahoga un grito y toma el mando. Sabela está bloqueada, pero el subinspector tiene claro lo que hay que hacer. Grita en dirección al pasillo para que llamen a una ambulancia y se agacha junto a Fernando para iniciar las maniobras de reanimación.

—Vamos, Fernando, aguanta. Aguanta por tu mujer, no puede perderos a ambos —masculla, como si la mera voluntad de Fernando

pudiera vencer a la pena que ha contraído los músculos de su corazón para que deje de latir.

32

SABELA NOVOA

—Lo sentimos, no hemos podido hacer nada.

La frase reverbera en el despacho. Clotilde, agarrada del brazo de Sabela desde que su marido cayó al suelo, apenas percibe el eco de las palabras del sanitario. Lo siguiente sucede muy rápido, o quizá demasiado lento. Clotilde solo quiere irse a casa, dormir y no volver a despertar. Sabela lo sabe con solo mirarla a la cara. La obliga a sentarse y beber algo de agua, pero no consigue sacarla del trance en el que parece encontrarse. Está catatónica y Sabela no sabe cómo ayudarla. Están esperando a que lleguen los psicólogos, pero se siente inútil, sentada junto a Clotilde sin poder hacer nada por aliviar su dolor. La magnitud de su tragedia personal es demasiado grande, inabarcable. Comprende que lo único que puede hacer por esa mujer es volver al trabajo y atrapar al asesino que ha puesto su vida del revés. Cuando llegan los profesionales que se harán cargo de la mujer, se retira de la sala. Antes, contempla como los compañeros se llevan el cadáver de Fernando, que ha sufrido un infarto fulminante. Sabela cierra los ojos tratando de borrar esa imagen y se dirige al baño, donde mete la cabeza bajo el agua helada. Se pasa la mano por la cara antes de abandonar el servicio, pero se lleva con ella algunas gotas aferradas a sus pestañas. Se reúne con su equipo en una nueva sala.

—Los psicólogos están atendiendo a Clotilde —les informa—. Nosotros debemos volver al trabajo.

—Hay que acabar con esto, no me siento capaz de ver más cadáveres —añade Ángela.

—Llamaré a mi mujer, deberíamos quedarnos trabajando esta noche.

Mario es el único que no dice nada. Está más pálido de lo normal y sus ojos inexpresivos consiguen asustar a sus compañeros. En su fuero interno, el joven agente está haciendo un esfuerzo ingente por no llorar. No quiere mostrar su debilidad ante sus compañeros, que en realidad están tan destrozados como él.

—Está bien sentir pena, pero no puedes guardártela para ti. Si lo haces, se te enquistará y llegará un momento en el que no podrás más —le advierte Sabela con sincero afecto—. No hace falta que lo compartas con todos nosotros, pero, por favor, háblalo con alguien.

Las palabras de la inspectora son la gota que colma el vaso. Mario se echa a llorar, escondiendo el rostro tras las palmas de sus manos.

—Lo siento, sé que esto no es muy profesional —se disculpa cuando consigue recuperar el control.

—Lo que acabamos de vivir ha sido terrible, no seas tan duro contigo mismo.

—Sabela tiene razón. Además, soltar lastre es lo mejor que podemos hacer antes de ponernos a trabajar para encontrar a ese cabrón —Ramírez les sorprende con unas palabras que todos habrían puesto en boca de Ángela si no hubieran estado allí—. ¿Por qué me miráis así? Yo también tengo sentimientos.

—Lo sabemos, es solo que nunca los expresas —aclara Ángela.

—Tengo que mantener mi imagen de tipo duro.

La conversación tiene la virtud de aligerar un poco la carga emocional que arrastran. La tregua, sin embargo, dura poco, pues Sabela les urge a volver al trabajo. Empiezan por el visionado de las cámaras. Tienen varias horas de grabaciones de cuatro dispositivos distintos que abarcan todo el pueblo, que solo tiene dos vías frecuentadas de entrada y salida. Se los dividen: Ramírez analiza la cámara de un cajero situado en la calle principal del pueblo; Mario se encarga de la de otro banco, el que se encuentra nada más entrar en Navia por la carretera que les llevará de vuelta a Lugo; Ángela visiona las imágenes de un bar de mala muerte situado en la otra salida del pueblo y Sabela se ocupa de la del supermercado. Concentrados, analizan las grabaciones comprendidas entre las 17 y las 23:30. La inspectora es consciente de que el asesino habría podido llegar antes al pueblo, pero no lo considera probable dado que ese mismo día ya había tenido que encargarse de dejar el cuerpo de la primera víctima, esconderse y buscar otro vehículo con el que desplazarse. Porque Sabela está segura de que no ha usado la furgoneta. El asesino es inteligente y no se habría arriesgado a ser detenido cuando toda la policía de Lugo andaba buscando precisamente ese vehículo.

—Es verdad eso de que no había ni un alma por la calle —Ramírez rompe el silencio—. En la hora y media de visionado solo han pasado cuatro coches por delante de la cámara. Obviamente, ninguno es la furgoneta con la que transportó el cuerpo de Ramón.

—Lo imaginaba —constata Sabela—. De todos modos, es una buena noticia que no sea una zona concurrida. Nos será más fácil identificar el vehículo con el que se movió el asesino.

—Por mi parte más de lo mismo: seis coches en todo este tiempo —añade Mario.

—Yo tengo tres.

—Ni rastro de ningún vehículo ni persona en mis imágenes —resopla Sabela—. Sigamos observando.

Todos terminan de visualizar las grabaciones en el mismo momento. Ponen en común sus conclusiones. Descartan que el asesino aparcara lejos y se acercara al pueblo a pie, pues solo aparecen dos personas andando y son demasiado mayores para ser el hombre que buscan. Por tanto, se centran en los vehículos que han visto pasar ante las cámaras. Mario, que analizaba las imágenes de la entrada del pueblo por la que han llegado ellos esa mañana, ha registrado un total de doce vehículos. Cinco de ellos no han llegado a pasar por delante del cajero que controlaba Ramírez, lo que hace que los descarten por el momento. De los cuatro que Ángela ha visto entrar en el pueblo, solo dos han llegado al centro de Navia, donde calculan que estacionó el asesino para dirigirse hacia el río. Por tanto, son nueve los vehículos que son ahora sospechosos. La cámara del supermercado ha resultado ser inútil: nadie ha pasado por la pequeña parte de la plaza que muestra.

—Veamos, ¿podemos descartar alguno de los nueve vehículos que entraron en el pueblo antes de que se cometiera el asesinato?

—Afirmativo, milady —Ramírez está contento, pero no dice nada más.

—Si has descubierto algo, dilo ya —se impacienta Ángela mirando el reloj—. Son las nueve y cuarto y hay más de una hora hasta Lugo.

—Más que descubrir algo, he descartado a tres coches. Dos de ellos estacionaron en el rango de visión de la cámara del cajero y no se movieron en toda la noche, lo he comprobado avanzando la grabación hasta las siete de la mañana. El otro pertenece a Fernando.

—Entonces nos quedan seis.

—En realidad, tres —interviene Mario—. Por delante de mi cámara fueron tres los vehículos que, habiendo llegado al pueblo a partir de la hora fijada, se marcharon entre las nueve y las diez, justo cuando se estaba produciendo el asesinato.

—Por mi zona no salió ninguno, así que sí, nos quedan tres.

Sabela y su equipo están eufóricos. Aunque cabe la posibilidad de que el asesino haya abandonado el pueblo sin ser captado por las imágenes, les parece casi imposible. Además, descartan que se marchara después de las once y media, porque tenía que darse prisa si quería llegar a Lugo, esconder su nuevo vehículo, mover la furgoneta de donde fuera que la tuviera aparcada, meterla en la nave y prenderle fuego hacia las dos de la madrugada. Están convencidos de que podrán identificar el vehículo del asesino entre los tres que les quedan y, si no resultara, ampliarían el horario hasta dar con él. Mario teclea la primera matrícula bajo la atenta mirada de sus compañeros, a los que el cansancio empieza a hacer mella. Quieren atrapar al culpable, pero también volver a sus casas, abrazarse a sus seres queridos y dormir como troncos, si es que eso es posible después de la dureza de los acontecimientos de ese día interminable.

—Creo que ya solo nos quedan dos, porque no veo yo a esta mujer matando a Miguel —Mario señala la pantalla.

La primera de las matrículas corresponde a un vehículo propiedad de Milagros Sanjurjo Rivera, de 81 años. Mario, que tiene anotada la hora en la que el coche quedó registrado en las imágenes, vuelve a visionarlas.

—Parece que es ella quien conduce, aunque no pondría la mano en el fuego —les muestra el vídeo y lo para en el momento en que la mujer está pasando frente a la cámara—. Aunque la imagen no es nada nítida, yo diría que se trata de Milagros.

—Comprueba donde vive —le indica Sabela.

Mario consulta los datos de la mujer y pone la dirección en el GPS. Les muestra una casa a apenas cinco minutos del núcleo urbano.

—No sé qué hace una mujer tan mayor conduciendo a esas horas de la noche, pero parece que es ella.

En ese momento aparece un compañero de la Guardia Civil.

—Ostia, esa es Milagros. Se debió tomar unas cuantas en el bar de Ortiz si estaba volviendo a casa tan tarde.

—¿La conoce?

—Aquí nos conocemos todos. La pobre Milagros tiene problemas con la bebida. Cada vez va a peor, ya la hemos parado muchas veces cuando vuelve borracha a su casa en el coche.

Definitivamente, pueden descartar a Milagros. Siguiente matrícula y ya solo quedan dos. La primera sirve para identificar a Ramiro Montesinos, de 43 años.

—¿A él, lo conoce? —le pregunta Sabela al agente verde oliva que se ha quedado tieso como un pasmarote detrás de ellos.

—Sí, es veterinario. Lo llaman a veces para partos de vacas que se complican. Debió salir para atender una urgencia.

—¿Podría comprobarlo?

—Sí, ahora me pongo a ello.

Sabela confía en su instinto. Pueden olvidarse de Ramiro, no es el hombre que buscan. Le ordena a Mario que proceda con la siguiente matrícula. El joven agente obedece.

—¿Pero, qué demonios? —exclama Ángela—. Esto es imposible.

Frente a ellos se despliega la fotografía de su marido, que los mira desafiante.

31

SUSANA VEIGA

Bloquea la pantalla del móvil con una sonrisa. ¡Qué charla más divertida! Desde que se apuntó a este grupo se siente menos sola. De hecho, hoy está contenta por primera vez en varios días. El médico le ha dado una buena noticia: la escayola que le inmoviliza el brazo desaparecerá dentro de poco y por fin podrá volver a trabajar y salir de su particular prisión. Ahí asoma su carcelero adolescente, que quiere cenar pese a que ya son las once de la noche.

—Mamá, ¿no hay nada para cenar?

—Lo había cuando te llamé.

—Bah, eres insoportable —le bufa su hijo—. Ojalá fueras como Rita, ella sí que es buena madre.

La mujer se levanta y, con la rabia que ha ido acumulando en los últimos días tensándole el brazo sano, le gira la cara de un bofetón. ¿Quién se ha creído que es ese niñato para compararla con otras madres? ¿Acaso no ha sido buena con él? Se ha desvivido por sus hijos, ha renunciado al trabajo de sus sueños para criarlos, pero Dani no lo ha valorado nunca. Decide que es el momento de forzarlo a espabilar, de educarlo de una vez por todas. Si su padre no está suficiente tiempo en casa como para hacerlo, lo hará ella.

—Ni se te ocurra volver a decir eso. Nunca. ¿Lo has entendido? —le dice con voz de hierro.

Dani, con lágrimas en los ojos, asiente y se lleva la mano derecha a la zona enrojecida. Sobre su piel se percibe la silueta de unos dedos. Susana también siente ganas de llorar al recuperar la compostura. Nunca había pegado a ninguno de sus hijos, pero compararla con Rita la ha llevado al límite. Es posible que Dani no sea el único culpable de su mal humor, pero ha estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. O más bien ha dicho la frase equivocada. Susana no soporta que la comparen con otras mujeres, y menos aún con Rita, la madre perfecta, la ama de casa de la eterna sonrisa. Ella se muere por volver al trabajo, abandonar a su familia en casa y volver a conversar con adultos en vez de con adolescentes en plena edad del pavo. En cambio, Rita disfruta con su vida de criada y exhibe su felicidad ante el mundo. Incluso en Instagram, su descripción es «madre de Adrián». Susana jamás se habría definido así. Es madre, pero también es mil cosas más.

—Siento haberte abofeteado —susurra, los dos todavía inmóviles en el salón—. Te prepararé algo.

Y así, Susana se rinde de nuevo a su vida doméstica. Mientras fríe unos huevos y hierve arroz, la mujer de la escayola se distrae pensando en el grupo. Sandra ha estado muy acertada en sus comentarios, como siempre. Ella nunca intuye quién es el culpable, pero algunas de sus compañeras lo adivinan siempre antes de llegar a la mitad del libro. Se esforzará más en la próxima lectura. Total, tiempo tiene, pues su marido nunca está en casa y no tiene nada más con lo que distraerse. Echa de menos sus conversaciones hasta altas horas de la madrugada. No sabe qué será de ellos, cada vez le gusta menos su trabajo y se siente más desconectada de él, pero tampoco se ve reconstruyendo su vida a estas alturas.

El limón de plástico que tiene sobre el microondas empieza a pitar. Siempre le ha gustado ese reloj, le permite saber exactamente cuándo sacar el arroz o la pasta del fuego para que esté *al dente*. Se

lo regaló Dani cuando tenía cinco años y sus abuelos le dieron su primera paga. Lo compró en un bazar chino con su padre, lo envolvió torpemente en papel de regalo y lo depositó sobre la mesa de la cocina mientras Susana rebozaba pechugas de pollo. Cuando se dio la vuelta, se encontró con su hijo mirándola ilusionado, como si en vez de entregar el regalo fuera él mismo el destinatario. De vuelta al presente, Susana siente como se le humedecen los ojos. Cómo ha cambiado todo y cuánto echa de menos a su hijo. Lo único que desea es que su marido regrese pronto y la reconforte con un abrazo.

—La cena está lista —anuncia.

—Gracias, mamá. Siento lo que te he dicho, eres la mejor madre del mundo —Dani la abraza tímidamente.

Susana lo rodea con sus brazos y le besa la cabeza, sintiendo que no todo está perdido.

30

SABELA NOVOA

—¿Tu marido? No jodas —dice Ramírez mirando con incredulidad a Ángela.

—Es imposible. Él no ha tenido nada que ver. Es imposible —su compañera está en estado de shock.

—¿Te dijo qué pensaba hacer ayer por la noche? —interviene Sabela que, aunque se resiste a creer que el marido de Ángela esté detrás de los asesinatos, sabe que nada puede descartarse durante una investigación.

—Tenía una cena familiar —balbucea la agente retorciéndose las manos con nerviosismo— Cuando me metí en la cama aún no había vuelto.

—¿Y qué demonios hacía su coche en Navia? —exclama Ramírez elevando el tono de voz.

—¡Ya basta! —Mario alza también la voz para interceder por su compañera—. Todo esto tiene que tener una explicación y la encontraremos.

Los tres se giran hacia Sabela, esperando instrucciones. La inspectora reflexiona un instante. Podrían hacer una vigilancia del marido de Ángela, pero eso conllevaría destinar unos recursos y un tiempo que se irían directamente a la basura si su intuición se

confirmara. No cree que él sea el hombre que están buscando. Sin embargo, su nombre ha aparecido en el caso y tienen que investigarlo a fondo, no se pueden permitir ni un error. Toma una decisión.

—Llámalo y cítale en comisaría dentro de una hora y media.

Ángela, todavía conmocionada pero resuelta a demostrar la inocencia de su marido, se aparta unos metros para llamarle. El resto del equipo recoge sus cosas para marcharse cuanto antes a Lugo. Clotilde sigue catatónica, no responde a ninguna pregunta y ella era la única razón para seguir en Navia. Continuarán con el caso en base y, si finalmente consiguen hacerla hablar, volverán al pueblo para preguntarle por el trabajo de su marido. Sabela siente que ahí está parte de la respuesta al misterio, pues es lo único que conecta un caso con otro. Recuerda que también deberían citar en comisaría a la hija de la primera víctima, Raquel Blanco. Está tan cansada que cree que será mejor anotarlo en los recordatorios del móvil para llamarla a primera hora de la mañana. En ello está cuando Ángela se les acerca de nuevo.

—Estaba durmiendo. No he querido decirle de qué se trata. Vámonos, quiero demostrar cuanto antes que él no ha tenido nada que ver con esto —dice muy seria antes de clavar una mirada decepcionada a sus compañeros—, aunque ya deberíais saberlo.

Los cuatro abandonan el puesto de la Guardia Civil, situado en la anacrónica y vergonzosa Avenida del Generalísimo, en busca de sus coches. Se dividen en dos grupos, los mismos que los de esta mañana. Sin embargo, esta vez es Sabela quien conduce. Sale del pueblo a toda velocidad, acercándose peligrosamente al quitamiedos en cada curva. Las luces largas del camuflado apenas alcanzan a iluminar unos metros. La niebla les envuelve y la inspectora se ve obligada a reducir la velocidad. Ramírez se agarra al asiento para no salir volando en cada giro de la carretera, que su jefa toma como si estuviera en medio de una carrera de Fórmula 1. Entiende su necesidad de llegar a Lugo cuanto antes, pero espera que no le

cueste la vida. No le gustaría que su cadáver fuera sepultado por esa capa blanquecina que siempre le ha provocado ansiedad. Pese a que sus cuerdas vocales se mueren por pedirle a Sabela que reduzca la velocidad, no emite ni un sonido. Está tan decidida y tan seria, que no quiere importunarla. Que sea lo que tenga que ser.

A unos metros, cada vez más lejos, en el camuflado de Ángela y Mario reina el silencio. Él conduce con la vista fija en la carretera pensando qué puede decir para aliviar la angustia que contrae el rostro de su compañera. Ángela experimenta una profunda pena porque el nombre de su marido, el hombre más bondadoso y leal que ha conocido nunca, haya aparecido en medio de una investigación por asesinato. No tiene ninguna duda de que anoche su marido cenó con sus padres, su hermana y el marido de esta. Le fastidia que Ramírez haya usado un tono acusatorio sin plantearse siquiera la posibilidad de que aquello pudiera tener una explicación. Se conocen desde hace muchos años y lo considera un amigo, por eso lo sucedido le ha sentado como un puñetazo en el corazón. Comprende que Sabela le haya ordenado llamarlo, no podía simplemente ignorar el hecho de que su coche estaba en el lugar del crimen, pero algo le dice que su jefa no cree en esa vía de investigación. Sin duda, quien más le ha sorprendido esa noche ha sido Mario.

—Gracias por interceder por mí ante Ramírez —murmura girándose hacia él.

—No te preocupes —posa la mano que hasta entonces descansaba sobre el cambio de marchas encima de la de su compañera— Creo que no ha tenido una buena reacción, pero estamos todos agotados y susceptibles. No te lo tomes a mal.

—No tendría que haberse puesto así —se queja—. Es mi marido, juegan juntos a pádel cada fin de semana. Debería saber que no es un psicópata que va por ahí mandando cajas de música con restos de las víctimas.

—Estoy seguro de que lo sabe, tranquila. En cuanto lleguemos a Lugo todo esto se aclarará.

Ángela asiente, mucho más tranquila. No sabe qué tiene ese chaval, pero le da paz. Piensa que, pese a su poca experiencia, es el mejor compañero que ha tenido. Al menos el más humano. Es más transparente que el agua del río que discurre en esos momentos por debajo de la carretera y que les anuncia que, en escasos cuarenta minutos, podrán dar carpetazo a este asunto. O al menos eso es lo que Ángela espera.

29

SABELA NOVOA

Sabela bosteza mientras espera que la cafetera deje de hacer ruidos infernales y se ponga a funcionar. Finalmente, la máquina deja caer un líquido oscuro y humeante que, pese a tener muy mal sabor, consigue hacerla volver a sentir persona. Están a punto de dar las doce y media, lleva desde las siete de la mañana trabajando y la noche anterior apenas durmió. Se siente exhausta, incluso mareada de cansancio. Se arrastra por el pasillo hasta el despacho, donde el equipo espera la llegada del marido de Ángela. Poco después de que Sabela aposente sus prominentes glúteos en la silla que hay frente a su escritorio, un compañero les comunica que el hombre ya ha llegado.

—Bienvenido. Soy Sabela, jefa del grupo —le saluda la inspectora al recogerlo en la entrada.

—Hola —el marido de Ángela le devuelve el saludo visiblemente nervioso—. ¿Me puede explicar qué hago aquí?

—Por supuesto, acompáñeme a un lugar más tranquilo.

Lo de «más tranquilo» es solo una formalidad, pues a esas horas no hay ni un alma en comisaría. La gente normal está durmiendo, exactamente lo que más desearía estar haciendo ella en estos momentos. Sin embargo, así es la vida, le toca trabajar. El marido de Ángela la sigue hasta una sala y se acomoda en una de las dos sillas. Su pierna derecha se mueve arriba y abajo e impacta contra la

mesa. Sabela no soporta el sonido de la articulación al chocar contra la estructura de madera, así que arranca a hablar.

—Verá, le hemos hecho venir porque se ha producido un nuevo asesinato en Navia de Suarna. El autor es el mismo hombre que hace dos días acabó con la vida de Ramón Blanco. Supongo que está familiarizado con el caso.

—Sí, pero no por Ángela. Ella no me cuenta nada del trabajo, se lo aseguro —la defiende incluso sin haber recibido ningún ataque de Sabela, que aplaude su actitud y desea más que nunca que no esté involucrado en el caso—. Lo he visto en las redes sociales y en la prensa.

—No se preocupe, no es por eso por lo que le hemos hecho venir a estas horas. La matrícula de su coche fue captada en Navia de Suarna la noche del segundo asesinato.

El hombre pierde entonces todo rastro de vitalidad en su rostro. Abre tanto los ojos que parece que vayan a salírsele de las órbitas. Frunce el ceño y los labios, tratando de buscar una explicación a algo que le parece totalmente descabellado.

—¡Pero eso es imposible! Nunca he estado en Navia, mucho menos ayer —pese al impacto que le ha causado la afirmación de Sabela, el hombre no duda al pronunciar estas palabras—. Y además hace días que no cojo el coche.

—¿Dónde estuvo ayer entre las cinco de la tarde y la una de la madrugada?

—Salí de la consulta a las ocho, pasé por casa a ducharme y cambiarme de ropa y hacia las nueve y media me marché a casa de mis padres. Teníamos una cena familiar para celebrar que mi hermana y su marido han vuelto de su luna de miel en Senegal.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo? —pregunta Sabela, cada vez más segura de que no se encuentra ante el responsable de las muertes que investigan.

—Mis padres, mi hermana y su marido —responde con voz firme —, aunque no creo que mis familiares sirvan de coartada.

—¿Nadie más?

—Nadie más sabía que estaba en esa cena, pero la recepcionista de la consulta me vio salir a las ocho. Puedo darle sus datos para que lo confirme. ¿Será suficiente?

Sabela asiente, anota los datos de la secretaria e intercambia un apretón de manos con el marido de Ángela. Si la recepcionista puede confirmar que no salió hasta esa hora de la consulta, no puede ser él quien conducía el vehículo, que pasó por delante de la cámara del cajero a las ocho y doce.

—Una última cosa —dice la inspectora antes de abrir la puerta de la sala—. ¿Quién más podía tener acceso a su coche?

—Solo nosotros tenemos llaves. ¿Están seguros de que era mi coche? Esta misma mañana lo he visto aparcado en nuestra calle.

—¿En el mismo sitio donde lo dejó usted?

—No sabría decirle, lo aparqué hace una semana y no he necesitado usarlo. Voy a pie a trabajar y Ángela tiene su propio coche.

—De acuerdo. ¿Tiene las llaves aquí? Mandaré a los compañeros de Científica a analizar el vehículo, quizá esta vez encontremos algo.

El hombre saca un enorme manojo de llaves del bolsillo y se lo tiende. Sabela lo mira antes de asentir y despedirse.

—Avisaré a Ángela para que se marchen juntos a casa.

Sabela sube las escaleras hasta el despacho sin mirar atrás. Si lo hiciera, vería a un hombre confuso pero seguro de su coartada. Él no ha tenido nada que ver. De nuevo, el asesino ha usado el vehículo de otra persona para desplazarse hasta el lugar de los hechos. La cabeza de la inspectora da vueltas y la lleva una y otra

vez a la misma pregunta: ¿Cómo consigue hacerlo sin dejar rastro? Decide que lo primero que hará al día siguiente es mandar al equipo de Policía Científica a analizar cada centímetro del coche. Quizá esta vez tengan suerte.

—Bueno, chicos. El marido de Ángela tiene una coartada que parece sólida. Mañana a primera hora habrá que confirmarla, pero no creo que sea nuestro hombre.

—Os lo dije —exclama su compañera, visiblemente aliviada pese a su convicción en la inocencia de su marido.

—Siento haber dudado de él —se disculpa Ramírez, avergonzado.

—Estamos todos muy cansados, no pasa nada —Ángela, la persona menos rencorosa que uno pueda conocer, le tranquiliza usando las palabras que ha oído salir antes de la boca de Mario.

—Vámonos, por hoy hemos tenido suficiente —dice Sabela—. Mañana avisaré a los compañeros de Científica para que analicen el coche, hasta entonces espero que no tengamos una nueva víctima que lamentar.

—¡Dios te oiga! —Ramírez junta las manos como si rezara—. Esto va a acabar conmigo.

—Nos vemos mañana a las nueve. Procurad descansar hasta entonces.

El grupo se divide al salir de la comisaría. El aire es frío y eriza la piel de Sabela, que decide volver andando a casa pese a tener el coche aparcado a apenas unos metros. Le vendrá bien pasear, aunque sus piernas hubieran agradecido la alternativa. Ramírez ha corrido hacia su coche y ha pasado zumbando a su lado unos segundos después; tiene ganas de llegar a casa y abrazar a su mujer. Él también la echa de menos, aunque no se lo diga casi nunca. Mario, que vive en dirección contraria, a solo cinco minutos de la comisaría, se aleja a buen ritmo con la promesa de comerse una buena pizza Tarradellas al llegar a casa. Aunque eso le robe

unos minutos de sueño, ese manjar lo vale. Además, espera que le asiente el estómago, todavía revuelto por el horror que ha presenciado en ese precioso pueblo al que un desalmado ha sumido en la oscuridad. Ángela y su marido son los últimos en irse a casa, donde harán el amor para celebrar que todo se ha quedado en un susto. Antes, ella brindará por la inocencia del hombre de su vida y él lo hará por la lealtad de una esposa que lo ha defendido a capa y espada y, sobre todo, a ciegas.

A la una y diez de la madrugada, Sabela llega por fin a la puerta de su piso, que opone cierta resistencia antes de permitirle entrar. Se deja caer en el sofá, agotada, y siente por primera vez rechazo hacia su propia soledad. A ella también le gustaría dormir abrazada a un cuerpo amado esta noche. Aun así, al tumbarse en la cama se aferra a la almohada y se hunde en la inconsciencia. Allí, en vez de la paz que tanto deseaba encontrar, se topa de nuevo los cuerpos mutilados de Miguel y Ramón. Abre los ojos asustada y trata de conciliar el sueño de nuevo, pero resulta imposible. A las tres de la madrugada, Sabela ahuyenta sus fantasmas horneando magdalenas. Siente que esa investigación va a acabar con su cordura, si es que a esas alturas aún conserva algo de ella.

28

SABELA NOVOA

La inspectora apura de un sorbo el tercer café de la mañana. Todavía no ha salido de casa, pero la dosis de cafeína que altera su organismo es ya mucho más alta de la recomendada. Son las ocho menos cuarto y el día ha amanecido nublado. Sabela se calienta las manos con la taza y mira por la ventana. No le apetece abandonar la tibieza de su casa, pero no le queda más remedio. Ella es la encargada de detener al asesino que aterroriza la provincia, una responsabilidad que le pesa sobre los hombros más de lo que le gustaría admitir. Se frota las cervicales con la mano libre mientras piensa que tendrá que hacerle una visita a Xesús, su fisioterapeuta, cuando todo esto termine. Le duele la cabeza y, aunque ella lo achaca a la tensión que le agarrota los músculos del cuello, también se debe a las dos horas de sueño de esa noche. Es la segunda vez que enciende el horno esta semana y eso es muy mal presagio. Si su madre la viera, correría a preguntarle qué le preocupa y Sabela le respondería que no sabe cómo va a poder cumplir con lo que el mundo espera de ella, dar caza al monstruo que tortura no solo a las víctimas, sino especialmente a sus familiares. Entonces su madre la abrazaría y le recordaría que no está sola en la persecución. Pero nada de eso sucede, así que es ella misma quien debe obligarse a recordar que, junto a ella, un grupo de policías de lo más variopinto se está dejando la piel para resolver el caso. Se merecen como mínimo unas magdalenas, así que las

envuelve en papel albal y las mete en una bolsa del supermercado Gadis.

Después de hacer una llamada a los compañeros de Científica para ponerles en antecedentes sobre el coche que usó el asesino, la inspectora decide que ha llegado el momento de abandonar su cueva y salir a la humedad de la calle, que enseguida encrespa sus bonitos rizos rosados. Ha salido bien abrigada pese a que apenas empieza el mes de octubre. Pronto la ciudad se pondrá sus mejores galas y saboreará un *pulpo a feira* exquisito junto al Parque de Rosalía de Castro. Mientras anda por la calle en dirección a la comisaría, cruza los dedos para que cuando llegue la fiesta de San Froilán, el patrón de la ciudad, el responsable de los crímenes esté ya entre rejas.

El aire gélido le araña el rostro con sus zarpas mientras avanza hacia la comisaría. Camina hasta vislumbrar la zona donde apareció el primer cuerpo y no puede evitar estremecerse. Continúa andando, esta vez más rápido, intentando olvidar el aspecto del cadáver. Alza la bolsa de magdalenas hasta que el papel de alumnio roza su nariz y aspira su aroma. Se relaja inmediatamente, aunque sabe que la tregua será corta. Solo una decena de pasos la separan de su lugar de trabajo, donde se verá obligada a rememorar los aspectos más siniestros del caso que no le deja pegar ojo. Sube al despacho lentamente y, al llegar, deposita las magdalenas sobre la mesa antes incluso de pulsar el interruptor de la luz. Después se entretiene desenredando la enorme bufanda que custodia su cuello, propenso a los resfriados, y abandona la habitación en busca del cuarto café del día. Nunca toma tantos, pero la ocasión lo merece. Necesita estar activa para resistir la jornada maratoniana que les espera.

El primero en llegar es Ramírez, cuando Sabela ya ha subido a ver a sus compañeros, les ha entregado las llaves del coche y les ha dado la dirección en la que está estacionado, donde lamentablemente no hay una sola cámara de seguridad que pueda ayudarles. La inspectora, que ya lleva unos veinte minutos mirando

fijamente la pizarra en busca de inspiración, se extraña de verlo allí tan temprano.

—¿Te han echado de casa?

—¿Acaso insinúas que no trabajo? —responde con una sonrisa que ilumina toda la habitación.

—En absoluto, pero me preocupa que termines ocupando mi sofá.

—De momento, no tiene pinta de que vaya a pasar, pero me alegra saber que podría contar contigo.

Ramírez aún tarda un rato en percatarse de que su jefa ha vuelto a venir acompañada al trabajo. El olor de las magdalenas acaba imponiéndose y el subinspector levanta la cabeza como si se hubiera convertido en un sabueso que persigue un rastro.

—¿Eso que huelo son…?

—Magdalenas, sí. Ayer no podía dormir.

—No me malinterpretes, no digo que no me guste que traigas dulces, pero ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes —Sabela le quita importancia con un gesto.

—Estamos haciendo todo lo posible para detenerlo —Ramírez la anima torpemente.

—Lo sé, pero aún así no me parece suficiente. No sé, tengo la sensación de que si hay nuevas muertes será mi responsabilidad por no haberlo atrapado a tiempo.

—Sabes que eso no es así —la consuela—. El único culpable es quien ejecuta a las víctimas.

—Sé que tienes razón —Sabela se frota las sienes con fuerza—. Cuando investigo un caso me obsesiono, no soy capaz de pensar en otra cosa, siento que si lo hago estoy dando la espalda a las víctimas. También soy perfeccionista hasta decir basta y sigo mis

convicciones incluso más allá de lo razonable. Soy una mujer complicada, ya me irás conociendo.

—¿Sabes que dicen que las mujeres más perfeccionistas son también las más inteligentes? —Ramírez le guiña un ojo y Sabela responde a su gesto con una tímida sonrisa.

Justo entonces llegan Ángela y Mario. Ella está más fresca que una lechuga, pero su compañero ha tenido días mejores. «El efecto del sexo es poderoso», piensa Sabela para sí al tiempo que mira el calendario sobre su mesa. Tira para atrás las hojas hasta llegar al mes de agosto y resopla. Nunca había tenido una sequía semejante. En ese momento, mientras contempla a Ángela zamparse una magdalena en un par de mordiscos, piensa en lo bien que le vendría un orgasmo. Los deseos de Sabela tendrán que esperar a la resolución del caso, por lo que abandona los pensamientos lascivos que empiezan a formarse en su mente y se centra de nuevo en la pizarra.

—Están deliciosas —oye murmurar a su compañera todavía con la boca llena.

—Increíbles —Mario se chupa los dedos antes de levantarse en busca de una servilleta—. Sabela, deberías abrir una pastelería, te harías de oro y además vivirías mucho más tranquila.

—Eso seguro —la inspectora le regala una sonrisa que no tarda demasiado en desvanecerse—. Repasemos lo que tenemos hasta ahora.

Sabela resume para su equipo las pistas recopiladas, la forma en la que se hallaron los cuerpos, los datos de los familiares de las víctimas y la incógnita de los vehículos sustraídos. Hace hincapié en su teoría sobre las intenciones del asesino, que parece actuar para hacer sufrir a los familiares con el envío de las cajas de música.

—Hay un vínculo claro entre las dos víctimas: la primera apareció estrangulada con una cinta de medir y con el abdomen repleto de

pastillas para adelgazar, y la segunda era el hijo del director de un centro para tratar trastornos de la alimentación. ¿Alguna teoría?

—Quizá Ramón Blanco estuvo en ese centro y allí conoció al asesino, que ahora está matando a todos los pacientes —apunta Ángela.

—Podría ser, pero ¿por qué mataría en ese caso al hijo del director? No consta que Miguel fuera tratado de ningún trastorno de ese tipo y menos en el centro que dirigía su padre —interviene Mario — Además, ¿por qué mandar entonces las cajas a los familiares?

Ángela se encoge de hombros, tan solo ha abierto la boca para empezar el *brainstorming* que suele ayudarles a hilvanar ideas hasta dar con una buena hipótesis. El problema en ese caso es que no tienen apenas información.

—Lo que está claro es que el asesino pone especial atención en los familiares. Empecemos por ahí —sugiere Sabela—. La grasa de Ramón Blanco le llegó a su hija y la sangre de Miguel Sánchez, a su padre. ¿Por qué?

—Deberíamos hablar con la hija. Ella podrá aclararnos si su padre tenía alguna relación con la clínica —resuelve Ramírez.

Sabela asiente y llama personalmente a Raquel Blanco, la mujer de los ojos tristes que desearía no volver a contemplar. La inspectora no quiere que la desazón acumulada en esos iris le arrebate las escasas fuerzas que ha conseguido reunir después de otra noche en vela, pero no hay otro modo de proseguir con la investigación. Acuerdan que Raquel se presentará en la comisaría en veinte minutos, lo que tarda en llegar andando desde su casa.

El tiempo hace gala de su elasticidad y los minutos se convierten en horas. Sabela se siente ansiosa, camina arriba y abajo por el despacho contemplando la pizarra. Desearía que el rotulador se pusiera él solo a escribir el final de la historia, así no tendrían que recoger otro cadáver. La inspectora, mujer intuitiva y perfeccionista en exceso, está convencida de que volverá a suceder. A no ser, claro

está, que Raquel les revele algo que les acerque a la solución. Pero para eso debería llegar ya. Ha transcurrido media hora y no hay ni rastro de la mujer de los ojos tristes. Sabela se pone cada vez más nerviosa, temiendo que Raquel esté más implicada en el caso de lo que han acertado a ver. Sin embargo, todas sus sospechas, infundadas e ilógicas hasta para ella misma, se desvanecen cuando un compañero les comunica que la hija de su primera víctima ya ha llegado.

—Ramírez, ¿me acompañas?

Los dos bajan a recibir a Raquel, que sigue tan conmocionada como el día que encontraron a su padre. Sus brazos cuelgan inertes a ambos lados del cuerpo y sus labios forman una especie de mueca cuando trata de sonreír. Es como si hubieran perdido la memoria de la felicidad. El rostro derrotado de la chica consigue que a Sabela se le erice la piel de todo el cuerpo. Intenta disimularlo abrazándose a sí misma y frotándose los brazos como si necesitara una chaqueta. Lo que siente realmente es el frío que emana del cuerpo de Raquel, que parece haber muerto junto a su padre. Los tres se dirigen a una sala sin intercambiar ni una palabra: Sabela y Ramírez van delante y Raquel les sigue arrastrando los pies. Al entrar todos toman asiento y la chica clava los ojos en Sabela, que reflexiona sobre cómo debería empezar la conversación. Raquel se le adelanta con la voz entrecortada.

—¿Hay novedades sobre mi padre?

—Todavía no hemos encontrado al culpable de su muerte —le explica Ramírez en un tono cálido y comprensivo con su dolor—. Necesitamos tu ayuda para confirmar un par de cosas.

—Lo que necesiten —responde abrazándose a sí misma como minutos antes ha hecho Sabela.

—Creemos que el asesino mata para provocar dolor a los familiares. Nuestra hipótesis es que ese es su verdadero objetivo. ¿Se te ocurre alguien que quisiera hacerte daño?

—No, no tengo problemas con nadie.

—¿Algún exnovio, por ejemplo? —le sugiere Ramírez.

—No, hace diez años que estoy con mi pareja actual y antes no había estado con nadie —les explica.

—¿Y qué hay del trabajo? —interviene Sabela.

—Estoy en el paro desde hace un año, tuve que cerrar mi negocio por las deudas que arrastraba desde la pandemia y no he encontrado nada que me encaje.

—¿De qué clase de negocio se trataba?

—Dirigía una consulta de nutrición.

Sabela y Ramírez intercambian una mirada. La hija de la primera víctima tenía una consulta de nutrición y el padre de la segunda dirigía una clínica para tratar trastornos de la conducta alimentaria. Raquel les ha puesto delante la verdadera relación entre ambas víctimas. Los policías tratan de sacarle más información, pero la mujer no tiene nada nuevo que aportar. Después de acordar que les mandará la lista de todos los pacientes que visitaron la consulta en los cuatro años que estuvo abierta, se marcha. El binomio entra en el despacho con una sonrisa pintada en la cara que obliga a Ángela y Mario a dejar lo que están haciendo y acercarse.

—¿Así que la cosa va de clínicas de nutrición?

—Eso parece, Raquel nos mandará una lista con sus pacientes en cuanto llegue a casa. Pedidla también en la clínica que dirigía Fernando Sánchez —ordena Sabela—. En cuanto las tengamos podremos contrastarlas y con un poco de suerte daremos con el asesino.

El equipo se pone a ello. No levantan la cabeza en la siguiente hora y media. Sabela se plantea miles de hipótesis, pero ninguna termina de encajar del todo. Sobre todo porque no resuelven la incógnita principal: ¿Quién va a ser la siguiente víctima?

—Los de la clínica no van a mandarnos la lista sin una orden del juez —Mario interrumpe sus cábalas.

—Pidamos la autorización judicial, entonces —Sabela no disimula su cara de fastidio. La burocracia es como una piedra en el zapato cada vez que necesitan correr.

—Ya está hecho. Ahora solo queda esperar.

—Hablaré con la jueza para que se dé prisa —dice Sabela ya con el teléfono en mano.

Cuando regresa a la sala son más de las dos y media. Hace horas que se zamparon las magdalenas y su estómago ruge. Ramírez sacude una bolsa de cacahuetes esperando el milagro, pero se los terminó hace dos días. A su lado, Mario tiene el rostro pálido y Ángela ha empezado a comerse las pieles alrededor de las uñas. Resuelve que lo mejor será llevarlos a comer algo rápido. Nada más sugerirlo, los tres se levantan.

—Habrá que darse prisa, la jueza no tardará —les advierte, a lo que todos asienten.

Escogen el bar de la esquina por si les tocara correr hacia la comisaría. Ninguno lo expresa en voz alta, pero todos saben que el tiempo corre en su contra y que existe la posibilidad de que al volver al despacho tengan un cadáver más esperándolos.

27

La sombra está inquieta, de nuevo sentada en su trono esperando. Imagina con deleite lo que sucederá a continuación. Un nuevo castigo por lo que tuvo que soportar ella misma, una nueva víctima, una nueva familia que los oirá sufrir. Se acerca el final, pero no quiere que nada de esto termine. El mundo por fin se está dando cuenta de quién son esas personas. La sombra está convencida de que cuando todo se destape le agradecerán su trabajo. Con la muerte de sus víctimas está también amputando miembros podridos de la sociedad, quitándoles la capacidad para continuar extendiendo la infección. Sonríe satisfecha y mira el reloj. Cierra los ojos unos minutos, experimentando placer al imaginar lo que está a punto de suceder.

Se incorpora en su trono y enciende el viejo aparato de radio que conservan en el estante superior. Hace de tope a unas cuantas novelas con el lomo reluciente. Antes de coger la radio aspira el aroma a libro nuevo. Después enchufa el aparato y sintoniza su emisora favorita, en la que emiten el boletín informativo de las nueve de la mañana. Se complace al confirmar que están hablando de su limpieza. Aún no tienen ni idea de lo que sucede, lo que significa que la policía tampoco debe haber resuelto el misterio todavía. Pronto lo harán, pero ya habrá acabado con todos. La sombra se da cuenta de que quizá no ha sido del todo clara en su mensaje. No pasa nada, se dice, es cuestión de tiempo. Solo hay que tener paciencia, y aprendió a cultivarla hace años.

La sombra apaga la radio cuando un tertuliano tilda de psicópata al asesino del que habla todo el país. ¿Psicópata? Más bien justiciero. Si los demás hubieran hecho su trabajo, nada de todo esto habría sucedido. La sombra sabe que no hay justicia en este mundo, pero se resiste a abandonarlo sin haberlos hecho sufrir. La primera lo empezó todo, el segundo no tuvo escrúpulos. El tercero, el hijo de Salvador Pereira, precipitó los acontecimientos. Por eso ahora es su padre quien va a morir. Un escalofrío de satisfacción escala por las piernas de la sombra, todavía recostada en el sillón. Las sacude con fuerza y casi parece que sus varices bailen. Después, con una inmensa sonrisa en los labios, recupera el diario de debajo del cojín de su trono. Decide describir lo que va a suceder a continuación para alargar un rato más la sensación de bienestar que la invade. Coge un bolígrafo, pasa la punta por la suela de sus zapatillas para que vuelva a funcionar y se pierde entre las letras.

«Salvador Pereira es un tipo normal, lástima que su hijo sea todo lo contrario. Le ha buscado la ruina, literalmente, pero es lo que hay. A veces pagan justos por pecadores. Hoy tenía turno de tarde, así que su sentencia llegará esta mañana. Conozco bien su rutina, debe estar a punto de salir del gimnasio. Después dará una vuelta por el centro, comprará el periódico —debe ser de las pocas personas que mantienen esa costumbre analógica— y cogerá el coche para volver a casa. Es una suerte que viva junto al cementerio. No solo porque el trayecto hasta su tumba será más rápido cuando lo encuentren, sino porque es una zona tan poco concurrida que será sencillo aplicarle su correctivo.

Lo que sucederá es lo siguiente: Salvador meterá el coche en el garaje y al bajar un bate impactará con fuerza contra su cabeza. Una vez inconsciente, será fácil arrastrarlo hasta la casa, donde a esas horas no habrá nadie. Su mujer, cajera de un conocido supermercado, trabaja hasta las cuatro de la tarde y llega a casa cerca de las cinco. Su hijo estudia en la Universidad de Santiago de Compostela y pasa toda la semana en la capital. Así que tiene vía libre para actuar e incluso para recrearse en el momento. Para el

siguiente paso se necesitarán unos cuantos metros de film de cocina, ya que su torso desnudo debe quedar bien atado a una silla. Seguro que tienen en casa, pero por si acaso ayer compré cinco rollos extra largos. Más vale prevenir que curar, siempre lo he dicho.

Una vez en la silla, habrá que confirmar que no puede moverse antes de continuar con la ejecución. Después solo quedará esperar a que recupere la consciencia. Esa parte será dura, pero tiene que hacerse así. Si no, hay riesgo de que se pierda el mensaje. Cuando despierte y el terror invada sus pupilas, se le comunicará por qué está en esa situación. Quizá abandone este mundo sintiendo tanto desprecio por su hijo como el que me llevó a mí a diseñar este plan. Ojalá, aunque sé por experiencia propia que un padre es capaz de perdonárselo todo a su hijo. O al menos intentarlo. Bien, estaremos entonces en la parte final. Salvador Pereira abrirá la boca y el enorme embudo rojo que compré ayer impactará contra su mandíbula al abrirse paso hacia su garganta. Con un poco de suerte, eso le romperá un par de dientes. Si no, habrá que recurrir al martillo para poder dejarle el souvenir a su maldito hijo. Una vez el embudo esté en su sitio, será el turno del bote de lejía industrial. El líquido se irá abriendo paso por el embudo hasta la garganta de Salvador. ¿Cuánto tiempo aguantará vivo? Eso es algo que me genera mucha curiosidad. Ya lo contaré cuando lo sepa. Ahora toca esperar. Tic tac, ese crío por fin va a tener su merecido y va a desear estar muerto».

26

SABELA NOVOA

La comida discurre entre risas y Sabela siente que las carcajadas de Ramírez aligeran la tensión de sus hombros. Las bromas de Ángela contribuyen también a relajarla y la mirada serena de Mario le transmite mucha paz. El rato que han compartido ha terminado de confirmarle que va a sentirse bien en ese grupo. No se le ocurren mejores compañeros, a excepción de Azahara, a la que echa de menos a todas horas. Estaría bien que se uniera al equipo, aunque sería incapaz de vivir en el norte. Dos semanas de invierno bastarían para ahuyentarla. Imitando a las aves migratorias, huiría hacia un lugar más caluroso, seguramente su Marbella querida.

—¿Sigues dándole vueltas al caso? —pregunta Ramírez con un deje de preocupación en la voz.

—No, ahora mismo estaba pensando en una amiga mía, Azahara. Algún día, si sois buenos, os la presentaré —bromea.

—Podríamos emparejarla con Mario, que lo veo muy solo —prosigue el subinspector.

—A mí no me líes, mi novia se llama trabajo.

—¿Y qué tal es el sexo con Trabajo? —interviene Ángela con ganas de cachondeo.

—Eso no es lo más importante en la vida —replica Mario ante la sorpresa de Ramírez.

—¿Tío, estás bien? —le pone una mano en la frente—. ¿Tienes fiebre?

—Venga, abusones, dejad al chaval —Sabela sabe que ha llegado la hora de volver al trabajo—. Habrá que volver a comisaría.

Los tres asienten. Esa es una de las cosas que más le gustan a Sabela de su nuevo equipo. Cuando hay que ponerse serios, tardan treinta segundos en cambiar el chip. Sin embargo, el ambiente es siempre distendido, lleno de confianza y de apoyo mutuo. Sabela sabe por experiencia que esa es la única manera de que un grupo funcione, y un inspector no es nada sin su equipo. Después de pagar, avanzan por la calle a paso lento, aunque en realidad deberían darse prisa por volver a su puesto de trabajo. Todos desearían que la tregua fuera más larga, pero así son las cosas. El silencio de la calle se contagia también a la garganta de los cuatro policías que reflexionan, cada uno por su lado, sobre los siguientes pasos a dar. Tan solo se rompe en el momento en el que Ramírez resbala por la humedad acumulada sobre las baldosas a lo largo de la mañana y cae hacia atrás. Cuando se giran, Ángela, Mario y Sabela lo ven sentado en el suelo con cara de dolor.

—¿Estás bien? —pregunta Ángela con preocupación.

—Creo que me he roto el culo —dice Ramírez todavía desde el suelo.

—El karma —se ríe Mario—. A veces llega tarde, pero llega.

—Cabrón —replica el otro poniendo las rodillas sobre las baldosas para levantarse sin volver a resbalar.

Así, con Ramírez quejándose del dolor en la rabadilla, Mario descojonándose y Ángela poniendo los ojos en blanco por el espectáculo de sus compañeros, llegan a comisaría. Suben las escaleras que llevan al despacho a distinto ritmo. Mario encabeza la

marcha, seguido de cerca por Ángeles. Sabela escala los peldaños con lentitud, pues siente los músculos de todo el cuerpo agarrotados por el cansancio y la falta de sueño. Cierra la comitiva Ramírez, que a cada paso tuerce el gesto. La caída le regalará como mínimo un buen moratón en las nalgas. Sabela termina optando por esperarle y acaban entrando en el despacho un par de minutos después que sus compañeros. Sabela se deja caer sobre la silla y su teléfono vibra en el bolsillo. Por un momento cree que con el movimiento ha activado a Siri, pero cuando maniobra para sacarlo de su apretada prisión tejana ve que se trata de un correo electrónico que ya ha rebotado al ordenador. Contiene la autorización judicial de su señoría, que ha incluido la petición de que la información se entregue antes de la medianoche.

—Yo me encargo, jefa —dice Mario.

Sabela le deja hacer y se pone en contacto con los colegas de Policía Científica, que no le dan buenas noticias. Por ahora no han hallado nada útil en el coche y la cerradura no está forzada. Otra vía muerta, lamenta la inspectora frotándose los ojos para deshacer el cansancio. Quien sea que está sembrando el caos en la ciudad es cuidadoso y no deja pistas, lo que complica sobremanera su tarea. Frustrada, resuelve llamar a Raquel para insistirle sobre el listado. La chica responde que estaba a punto de mandárselo al correo electrónico del grupo y la inspectora le pide que se dé prisa. Cinco minutos después la información ya está en su bandeja de entrada. Se zambulle en la lista durante un par de horas, pero sin tener nada con lo que comparar los nombres lo único que hace es familiarizarse con ellos y distribuirlos en cuatro grupos: menores de edad, entre 18 y 35 años, entre 35 y 65 años y mayores de 65. El listado es inmenso, pues la consulta de nutrición de Raquel estuvo abierta desde enero del 2019 hasta marzo del 2023, cuando sucumbió a las deudas acumuladas durante la pandemia y a la excesiva competencia del sector.

Pasan un par de horas más y cuando levanta la cabeza el reloj marca las ocho de la tarde. Siguen sin recibir la información de la

clínica, pero técnicamente disponen hasta la medianoche. Sabela está segura de que lo mandarán poco antes de que el plazo expire. Les harán pagar la intromisión y eso podría costarle la vida a otra persona. Le pide a Mario que vuelva a ponerse en contacto con ellos para meterles presión. Antes de que descuelgue el auricular del teléfono, el aparato suena. Todos se ponen en tensión, con la espalda recta y los hombros firmes. Sabela le hace un gesto a Mario y coge el teléfono desde su mesa.

—Buenas tardes, soy Sabela Novoa, jefa del grupo de delitos violentos.

—Siento fastidiarle la noche. Soy Gonzalo González —pese a la tensión, Sabela está a punto de reírse por la mala leche de los padres de ese pobre hombre al escoger su nombre—, compañero de Seguridad Ciudadana. Lamento comunicarle que ha aparecido otro cuerpo.

—¿Están seguros de que se trata del mismo asesino? —la inspectora vuelve a estar en guardia.

—No. De hecho, hay algo que se sale del patrón: en el pecho de la víctima han escrito la palabra «nenaza».

—¿Dónde se ha encontrado el cuerpo? —Sabela anota la dirección que Gonzalo le dicta lentamente—. Entendido. Vamos para allá.

Sabela cuelga y resopla con fuerza. ¿Hay otro asesino en Lugo? Solo les faltaría eso, tener que perseguir a dos psicópatas en vez de a uno. No tienen suficientes recursos en una comisaría tan pequeña.

—Ha aparecido otro cuerpo. En esta ocasión, en el pecho han escrito con un cuchillo la palabra «nenaza» y no está claro que esté relacionado con los otros casos —resume para sus compañeros—. Coged una chaqueta y vámonos, nos esperan en la escena del crimen.

Con los nervios a flor de piel, abandonan la comisaría y se dividen en dos al subir a los camuflados. Ninguno se imagina que lo que van

a ver a continuación es la escena del crimen más cruel a la que se han enfrentado.

25

SABELA NOVOA

Sabela hace un rally por las calles de Lugo hasta llegar a las afueras de la ciudad. Pasan de largo el cementerio, escoltado por unos enormes árboles que custodian el inframundo. La inspectora está convencida de que no hay ningún cielo al que aspirar después de la muerte. Si lo hubiera, el propietario de esa parcela paradisiaca no permitiría tanta maldad en el mundo. No puede existir un Dios que permita que las niñas sean mutiladas y las mujeres violadas, que los hombres se conviertan en meros peones en guerras en las que no tienen nada que ganar y que los niños mueran víctimas del hambre por la codicia de los amos del mundo. Y si lo hay, ella no quiere conocerlo. Lo decidió el día que el hombre más bueno del mundo, su abuelo, se perdió en su propia mente a causa de un Alzheimer que le despojó de su dignidad. Lo confirmó el primer día de servicio al salir de la academia, cuando encontró el cadáver carbonizado de una niña con la que su padre pretendía infligir el mayor dolor posible a su exmujer. No, no hay un cielo que nos espere.

Sin embargo, la inspectora no va a permitir que el infierno se instale en la tierra. Por eso aparca ante la casa de la nueva víctima y baja del coche a toda velocidad. Quiere ver con sus propios ojos el cadáver para decidir si se trata de una víctima más de su asesino o si, por el contrario, es obra de otra persona. Al llegar a la línea policial se presenta ante los agentes que custodian la casa. Le

franquean el paso junto a Ramírez, Ángela y Mario, que enseñan sus placas emblema sin pronunciar palabra. Acceden al salón y lo que ven les hiela la sangre. Un hombre de mediana edad yace con la cabeza sobre el respaldo de la silla en una posición imposible. Ante sí tiene una mesa con un rollo de papel film como el que envuelve su abdomen y lo aprisiona contra la silla y un bote de lejía vacío. De su boca abierta sobresale un embudo de color rojo. Tiene las comisuras de los labios quemadas por el líquido corrosivo que le obligaron a tragar y los ojos abiertos. Su mirada, además de reflejar el terror más puro, suplica clemencia. El asesino no tuvo ninguna, según lo que pueden atestiguar los agentes que estudian la escena, que fijan ahora su mirada en el abdomen de la víctima, que tiene escrita la palabra «nenaza» custodiada por dos asteriscos.

—Se llama Salvador Pereira, su mujer ha dado el aviso —les informa un miembro de Policía Científica que recoge muestras en la escena del crimen.

—¿Cuál es la causa de la muerte? —pregunta Sabela, más por costumbre que porque crea estar equivocada.

—Le obligaron a beber lejía. Creemos que lo ató a la silla, le introdujo el embudo en la boca a la fuerza, con lo que le rompió dos dientes, y le hizo tragársela.

—¿Sufrió? —interviene Mario incapaz de contenerse pese a saber que esa pregunta está fuera de lugar en un policía.

—Eso creemos.

—¿Han encontrado los dientes? —Sabela vuelve a tomar el mando.

—Es posible que se los tragara junto a la lejía. Lo sabremos cuando le hagamos la autopsia.

Sabela asiente con la cabeza. Cree que los dientes podrían ser el nuevo regalo del asesino a la familia de la víctima. Eso vincularía definitivamente los tres casos, aunque por ahora no hay indicios claros de que la muerte de Salvador tiene que ver con el resto.

Ninguno de los otros cadáveres tenía una palabra escrita y eso despista a la inspectora.

—¿Y qué hay de las heridas del pecho?

—Usaron este cuchillo para escribir la palabra «nenaza» y los dos asteriscos. No hay huellas en ningún lugar, utilizó guantes.

—¿Estaba muerto cuando…? —vuelve a intervenir Mario.

—Sí, fueron heridas postmortem —se gira hacia Sabela—. Intentaremos darnos prisa con la autopsia.

—Se lo agradezco, llámeme en cuanto sepa si se tragó los dos dientes.

Sabela se une a Ángela y Ramírez, que analizan la escena del crimen desde la distancia. La inspectora decide acercarse a la mujer destrozada que espera al otro lado de la pared, en la cocina. Purificación está sentada en una silla sin apoyar la espalda en el respaldo y con la mirada perdida. Sabela se acerca con cautela para no asustarla.

—¿Es usted la mujer de Salvador?

La mujer asiente a la nada, sin girar la cabeza ni dirigir la mirada hacia Sabela.

—¿Podría contarnos cómo lo encontró? —con esa pregunta, la mujer sale de su mutismo.

—Llegué a casa mucho más tarde de lo habitual. Normalmente a las cinco ya estoy aquí, pero hoy he quedado con una amiga para tomar algo por el centro y hasta las siete y media no he llegado. Cuando he entrado lo he encontrado así, con el embudo… —la mujer se rompe al recordar el estado en que ha hallado a su marido—. Oh, Dios mío, ¿quién es capaz de hacer algo así?

—Lamento tener que preguntarle esto en un momento tan duro, pero ¿se le ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño a su marido?

—No, era el hombre más bueno que he conocido. Siempre se ha preocupado porque no nos faltara nada, no se merecía terminar así.

—¿Su marido ha ido a alguna consulta de nutrición o han requerido alguna vez visitar una clínica para tratar trastornos de la conducta alimentaria?

—No —la mujer la mira extrañada—. Nada de eso. ¿Por qué lo pregunta?

—Tratamos de confirmar una hipótesis. ¿Ha recibido algún paquete desde que ha vuelto a casa esta tarde?

—No, pero ¿qué importa eso? Mi marido ha sido asesinado y estáis aquí haciéndome preguntas absurdas en vez de atrapar al culpable.

—Estamos haciendo todo lo posible —trata de calmarla Sabela—. ¿Viven solos en esta casa?

—Sí, mi hijo estudia en Santiago y solo viene a casa los fines de semana —se lleva las manos a la boca—. Dios mío, aún no le he contado lo que ha pasado.

—Necesitaremos hablar con él —ante la mirada dubitativa de la mujer, Sabela se ve obligada a explicarse—. Cuanta más información tengamos más cerca estaremos de dar con el culpable.

—Le avisaré mañana, no son horas de dar malas noticias.

—Con todo respeto, es posible que la información se filtre a la prensa y en ese caso su hijo preferirá saberlo por su madre.

La mujer apoya por fin la espalda en el respaldo de la silla y suspira. Finalmente asiente y se levanta arrastrando los pies. Debe hacer la llamada más difícil de toda su vida. Sabela espera paciente y contempla los hombros de la mujer sacudirse con fuerza nada más empezar a hablar. Sus sollozos le perforan los oídos y siente que el asesino ha cumplido su objetivo. Los está oyendo sufrir. Todo el rato. A todos. Hasta que le de caza.

24

SABELA NOVOA

Las campanas del cementerio retumban al dar la una de la madrugada. Hace una hora y cuarto que han recibido la información de la clínica, pero continúan en casa de Salvador Pereira. Cuando los servicios funerarios se llevan el cuerpo, los compañeros de Policía Científica se retiran y la mujer de la víctima se marcha a un hotel a pasar la noche, Sabela sabe que ha llegado el momento de irse a casa. Sin embargo, sus pies no la obedecen y se mantiene firme en medio del salón, como si sus zapatos se hubieran quedado pegados en el suelo. Cada vez que piensa en marcharse su corazón se acelera. No quiere pasar la noche sola en su apartamento. En los últimos días ha presenciado tanto dolor que se lo ha hecho suyo. Necesita alguien que la reconforte, pero no quiere tener que pedirlo. En ese momento envidia a Ángela, que podrá abrazar a su marido al llegar a casa. También a Ramírez, que antes de irse a la cama besará a su hijo para calmar su ansiedad. Incluso un poco a Mario, que parece más sereno que ella a pesar de que se trata de su primer caso. Sabela, que siempre se muestra fuerte ante los demás, se quita cada noche ese disfraz que usa para ir al trabajo y se descubre insegura, vulnerable. Querría poder mostrárselo a alguien más.

—Vamos, Sabela —Ramírez la toma de la mano—. Ya no podemos hacer nada más aquí.

—Lo sé —responde con voz débil, le cuesta mantener a raya el desamparo que inunda cada rincón de su ser.

Ramírez la deja en casa antes de llevar el camuflado a la comisaría. Acuerdan estar allí a las siete de la mañana para ponerse con el análisis de los datos de la clínica, que llegaron pocos minutos antes de la medianoche y han pasado desapercibidos con el hallazgo del nuevo cadáver. Sabela nota que le pesan hasta las pestañas, pero tiene la mente activa. Se conoce bien, por eso sus ojos se humedecen ante la perspectiva de una nueva noche en vela. Si al menos pudiera llamar a alguien… No quiere molestar a Azahara y no son horas de llamar a sus padres si no les quiere provocar un paro cardíaco. No cuenta con nadie más. A no ser que llame a Roberto… Por un momento le parece una buena idea, hasta que, ya a punto de pulsar sobre su contacto, recuerda que merece algo mejor. Muchísimo mejor, de hecho. No va a conformarse con las migas de un amor con tintes tóxicos, ella está hecha para zamparse el pan entero.

El cuerpo le pesa, le pide unas horas de sueño, pero el cerebro tiene otros planes para él. Sabela se sienta en su lado del sofá. Aún utiliza solamente un lado de todo: del colchón, del armario, del tocador del baño… Nunca ha vivido con nadie en ese apartamento, pero los hábitos tienen la costumbre de seguirte a todas partes. En un acto de rebeldía contra sí misma, Sabela se tumba y ocupa todo el sofá. En esta posición, con la vista clavada en el techo, su mente vuelve al caso. Suspira. No hay nada nuevo que rascar, ella sola no va a llegar a ninguna conclusión esta noche. Los ojos le arden, señal de que debería hacer caso a las súplicas de sus músculos y articulaciones y marcharse a la cama. En lugar de eso, coge el mando de la televisión y pone Disney+. Un capítulo de Modern Family podría ayudarla a conciliar el sueño. Finalmente necesita seis, pero consigue dormirse con la risa de Cam y el acento latino de Gloria inundando el salón.

Despierta sobresaltada por el ruido de la alarma horas después. Se sorprende al comprobar la hora. Por fin ha podido descansar bien, sin ver a las víctimas ni perseguir asesinos en sueños. Se siente renovada pese a que tan solo le ha concedido a su maltrecho cuerpo cuatro horas de pausa. Son las seis y media de un día importante. Su humor ha mejorado considerablemente e incluso cree que podrían tener suerte y toparse con el asesino en la lista que les hizo llegar la clínica. Se despereza y hace crujir el cuello, que se queja por la postura adoptada en el sofá. Sus cervicales piden a gritos una cita con Xesús, pero no se permite recrearse mucho en el dolor.

Se mete en la ducha y el olor a jabón de frutas del bosque, su favorito, le hace olvidarse de todo. O más bien de casi todo, pues lleva unos días dándole vueltas a la idea de conocer a alguien que dé respuesta a sus deseos más íntimos. Sabela es sociable, no está hecha para la soledad, aunque se defiende bien en ella. Le gusta estar en pareja, pero sabe que nadie va a ir a buscarla a su casa. Ni a la comisaría, claro, eso sí que lo tiene descartado. No quiere líos con sus compañeros, ni siquiera los de otras divisiones. Quita, quita. Su abuelo le grabó a fuego el refrán que reza «donde tengas la olla…». Sabela se restriega bien las piernas antes de abrir el agua caliente y enjuagarse. En ese momento decide que no tiene tiempo para los métodos tradicionales, su mejor opción es usar una app. Por eso, en cuanto sale de la ducha y el vapor contenido dentro de la mampara empaña el espejo y se pega a las paredes, alcanza el móvil y se descarga Tinder. Se conoce y será mejor crear la cuenta ahora, si lo deja para después encontrará mil razones para no hacerlo.

Cuando lo tiene todo listo y ha respondido a mil preguntas absurdas para crear su perfil, se seca bien con el albornoz gris que le regaló su madre cuando se mudó a su antiguo piso y se viste a toda prisa. Quedan diez minutos para las siete y ya es un hecho que va a llegar tarde a comisaría. Se seca el pelo con una toalla para que no gotee y se calza. Después coge el bolso, mete dentro el móvil y baja a la calle. Salir con el pelo empapado le costará un disgusto,

pero ha dormido tan bien que ni siquiera la certeza de que se va a constipar consigue arruinarle la mañana. Tiene que ir andando hasta allí, pues su coche lleva dos días aparcado ante la comisaría. Hoy le habría venido bien, porque cuando llega está congelada y siente la piel de las manos tirante por el frío. Todavía no ha amanecido al traspasar la puerta del edificio gris. Antes de entrar al despacho, se para ante la cafetera y se calienta las manos con el vaso humeante. Toma un sorbo y se siente todavía mejor. Anoche lo veía todo negro por el agotamiento, el hallazgo del último cuerpo y la falta de respuestas. Hoy los colores son más vivos, pues ha descansado y confía en que las listas darán sus frutos y les permitirán encontrar al culpable.

La sonrisa se le borra nada más poner un pie en la sala. Ángela, Mario y Ramírez parecen la viva imagen de la desolación y le hacen temer que lo peor aún esté por llegar.

—¿Ha aparecido otro cuerpo? —pregunta nerviosa.

—No, pero Ángela lleva aquí desde las cinco y no ha encontrado nada que nos sirva en las listas —le comunica Mario.

—No hay ningún paciente en común en los listados. Ni uno solo, ¿te lo puedes creer? Estaba convencida de que la relación era esa.

—Y tiene que serlo, estoy segura —responde Sabela pensativa.

—Incluso habíamos dado por hecho que la víctima de ayer, su mujer o su hijo tenían que estar relacionados con los dos primeros crímenes, pero nada. Ninguno se cruzó con Raquel Blanco ni con Fernando Sánchez, ni en las consultas ni en ningún otro lugar.

—Algo se nos escapa —Sabela se frota los ojos—. Haré venir al hijo de Salvador. Ayer tomamos declaración a la madre, pero quizá es a él a quién el asesino quiere ver sufrir.

—Eso si se trata del mismo asesino —recuerda Mario, que no las tiene todas consigo—. Podría ser un caso aislado.

Sabela asiente sin añadir nada más y deja a sus compañeros intercambiando hipótesis y teorías que no tienen fundamento, pues no cuentan con suficientes evidencias. Cita al hijo de la última víctima para las diez de la mañana. De madrugada viajó desde Santiago para estar con su madre. Esta misma tarde tendrán que recibir a sus allegados en el tanatorio, así que lo mejor será hablar con él cuanto antes. Una vez hecha la llamada vuelve al despacho. Los cuatro continúan sumergiéndose en los listados, cada vez más desesperados por estar buscando una aguja en un pajar sin saber siquiera si hay alguna.

Las diez llegan por fin, cuando a Sabela ya se le ha evaporado todo su buen humor. Contaba con encontrar algo en estas malditas listas, un vínculo que reforzara su teoría del adelgazamiento como nexo de unión. Continúa convencida de que la relación de todos ellos tiene que ver con la nutrición y se le ocurren miles de posibilidades, pero ninguna forma de dar con el culpable. Ramírez le pregunta con la mirada si quiere compañía en la toma de declaración de Pablo, el hijo de la tercera víctima. La inspectora se encoge de hombros y él decide seguirla. Así llegan hasta la entrada de la comisaría, saludan al muchacho y a su madre y los guían hasta una sala. No se trata de una declaración formal y, aunque Sabela se plantea pedirle a Purificación que abandone la sala, acaba desistiendo pues eso podría dificultar todavía más que el chico hable. Pañuelo en mano, Purificación se sienta junto a su hijo y le coge la mano. Pablo se suelta con un gesto hostil y ella le disculpa.

—Está nervioso.

Sabela asiente y trata de ignorar la presencia de la mujer. Ayer no sacó nada de ella, pero con el chaval podría ser distinto. Le hace las mismas preguntas que al resto de familiares, añadiendo si ha tenido problemas con la comida o ha acudido alguna vez a un profesional.

—Eso son cosas de chicas —se limita a decir Pablo.

—También hay hombres que sufren esos transtornos —interviene Ramírez—. Si es tu caso puedes decírnoslo.

—Abuelo, estoy perfectamente.

El lenguaje verbal de su cuerpo, los brazos cruzados sobre el pecho, le dicen a Sabela que ese chico no va a decir más. Su madre lo mira impactada por la chulería con la que responde a los agentes. No reconoce a su hijo, pero lo cierto es que nunca lo había visto en una situación semejante.

—¿Te dice algo la palabra nenaza? —Ramírez no da más rodeos y trata de obtener algo útil de la conversación.

—Nada, ¿por qué?

—Quien mató a tu padre le escribió esa palabra en el pecho junto a dos asteriscos.

Pablo pone cara de asombro por unos instantes y su rostro pierde un par de tonos. Después respira hondo y recupera su postura de macho alfa. Por más que lo intentan, el chaval se cierra en banda e insiste en que no tiene nada más que decir. Su madre mira el reloj y se disculpa; si no se marchan, van a llegar tarde al tanatorio. Sabela y Ramírez los acompañan a la salida. Ella les tiende una tarjeta por si recuerdan algo que pueda serles de ayuda. La mujer la coge con manos temblorosas y la guarda en el monedero. El chico se aleja sin despedirse, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

—¿Has visto cómo ha reaccionado cuando le he preguntado por la palabra «nenaza»? —pregunta el subinspector cuando se quedan solos.

—Sí, yo también me he fijado. El chico esconde algo, pero va a ser complicado hacerle hablar.

—Parece no importarle nada la muerte de su padre. Espero que mis hijos no se lo tomaran así si me sucediera algo —reflexiona

Ramírez antes de suspirar, dar media vuelta y empezar a subir las escaleras.

Sabela le alcanza a la mitad, pero no responde a su comentario. Sabe que su compañero estaba diciéndoselo a él mismo. Sin embargo, a ella también le ha sorprendido la frialdad con la que el chaval ha recibido la muerte de su padre. ¿Tendría algún problema con él? ¿Está metido de algún modo en el caso? Sabela se plantea acudir esa tarde al tanatorio para presionarle a hablar, pero no termina de estar segura. No quiere que su presencia añada sufrimiento al momento por el que atraviesa la familia. Tampoco les conviene que la prensa, que en cuanto se entere del tercer asesinato va a acudir en masa al tanatorio, la vea merodear por ahí. Ya imagina las conclusiones que sacarían y los titulares que llenarían los programas y las páginas de los periódicos. Será mejor que, cuando se le ocurra cómo hacer hablar al chaval, vuelva a citarlo en comisaría.

Con todas las vías de investigación que esperaba poder explotar ese día muertas, Sabela está de un humor de perros. Se sienta en su escritorio sin saber cómo continuar. La mañana se ha evaporado y no han conseguido nada. Coge el teléfono y presiona al forense para que le entregue los resultados de la autopsia. Todavía tendrá que esperar un par de horas. Mira el reloj que les apremia desde la pared y resopla.

—Aquí no podemos hacer nada, así que marchaos a casa a comer. En un par de horas nos mandarán el informe forense. Nos encontraremos aquí a las tres.

Ángela y Mario asienten y recogen sus cosas. Ramírez se mantiene impasible en su mesa. Se quedan solos.

—Es que no dejo de darle vueltas al comportamiento de ese chaval. ¿Cómo no puede sentir nada después de lo que le han hecho a su padre?

—Igual siente demasiado y no quiere permitírselo. Ya sabes que los dieciocho son una edad complicada. Lo más seguro es que esté haciéndose el duro.

—O que tenga algo que ver.

—No creo que Pablo esté detrás de todas esas muertes.

—No, yo tampoco creo que sea el asesino que andamos buscando, pero sabe más de lo que cuenta. Tú misma viste la cara que puso con lo de «nenaza».

—Intentaré que vuelva a pasarse por aquí, aunque espero tener algo más con lo que presionarle para entonces.

Los dos abandonan la comisaría. Sabela recupera su coche y conduce dando la vuelta a la muralla hasta llegar a Il Farabutto, su restaurante italiano favorito. Se acomoda en la mesa que le indica una amable camarera de rasgos asiáticos y saca el móvil del bolsillo. Hay una notificación de la aplicación de citas. La borra sin pensarlo dos veces y atiende las demás. Ya no está de humor para ligar. Será que la muerte ahuyenta el deseo.

Ramírez se sienta en la terraza de un bar chino y pide un plato combinado. Podría volver a casa, pero estaría solo de todas formas. Su hijo tenía una excursión con el instituto, una chorrada de esas para establecer vínculos más allá del aula. Su mujer le dijo que pasaría el día visitando a su madre en la residencia en la que vive desde hace un par de años, situada en A Coruña. Antes que estar solo en un lugar que antes rebosaba de vida y ahora solo le genera frustración, opta por comer algo rápido y volver al despacho. Así quizá pueda avanzar lo suficiente como para llegar temprano a casa por primera vez en lo que va de semana, su mujer se lo agradecerá.

Mario rebaña un táper de pie ante la mesa de la cocina. Aunque Sabela les ha citado a las tres, quiere terminarse la ensalada de cangrejo cuanto antes para volver al trabajo. Tiene que esforzarse el doble que los demás si quiere destacar ante su jefa. Eso es lo que

sus padres le han inculcado a lo largo de su vida. «Hijo, no tienes ningún talento especial, tendrás que esforzarte mucho para que te aprecien». Las palabras de su madre resuenan en su cabeza cada vez que se fija un objetivo y el que persigue ahora no es nada fácil. Quiere ser él quien dé con la pista definitiva, quiere que le vean. En el fondo desea lo mismo que todo el mundo: ser querido por lo que es.

Ángela llega a casa y lo primero que hace es descalzarse. Las botas Doctor Martens que se compró le provocan un dolor intenso, pero no quiere reconocerlo ante su marido. Él le dijo que no las comprara y ella le ignoró. No quiere oír un «te lo dije», aunque le cueste los pies. Avanza por el pasillo y lo ve en la cocina, cortando patatas sobre una tabla de madera que ha vivido épocas mejores. Ángela se gira y anota «comprar tabla nueva» en la pizarra que tienen pegada a la puerta de la nevera. Es entonces cuando él se percata de su presencia y se gira para abrazarla. La suelta, mete las patatas en el horno y se la lleva pasillo arriba. Las palabras sobran cuando las caricias hablan.

23

SABELA NOVOA

Sabela mordisquea el borde de un trozo de pizza antes de pasar al siguiente triangulito. Abandona la masa para centrarse en los ingredientes que le dan sabor a la que considera que es la mejor pizza de la ciudad. El pepperoni cruje bajo sus dientes, el queso azul se funde en su paladar y las aceitunas le dan un toque mediterráneo al manjar. Está sintiendo verdadero placer comiendo, pero como siempre todo se trunca en apenas un instante.

El forense le había prometido el informe para dos horas después, pero finalmente se lo ha mandado antes de lo previsto. Sabela recibe el correo electrónico junto con una llamada para avisarla de que ya tiene la autopsia disponible. Cuelga y la consulta desde el móvil. A pesar de que se trata de un documento PDF, su Iphone se resiste a abrirlo. Después de cinco minutos de intentonas, decide que lo mejor será que se despida de lo que queda de pizza y vuelva al trabajo. Pide un tiramisú para llevar y paga la cuenta. Después se sube al coche y sale escopeteada en dirección a la comisaría.

Cuando llega al despacho, le sorprende encontrar ahí a Ramírez. Mira su reloj, por si la equivocada fuera ella.

—Pensaba que no vendrías hasta las tres.

—Lo mismo digo. ¿Hay alguna novedad?

—Me han mandado el informe forense. Estaba comiendo en Il Farabutto, pero no sé por qué el móvil no me dejaba ver el documento —deja su enorme bolso sobre la mesa y se gira hacia el subinspector—. Acércate, lo leeremos juntos. Cuatro ojos siempre ven más que dos.

Ramírez y Sabela estudian el informe con detenimiento. La principal conclusión, o por lo menos la más novedosa y útil, es que no se ha encontrado ningún diente en el aparato digestivo de la víctima. Eso significa que no se los tragó y, como no encontraron ninguno en la escena del crimen, les hace pensar que puede tratarse del regalo envenenado que el asesino quiere hacerle a su familia. Si no reciben ningún paquete, tendrán que empezar a trabajar el caso como si fuera un hecho aislado, cosa que no convence en absoluto a Sabela.

—Llamaré a la mujer de Salvador por si han recibido algún paquete —resuelve la inspectora.

Marca el número de Purificación en el teléfono que reposa junto al ordenador y espera pacientemente. La mujer tarda varios tonos en descolgar, lo que es normal dadas las circunstancias. Seguro que han interrumpido una charla emotiva y banal en el tanatorio.

—¿Dígame?

—Soy Sabela Novoa, disculpe que la moleste. ¿Han recibido algún paquete en las últimas horas?

—¿Otra vez con eso? —protesta la mujer, enfadada porque no la dejan despedir en paz a su marido—. No he estado en casa desde las nueve de la mañana, no sabría decirle.

—¿Hay alguien ahí que pudiera confirmarlo?

—La chica de la limpieza ha pasado la mañana en casa, pero se ha marchado hace una hora.

—¿Podría llamarla y preguntarle? Es muy importante.

La mujer refunfuña algo ininteligible antes de asentir y colgar. Dos minutos después, el teléfono les hace dar un respingo. Aunque esperaban la llamada, ese sonido estridente les sobresalta todas y cada una de las veces.

—Hola —saluda Sabela—. ¿Ha podido localizarla?

—Sí, no ha llegado ningún paquete. Ahora, si me disculpan, tengo que atender a la gente que ha venido a presentarnos sus respetos.

—Un momento —le pide la inspectora antes de que la deje con la palabra en la boca—, ¿podría preguntárselo también a su hijo?

—De acuerdo, pero después colgaré.

Se hace el silencio. Ramírez protesta por las dificultades que ponen a veces las propias familias.

—Intentamos descubrir quién se ha cargado a su marido y parece que la molestamos, tiene narices el asunto —masculla mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa.

Sabela continúa con el auricular pegado a la oreja, esperando que Purificación regrese. Parece que la mujer ha desactivado el micrófono, porque no oye un solo ruido.

—Tiene que preguntárselo a su compañero de piso —responde cuando vuelve a situarse al otro lado del teléfono—. Esperen un momento.

Pasan cuatro minutos en absoluto silencio hasta que la voz de la mujer de Salvador vuelve a reverberar a través del auricular.

—Dice que sí, que a primera hora ha llegado un paquete a su nombre. No esperaba recibir nada hoy. ¿Quieren que su compañero lo abra?

—No, que no lo toque más. Vamos para allí. Facilíteme la dirección si es tan amable.

Sabela la anota en una libreta, arranca la hoja y coge su abrigo del perchero. Ramírez hace ademán de seguirla, pero la inspectora le ordena que se quede a esperar a sus compañeros. Necesita que repasen de nuevo la autopsia e investiguen a fondo el entorno de Salvador Pereira y de su familia. Ya no quedan dudas de que no se trata de un caso aislado, pero lo mejor será que empiecen cuanto antes a rebuscar en la vida de ese pobre hombre. Nunca se sabe dónde se puede esconder la pista definitiva. Ramírez asiente poco convencido y se pone a trabajar. Sabela se cruza con Mario en la puerta del despacho y con Ángela en el aparcamiento. Podría mandar a algún compañero de Santiago, pero quiere hacerlo ella misma. Se sube al camuflado y abandona la ciudad quemando rueda.

22

SABELA NOVOA

Conduce a toda velocidad hasta que se termina la autovía y se ve obligada a pisar el freno. El camión que tiene delante coge la primera salida de la rotonda, la que lleva a Santiago por la nacional. Es la misma que debe tomar Sabela, que resopla ante la perspectiva de tener que conducir a cincuenta kilómetros por hora hasta coger de nuevo la vía rápida. Por suerte, cinco minutos después la carretera de un carril por la que circula se transforma en una de dos y puede adelantar al camión. Lo rebasa a toda velocidad y vuelve a situarse en el carril derecho, aunque nadie conduce lo suficientemente rápido como para poder adelantarla. Al llegar a Melide se ve obligada de nuevo a reducir drásticamente la velocidad. Además de las señales que le recuerdan que no puede circular a más de cincuenta por el pueblo, la enorme rotonda y el denso tráfico le imposibilitan pisar el acelerador como desearía. Coge la salida hacia Santiago y continúa conduciendo con la mirada clavada en el asfalto, que discurre a toda velocidad bajo sus pies. Cuando supera también Arzúa suspira, sabe que en pocos kilómetros podrá volver a correr. Se pregunta cuánto más van a tener que esperar para que Lugo y Santiago estén unidas totalmente por una autovía en condiciones. Las obras llevan años ejecutándose, pero parece que estén estancadas. Cuando por fin las terminen, se podrá hacer el trayecto entre las dos ciudades en unos cincuenta minutos. Incluso menos si quien conduce es Sabela.

Por fin vuelve a pisar el acelerador hasta el fondo y el coche sale disparado hacia Santiago. A los pocos kilómetros salta la señal de reserva y Sabela pega un manotazo al volante. Ahora va a tener que perder el tiempo poniendo combustible. Se para en la primera gasolinera que ve y reposta. No deja de mirar el reloj mientras el trabajador maniobra con la manguera hasta llegar al número de litros que ella le ha indicado. La vuelve a colgar en su lugar junto al resto y le indica que le siga dentro para pagar. El proceso es mucho más lento de lo que Sabela desearía, pero qué le va a hacer. Aprovecha para poner en Google Maps la dirección que le ha indicado la mujer de Salvador. Está a tan solo veinte minutos. Se sube al coche, arranca y sale zumbando hacia su destino. Cruza los dedos para que las gestiones al llegar sean sencillas. Le gustaría obtener las imágenes de los alrededores del piso por si el asesino hubiera decidido entregar el paquete él mismo. También comprobará si hay cámaras en el edificio, aunque no se le antoja una opción muy factible dada la cantidad de construcciones antiguas que componen Santiago. Normalmente las fincas viejas no tienen cámaras, y menos si se trata de pisos destinados al alquiler.

En trece minutos Sabela se planta ante la puerta del edificio donde vive el hijo de la tercera víctima de lunes a viernes. Busca un hueco para aparcar y tres calles más abajo por fin lo encuentra. Espera a que el anciano que debe abandonar el hueco que ella pretende ocupar termine con sus maniobras. Observa el humo negro que sale de su tubo de escape y constata la inutilidad de ciertas medidas anticontaminantes. ¿De qué sirve dejar de usar pajitas o que te cobren las bolsas en el supermercado cuando por ahí circulan coches como ese y los famosos usan sus jets privados para ir a por el pan? Su madre siempre insiste en que recicle, pero Sabela es escéptica. Alguna vez lo ha intentado, pero acaba confundiéndose y arroja el papel donde solo debería ir el plástico o restos orgánicos donde debería ir el cartón. El anciano sale por fin e interrumpe esos pensamientos tan poco ecologistas. Estaciona sin dificultad y abandona el vehículo a paso rápido. Le cuesta un poco orientarse,

pero acaba regresando a la calle principal por la que ha bajado y remonta las tres calles paralelas hasta llegar al edificio que busca.

Aplasta el timbre con el dedo índice y espera a que el compañero de piso de Pablo abra la puerta. Le lleva un rato. Impaciente, Sabela quema el interfono. Se oye un zumbido y la puerta cede bajo su peso. Al entrar en el portal busca con la mirada el hueco del ascensor, que no existe. Se resigna a subir los seis pisos a pie. Al llegar al tercero ya está desfondada. Toma nota mental de apuntarse al gimnasio para dejar de ahogarse a la mínima carrera. La fuerza la tiene, cada día levanta pesas durante una hora, pero el cardio no es lo suyo. Combate la asfixia y continúa escalando hasta llegar al rellano. Se dobla sobre sus rodillas antes de pulsar el timbre. Poco a poco, deja de escuchar las pulsaciones de su corazón encabritado en los oídos. Recupera el resuello y decide que no puede perder más tiempo. Acerca la mano al timbre, pero antes de que lo pulse la puerta se abre. Un chaval con peluca, los labios pintados y una falda monísima la espera en el umbral con una caja en la mano.

—Aquí tiene el paquete —hace ademán de cerrar la puerta, pero Sabela se lo impide poniendo un pie junto al marco.

—¿Vio quién lo entregaba?

—Sí, me lo dio un repartidor después de darle mi DNI —el chico se esconde tras la puerta y no la mira a los ojos en ningún momento.

—¿Recuerda de qué empresa era?

—RepartoExpress.

—¿Me podría facilitar sus datos para ponerme en contacto con usted si la investigación lo requiere?

El joven se encoge de hombros, le da la información solicitada y le cierra la puerta en las narices. «Qué chaval más raro», piensa Sabela. Le ha llegado a dar cierta pena, escondiéndose tras la puerta incapaz de mirarla a los ojos. ¿Sería para que no viera su curioso atuendo o estará escondiendo algo? Se decanta por la primera opción y decide que no puede continuar plantada frente a la puerta

compadeciéndose del extraño muchacho. Tiene mucho que hacer todavía. Baja las escaleras de dos en dos y al llegar al portal se cruza con una anciana. La mujer tropieza con su propio bastón y cae al suelo antes de que Sabela pueda reaccionar. La socorre y pasa la siguiente media hora esperando la ambulancia. Cuando los sanitarios llegan, les explica cómo se ha producido la caída. La anciana continúa agarrada a su mano cuando la suben a la camilla. Le da las gracias y por fin la suelta. Sabela se disculpa, le desea una pronta recuperación y sale corriendo calle abajo con la caja entre las manos. Se sube al camuflado y pone sobre el parabrisas el plástico para proteger el vehículo del sol. Eso le da intimidad para abrir la caja. Lo hace con manos temblorosas y la melodía de siempre llena el habitáculo. Se detiene a observar la danza de las figuritas, aunque sabe que no le ahorrará el mal trago. Solo necesita unos segundos antes de situarse cara a cara con lo que queda de Salvador: sus dientes. Están metidos en una bolsita de plástico parecida a las que usaba ella para guardar las cuentas de las pulseras cuando era niña. Se trata de una pala y un colmillo, ambos llenos de sangre. Junto a los dientes, la nota con el mensaje de siempre.

—No vas a hacer sufrir a nadie más, cabrón —murmura Sabela sin saber si va a poder cumplir esa promesa.

Guarda la caja en una bolsa y la esconde bajo el asiento del copiloto. Llama a Ramírez y le cuenta lo que ha encontrado, después marca el número de los compañeros destinados a Santiago. Les explica el caso y sus hallazgos y le dan vía libre para trabajar en la ciudad, como hizo la Guardia Civil en Navia de Suarna. Respira profundamente y baja del coche.

Dedica la siguiente media hora a comprobar las cámaras de la calle donde se aloja Pablo durante la semana. Solo ve un par y hace las gestiones oportunas para pedir las grabaciones. Después regresa al edificio, que esta vez tiene la puerta abierta. La habrán dejado así los sanitarios al pasar con la camilla. En el suelo hay restos de sangre. La anciana se ha dado un buen golpe al caer y la herida del mentón ha formado un charco en el suelo. Sabela lo esquiva y

observa el portal desde la escalera. Mala suerte, es una finca muy vieja, llena de humedad y desconchones en las paredes. A nadie se le ha ocurrido instalar una cámara allí, poco hay en el portal que pueda interesar a un ladrón. Alicaída, abandona el portal y se dirige, esta vez a paso lento, hacia el coche. El reloj marca las seis de la tarde, llegará a la comisaría hacia las siete y media. Para entonces, espera haber recibido las grabaciones al correo electrónico del grupo. No confía mucho en ellas, pero es meticulosa en su trabajo y no se salta nunca el protocolo.

Vuelve a la autovía inmersa en sus pensamientos. Sigue tratando de encontrar una historia que explique los asesinatos, un motivo que les permita localizar al responsable. No se le ocurre nada. Marca de nuevo el número de Ramírez, que le comunica que no han encontrado nada que vincule al hijo de la tercera víctima con ninguna clínica o servicio de nutrición. La línea se sobrecarga de suspiros en las dos direcciones. Sabela le da las gracias y se despide. ¿Qué se les está pasando por alto? Tienen que volver a hablar con Pablo y tirarle de la lengua hasta que les explique el motivo de su reacción al oír la palabra que el asesino talló sobre la piel abdominal de su padre. Llama al número de Purificación, que está apagado o fuera de cobertura. Golpea el volante y, sin querer, hace sonar el claxon. Se disculpa con la mujer que conduce el coche de delante alzando torpemente la mano.

De nuevo el desvío, de nuevo la nacional, Arzúa, Melide, las rotondas y la autovía. Se le escapa un bostezo y dirige la mano hacia la lata de Red Bull que reposa en el hueco para bebidas situado junto al freno de mano. La alza y se decepciona, está vacía. Decide que al llegar a comisaría lo primero será hacer una parada frente a la cafetera. Después se comerá el tiramisú del mediodía para recuperar un poco el ánimo. Con lo bien que había empezado el día y cómo se ha torcido todo… Por fin la carretera empieza a indicar distintas salidas hacia Lugo. Toma la más rápida para llegar a comisaría y en un santiamén se planta frente al edificio. Aparca y baja del camuflado con la caja en la mano. Cumple con lo prometido

y solo entra al despacho cuando ya se ha tomado un café bien cargado, pero de sabor cuestionable.

—¿Cómo te ha ido por Santiago?

—Podría haber ido mejor, pero al menos hemos podido confirmar que no se trata de un caso aislado. Quien mató a Ramón Blanco y a Miguel Sánchez también asesinó a Salvador Pereira. Sus dientes en esta caja lo acreditan.

—Por aquí no nos ha ido mucho mejor —lamenta Mario.

—¿Dónde está Ángela?

—Ha salido para atender una llamada —le explica Ramírez—. Creo que del propietario de la furgoneta quemada, el que vive en Londres.

—Quizá sea este el golpe de suerte que necesitamos.

Los tres esperan expectantes la llegada de Ángela. Cuando su compañera abre la puerta se los encuentra mirándola fijamente. Levanta las manos y les enseña las palmas, como pidiéndole calma a una jauría de perros.

—Creo que por fin hemos dado con algo importante —anuncia con una sonrisa triunfal—. Era el propietario de la furgoneta, bueno, el que la ha heredado. Insiste en que las únicas llaves del vehículo las tiene él en Londres, pero ha recordado algo. Dos días antes de regresar a Inglaterra tras el funeral de su padre llevó la furgoneta al taller. Quería venderla y pensó que una puesta a punto le ayudaría a sacarle más dinero.

—¿Recuerda el nombre del taller? —pregunta Sabela ya con el buscador abierto para introducirlo.

—Sí, Talleres A Fonte.

—Situado en A Fonte dos Ranchos —dice la inspectora tras la búsqueda en Google—. Qué nombre más original.

—Habría que comprobar… —empieza Mario.

—Si mi marido también lo llevó a ese taller, lo sé. Voy a llamarlo ahora mismo, porque me suena que hace unos meses tuvo que cambiarle dos ruedas.

Ángela marca el número de su marido, que no coge el teléfono. Insiste y la voz de una mujer la deriva de nuevo al contestador. Hace un tercer intento antes de desistir. Para desesperación del grupo, tampoco responde a los mensajes.

—Debe estar con un paciente, hoy trabajaba hasta las ocho —dice mirando el reloj que abraza su muñeca—. Iré a la consulta a preguntárselo.

—De acuerdo, si lo llevó a ese taller nos avisas y nos vemos allí. Les haremos una visita.

Los siguientes veinte minutos no los invierten en hacer algo de provecho. Los nervios se lo impiden y tan solo hablan de trivialidades. Esperan la llamada de Ángela como agua de mayo. De confirmarse que ambos vehículos pasaron por ese taller tendrían una pista sólida de quién los conducía en el momento de los crímenes y, por tanto, de quien está detrás de las muertes. La euforia los invade, pese a que Sabela les insiste en la importancia de no precipitarse. Ya no les quedan uñas cuando sus tres móviles emiten un zumbido a la vez. Es un mensaje de Ángela, que les confirma que el coche de su marido también estuvo en ese taller meses atrás. ¿Cuánto tiempo lleva el asesino planificando las muertes de sus víctimas? ¿A cuántos coches tendrá acceso? Esas son solo las dos primeras preguntas que cruzan la mente de Sabela al leer la confirmación de sus sospechas. Antes de salir hacia el taller, consulta en la base de datos quién es el propietario y cuántos trabajadores tiene contratados. Aparecen ante sus ojos dos nombres: el del dueño y jefe del taller y el de su ayudante.

—Antonio Casado Pérez, vamos a por ti.

21

SABELA NOVOA

Cinco minutos les bastan para plantarse frente al local de Talleres A Fonte. Aparcan los dos coches en una zona de carga y descarga que está extrañamente vacía y se dirigen corriendo al taller. El sol está a punto de perderse en el horizonte y el viento es frío. Esa noche van a necesitar una manta para dormir a gusto. En ese momento, sin embargo, ninguno de los cuatro lo percibe. La adrenalina que corre por sus venas ha hecho subir la temperatura de sus cuerpos y la carrera les ha hecho romper a sudar. Ángela es la primera en pararse frente a la persiana, que está bajada por completo. Un cartel indica que el taller está abierto todos los días de lunes a sábado de 9 a 21 horas, pero son las ocho y ya no hay nadie trabajando. Sabela chasquea la lengua cuando se da cuenta de lo que sucede. ¿De algún modo se habrá dado cuenta de que van a por él? Mientras recupera el aliento, se fija en el grafiti que decora la persiana. Es el dibujo de un coche destartalado. Junto a él, una figura vestida con un mono de trabajo y las manos negras de grasa intenta situar un gato debajo para alzar el vehículo. Sin duda, el grafitero que ha estampado su firma junto al dibujo tiene talento. Mucho mejor que esas inscripciones sin sentido que decoran todo tipo de mobiliario urbano y persianas de locales y tiendas. Con el corazón latiendo ya a un ritmo normal, Sabela comprende que no van a poder acceder al taller esta noche. Está a punto de abrir la boca para comunicárselo a su equipo cuando una anciana de pelo

blanco, rostro afable y orejas tirantes por el peso de dos enormes perlas se planta frente a ella.

—Si vienen a recoger su coche será mejor que vuelvan otro día —les dice la viejecita empleando un tono amable. Después empuja el andador para continuar su marcha.

—¿Sabe a qué hora ha cerrado hoy el taller? —Sabela aprovecha la oportunidad para obtener información.

—Llevan dos días sin abrir. No sé qué le habrá pasado al dueño, es un chico muy trabajador.

—¿Un chico? —interviene Mario.

—Lleva muchos años en el barrio y nunca había cerrado. Algo le habrá sucedido.

—Muchas gracias, señora. Que tenga buena tarde.

—Que Dios os bendiga —se despide.

En cuanto la señora desaparece por la esquina, dos minutos después de despedirse, Sabela le explica a Mario que a la gente mayor todo el mundo le parece joven.

—Parece mentira que no lo sepas —Ramírez se suma a la explicación— Mi abuelo siguió llamándome *pequeno* hasta que murió. Daba igual que hubiera cumplido ya los cuarenta.

—Está bien, está bien. No sé nada de abuelos —Mario levanta las manos en señal de rendición—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Volver a base para solicitar una orden de registro del taller a la jueza.

No hace falta que Sabela termine la frase para que el grupo eche a andar. Avanzan a paso rápido y cuando atraviesan la calle por la que se ha marchado la abuela se sorprenden de verla ahí, sentada en el asiento de su andador tomando el fresco. La mujer levanta el brazo para despedirlos y el movimiento hace que los lóbulos de sus orejas

reproduzcan el movimiento de un péndulo que hace bailar las perlas. Sabela siente ganas de llorar al contemplar a la anciana, pues hay algo en ella que le recuerda mucho a su propia abuela, fallecida dos años atrás. La echa tanto de menos que aún no ha aprendido a pensar en ella con alegría. Por ahora solo siente el dolor de la pérdida al evocar su sonrisa, sus manos rugosas y su piel casi transparente. Trata de no pensar en ello y empieza a redactar la petición para la jueza. De ese modo, quizá nada más llegar a la comisaría pueda mandársela, llamarla para explicarle la situación y registrar el taller esa misma noche.

Sabela es demasiado optimista. A pesar de la rapidez con la que ha redactado el oficio, la respuesta no llega. La jueza no coge el teléfono y todo le hace pensar que tendrá que pasar la noche dando vueltas en la cama imaginando qué habrá dentro de ese taller. Si pudiera reventaría los candados, levantaría la persiana y se colaría dentro, pero le iba a costar salir indemne de eso. Además, comprometería la investigación y las pruebas que obtuviera en Talleres A Fonte no servirían para nada. La inspectora siempre sopesa los pros y los contras antes de actuar, y en ese caso la segunda lista es tres veces más larga que la primera.

Vuelve a marcar el número de la jueza, con la que tiene cierta confianza. Forma parte de muchos recuerdos de su infancia, pues es la madre de una de sus compañeras de escuela. Ella la llevó a fiestas de cumpleaños cuando sus padres trabajaban, la tapó bien con las sábanas cuando había fiesta de pijamas en su casa y le curó una fea herida en la rodilla cuya marca aún se puede apreciar sin dificultad. Después, la infinidad de destinos por los que pasó Sabela antes de poder volver a su ciudad hicieron que se perdieran la pista. Sin embargo, sigue habiendo cierta confianza y cuando al inicio del caso vio el nombre de la jueza con la que tenía que tratar respiró aliviada. Ahora su estado de ánimo no es tan positivo, Consuelo no coge el teléfono y se siente ansiosa por obtener la autorización judicial. Finalmente, cuando la llamada está a punto de extinguirse, la mujer descuelga. Sabela se lanza a explicarle la situación.

—La tendrás a primera hora de la mañana.

La inspectora intenta convencerla para que se la mande ya, pero es imposible. Si algo recuerda de Consuelo es su carácter firme. Cuando le decía a su hija que se marchaban a casa, daba igual que pataleara y gritara que se quería quedar en el parque, abandonaban la zona de juegos inmediatamente. Suspira y le agradece su gestión antes de colgar.

—Chicos, hasta mañana no obtendremos la autorización judicial. Marchaos a casa y descansad. Os quiero aquí a las siete de la mañana.

—Estaremos a las seis —le promete Mario, que le está echando al caso más horas que un reloj.

En esta ocasión es Sabela la primera en marcharse. Siente asfixia en ese despacho en el que no puede avanzar. Sabe que algo se le está pasando, pero no consigue descifrar de qué se trata. El aire la golpea en la cara nada más poner un pie fuera de la comisaría. Debería volver a casa, tumbarse en el sofá, poner de nuevo Disney+ y cerrar los ojos, pero la mera idea le revuelve el estómago. Necesita aire fresco y una conversación banal que no gire en torno a cadáveres. Encamina sus pasos hacia el centro y decide sentarse en alguna terraza de la Rúa Nova a saborear una copa de vino blanco. No está de servicio, si quisiera podría incluso emborracharse, pero una resaca no le hará ningún favor a la Sabela del futuro. Atraviesa la puerta de la muralla y se para un momento a contemplar su belleza. Acerca una mano a las piedras centenarias y con la piel absorbe su humedad. Las acaricia pensando en lo que habrán presenciado esos muros a lo largo de la historia y cierra los ojos para aspirar el aroma que trae consigo la brisa. Sabela siempre ha soñado con retroceder en el tiempo y caminar por esas calles cuando todavía eran romanas. Se imagina a sí misma ataviada con una túnica y colgada del brazo de un fornido soldado. Cuando abre los ojos casi espera encontrarlo a su lado. En ese momento toma consciencia de que la gente a su alrededor la mira como si estuviera

trastornada. Avergonzada, mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y reprende su marcha. Se sienta en la primera mesa que ve libre y pide una copa de vino. Enseguida, un camarero muy mono le sirve lo que ha pedido. Le trae también una tapa que su estómago agradece con un rugido.

—Piruletas de queso de cabra, invita la casa —le guiña un ojo y desaparece en el interior del local.

¿Han sido imaginaciones suyas o estaba ligando con ella? Le parece divertido seguirle el juego y tontea con él la siguiente vez que acude a su mesa. Con descaro, coge uno de los palillos que sujeta la bola de queso de cabra frito y le da un mordisco. El camarero, un chico moreno, musculoso y con una sonrisa traviesa que casa bien con sus ojos verdes, se muerde los labios y se marcha sin decir nada. Sabela sigue con el juego de miradas hasta que termina su segunda copa. Entonces decide que debe descansar y pide la cuenta. Para su decepción, esta vez es otro camarero el que se la trae. La inspectora saca la tarjeta de la cartera y la pasa por encima del datáfono, que lanza un pitido de asentimiento cuando comprueba que tiene fondos. Entonces se fija bien en la cuenta y se percata de que el camarero ha escrito un número de teléfono junto a su nombre, David, y lo ha subrayado tres veces para que llame la atención. Dobla el tique y se lo guarda en la cartera. Ya sopesará más adelante qué hace con ese número. Por el momento quiere centrarse únicamente en la investigación, debe cerrar ese caso sin que haya más muertes.

Pasea por las callejuelas del centro histórico, atraviesa la Praza Santa María y deja atrás la catedral para dirigirse a casa. Cuando abandona el recinto amurallado, siente que alguien la está observando. La sensación dura solo un instante, porque cuando se gira no hay nadie siguiéndola. Respira más tranquila, pero poco a poco la rabia se va apoderando de ella. Odia que las mujeres se vean obligadas a experimentar esa sensación cada vez que vuelven solas a casa. Hace poco leyó que la mayoría de mujeres preferiría encontrarse antes a un oso que a un hombre si estuvieran solas en

medio del bosque. Puede comprenderlo, en su trabajo ha tenido que ver muchos crímenes protagonizados por hombres que odian a las mujeres. «Not all men, pero siempre un man», recuerda la frase que le dijo Ángela el otro día en el coche, cuando se interesó por el sindicato feminista al que estaba afiliada.

Por fin llega a su portal, introduce la llave y, al cerrar la puerta tras ella, se siente mucho más segura. Y eso que lleva un arma, debería poder respirar tranquila. Pero ni con esas. Espera el ascensor y cuando las puertas se abren se mira en el espejo de cuerpo entero. No tiene tan mal aspecto como esperaba. Llega a su puerta y maniobra durante cinco minutos hasta que cede. Decide que le da igual la hora que sea, va a llamar a su padre para que arregle esa maldita cerradura. Empieza a ser costumbre que nadie le coja el teléfono. Lo arroja al otro lado del sofá y enciende el televisor, pero no está prestando verdadera atención a las imágenes. Su cabeza sigue en el caso.

Los tañidos de las campanas de la iglesia más cercana a su casa, aunque amortiguados, le indican que ya es la una de la madrugada. No tiene sueño, solo está cansada físicamente. No podría soportar meterse en la cama a dar vueltas, así que descarta esa opción. Por una vez, tampoco le apetece cocinar. La imagen de la anciana apostada junto el taller la ha descolocado. Se parecía tanto a su yaya… Solo de pensarlo se le humedecen los ojos. No entiende qué le pasa, ella nunca ha sido tan sensible. Está segura de que si tuviera un hombre al lado le preguntaría si va a venirle la regla. Pues no, nada de eso. Lo achaca al cansancio o al sentimiento de vacío que percibe en cada rincón de ese piso. Quizá debería pensar en mudarse a un lugar más alegre.

Durante unos minutos Sabela no aparta la mirada de la pared. Apenada, sin nadie a quién llamar, recupera el papel con la cuenta de la cartera. Guarda el número en su teléfono y se mete en WhatsApp. Lo busca y la foto de perfil alienta su deseo. La pantalla del móvil se bloquea, cansada de su indecisión. Por una vez, Sabela no sabe qué es lo correcto. ¿Debería escribirle? ¿Si lo hace se

arrepentirá mañana? El sentimiento de soledad no debería ser el motor para iniciar una conversación, pero finalmente le escribe. Pasa las siguientes dos horas chateando con David. No sabe nada de él, acaban de conocerse, pero cuando terminan de hablar se siente mucho mejor. Solo necesitaba una conversación distendida con alguien que no sepa quién es ni a qué se dedica. Ha esquivado esas preguntas sin esfuerzo y ha desempolvado todas sus armas de seducción, aunque realmente no sepa qué quiere de ese chico. Por lo menos la ha ayudado a evadirse, a expulsar la tristeza que la envolvía como un abrazo gélido.

A las tres de la mañana, por fin se levanta del sofá, se pone un pijama totalmente antimorbo que no le gustaría nada a su nuevo amigo y se acuesta. Nada más recostar la cabeza en la almohada se queda dormida. Esa noche en sus sueños solo aparecen dos cuerpos entrelazados. Al abrir los ojos, sin embargo, esa sensación de paz es tan solo un bonito recuerdo. Amanece sola, son las seis y media y debe darse prisa.

20

La sombra arrastra una maleta enorme. Bajo el brazo lleva aplastada una almohada y su espalda carga una pesada mochila. Es todo lo que ha podido llevarse. Sabe que no le queda mucho tiempo, la policía parece haber entendido el mensaje. Avanza por la calle y saluda a un par de vecinos antes de llegar al coche. Carga sus pertenencias en el vehículo y se pregunta qué va a hacer ahora. Solo hay una respuesta válida: seguir el plan. Hasta sus últimas consecuencias, cueste lo que cueste.

Aún quedan un par de piezas y teme no llegar a tiempo. Eso implicaría dejar inacabado lo único bueno que ha hecho en los últimos dos años y fallarle una vez más. No va a permitírselo. Por eso no puede seguir esperando, ha llegado el momento de actuar. Se pone al volante y antes de salir palpa la mochila para confirmar que ha cogido el diario. Sin eso no puede ir a ningún lugar, lo necesita para explicárselo todo. Respira profundamente al darse cuenta de que está ahí con ella. Desea no haber olvidado nada en casa, sabe que no podrá volver. Nota el aliento de la policía en la nuca y, aunque en parte es un alivio saber que ha entregado bien el mensaje, no puede evitar que los nervios le provoquen un cosquilleo en la piel. Al menos ahora siente algo.

Arranca y da un par de vueltas por el barrio sin saber todavía qué debe hacer a continuación. Después decide que lo mejor será salir de la ciudad hasta que sepa cómo continuar con su plan. Aprovecha un semáforo para volver a acariciar la mochila.

—Los oirán sufrir como lo oigo yo, me encargaré de ello.

19

SABELA NOVOA

La inspectora llega a la comisaría como si una vaca hubiera lamido sus rizos hasta pegárselos al cráneo. Los efectos de la lluvia intensa que alimenta el verde que rodea la ciudad también se han dejado notar en sus tejanos. Parece que el temporal haya rechupeteado los bajos de sus pantalones antes de escupirle sobre la chaqueta, empapada en la zona de los hombros y el pecho. Sin embargo, Sabela apenas se percata de ello, concentrada como está en actualizar una y otra vez el correo del grupo esperando recibir la autorización judicial. Además, llega tarde al trabajo y para una mujer responsable como ella eso es prácticamente imperdonable. La tormenta se está cebando con la pantalla de su teléfono, cada vez más salpicada de agua. Decide que será mejor guardarlo en el bolsillo y correr hacia comisaría, no vaya a quedarse ahora sin el aparato que le permite estar conectada con el mundo. Así lo hace, pero apenas treinta segundos después vuelve a sacarlo a la intemperie, le parece haber oído una notificación. Efectivamente la ha recibido, pero cuando la ve la ignora y sigue andando a toda prisa. No es el correo de Consuelo, es un mensaje del camarero que conoció ayer, que le da los buenos días. Sabela no tiene tiempo para eso, al menos no ahora, por lo que elimina la notificación y se olvida de él incluso antes de alcanzar por fin la puerta de la comisaría.

Al entrar se queda inmóvil sobre la alfombra y trata de sacudirse toda el agua posible de encima para no empapar el pasillo y las

escaleras. Si estuviera sola, nada más entrar en el despacho se despojaría de sus tejanos y los colgaría sobre el radiador, pero no es muy serio trabajar junto a tu jefa en ropa interior. Por eso cuando llega a la sala y saluda a sus compañeros se arremanga como puede la parte baja de los pantalones y se esfuerza en olvidar que la fría humedad que los impregna estará en contacto directo con su piel durante todo el día.

—Buenos días —la saluda Ángela al entrar con dos vasos de café. Le tiende uno—. Si se le puede llamar así al día de perros que hace.

—Hola, Ángela. Muchas gracias —le sonríe con un destello en los ojos que delata que su agradecimiento es real—. ¿Habéis podido descansar?

—Apenas —lamenta Mario—. He estado dando vueltas toda la noche pensando en que hoy podría terminar todo.

—Ojalá, yo necesito dormir un siglo para recuperarme. Los años no pasan en balde —se queja Ramírez.

—Pues yo he dormido genial.

—Con un marido como el tuyo cualquiera duerme —bromea Sabela.

La conversación termina cuando el sonido de un correo electrónico entrante irrumpe en la habitación. Sabela acerca la silla a la mesa y agarra el ratón con dedos temblorosos. Arrastra la flecha hasta la pestaña del correo electrónico y un suspiro de alivio se escapa de entre sus labios al comprobar que les han dado la autorización necesaria para registrar el taller. No hace falta decir nada, todo el equipo se pone en pie y se dirige a la puerta. Forman los dos grupos habituales en los camuflados y conducen con precaución, pero a una velocidad considerable. Los baches y agujeros que el tiempo y el tráfico denso han creado en el asfalto están repletos de agua y Sabela se esfuerza en esquivarlos. En ocasiones le es imposible y las ruedas del coche salpican a los peatones a los que no les ha quedado más remedio que desafiar al mal tiempo para ir a trabajar.

La inspectora se fija en un repartidor de Glovo ataviado con un enorme chubasquero que no impide que le resbalen enormes goterones por el rostro. Sabela siente pena por el chaval y asco por las personas que utilizan ese servicio en un día como este, pero su mente enseguida se concentra en otras cosas. Aparca detrás del camuflado de Ángela y baja a toda prisa del coche. Con la adrenalina, apenas se percata de que ha metido el pie en un enorme charco que el alcantarillado es incapaz de absorber. Tampoco percibe el entumecimiento que empieza a presentar el brazo que carga con la cizalla que les dará acceso al interior del taller de Antonio Casado, alias el asesino de los regalos, según lo ha bautizado la prensa. Cuando Ramírez se lo ha contado esa mañana, Sabela no se lo podía creer. «¿El asesino de los regalos? ¿Pero están mal de la cabeza, o qué?», ha respondido con la boca abierta. Según ha podido comprobar después, los medios de todo el país están hablando de las cajas con partes del cuerpo de las víctimas que están recibiendo los familiares. Sabela no entiende cómo puede haberles llegado esa información y la rabia la inunda al pensar que la muerte de esa gente no es más que un espectáculo para la prensa y para los twitteros, que han conseguido que ya sea *trending topic* mundial. Los medios incluso inventan teorías estrambóticas para explicar las acciones del asesino y las ponen en boca de fuentes policiales. La inspectora piensa en lo que diría Azahara en estos momentos: «Fuentes policiales mis cojones». Ella no es tan malhablada, pero si los tuviera delante ahora mismo tendrían que salir por patas.

Unos minutos después alzan la persiana, ya liberada de su amarre al suelo, y el equipo se introduce en el lugar de trabajo del supuesto asesino con Sabela en cabeza. El taller es más grande de lo que parece a simple vista. La limpieza brilla por su ausencia, hay grasa de motor por todas partes y sus pisadas se graban en el suelo pegajoso. No hay rastro de sangre, ninguna víctima parece haber pasado por ahí. El dueño del taller no es en absoluto meticuloso con el orden, lo que llama la atención de Sabela. Su modus operandi en los asesinatos ha sido limpio, minucioso, incluso parece que seguía un protocolo. No termina de encajarle, pero sigue siendo su principal

sospechoso. La inspectora tropieza con una enorme caja de herramientas que reposa en el suelo, en medio de un lugar de paso. Parece que se marchó con prisas, pues ni siquiera se molestó en bajar el capó del coche que ocupa buena parte del taller. Se trata de un Volkswagen T-Cross con aspecto de ser bastante nuevo. Junto al motor, Antonio Casado ha abandonado unos guantes y una especie de llave inglesa que seguro que no tiene ese nombre. Sabela no entiende nada de coches pese a que salió durante años con el responsable del departamento de recambios de un gran concesionario catalán cuando fue destinada a Tarragona. La inspectora ojea el interior del vehículo, en el que no hay nada de interés. Después se agacha procurando no tocar el suelo y comprueba que tampoco hay nada bajo el coche. Sigue andando por el taller hasta dar con una puerta cerrada. Se trata de un aseo donde ni por todo el oro del mundo se bajaría los pantalones para orinar. Hay manchas negras por las baldosas de las paredes, el lavabo está atascado y un líquido oscuro burbujea como si estuviera fermentando y nadie se ha acordado de tirar de la cadena al usar el váter. Sabela contiene una arcada. ¿Cómo puede un hombre tan cerdo llevar a cabo crímenes tan perfectos? Sale del aseo y se topa con Mario.

—Jefa, estaba buscándote.

—Dime, ¿habéis encontrado algo interesante entre tanta mierda?

—Eso creemos.

Sabela le sigue hasta una pequeña garita que hace las veces de despacho. La mesa está abarrotada de papeles, envoltorios de comida, tápers, refrescos y pañuelos usados. La duda vuelve a asaltar a la inspectora. El primer cajón de la mesa es un revoltijo de documentos. Lo abre y un par salen volando por la presión de estar ahí embutidos. Las manos enguantadas de Sabela ojean algunos de esos papeles, la mayoría de los cuales también tienen manchas de grasa. Puede apreciar las manazas de Antonio Casado en su recorrido por la mesa, los papeles e incluso la caja donde debía

guardar dinero en efectivo. Tan solo quedan unas monedas, todos los billetes que debían reposar en ese recipiente azul han desaparecido.

—El segundo cajón es mucho más interesante —le dice Ángela, que acaba de asomar la cabeza por la puerta de esa suerte de despacho que parece más bien una pocilga.

Sabela no se molesta en cerrar el cajón. Deposita los papeles sobre la montaña de documentación y aproxima la mano al tirador del segundo, donde teóricamente encontrará algo útil. Tira de él y el cajón chirría al mostrar su contenido. Lo que ve la deja con la boca abierta.

—Pues supongo que ya hemos encontrado la explicación al asunto de los coches.

A sus ojos llegan los destellos de las decenas de llaves que hay en ese cajón. Cada una tiene un llavero con una anotación. Coge la primera que rozan sus dedos: en el llavero consta el nombre de la propietaria del coche en cuestión, Ángeles Martín Montoya, la matrícula, su dirección y la fecha en la que llevó el vehículo al taller. También aparece la inscripción "No G". Deja la llave y examina otra. Encuentra lo mismo, nombre, matrícula, dirección, fecha y "G".

—¿Qué significará eso? —pregunta Mario a su espalda.

Sabela abre la boca para responder, pero Ramírez se le adelanta.

—Imagino que significará "Garaje" o "No garaje". El tipo hizo copias de las llaves de todos los coches que entraban en su taller.

—Así es como nos despistó con la furgoneta del chico de Londres y el coche de tu marido, Ángela.

—Y vosotros sospechando de él, si es que… Mi marido es un trozo de pan.

—Aquí hay por lo menos cincuenta llaves —dice Sabela después de contarlas por encima.

—Menudo cabronazo, cómo nos ha hecho perder el tiempo.

—Pues no perdamos más. Quiero el taller inspeccionado de arriba abajo. Y no os preocupéis si lo dejáis todo patas arriba, ya lo hemos encontrado así.

Los cuatro dedican las dos horas siguientes a la inspección del taller, que no arroja más resultados. Antes de que los demás se den por vencidos, Sabela empieza a indagar en la vida de ese hombre sentada sobre una caja puesta del revés. Consulta las redes sociales del sospechoso, pero las tiene privadas. Lo único que figura en Facebook es que está divorciado. También encuentra su domicilio consultando el padrón, que le revela que vive solo. Resuelve que lo mejor será ir pidiendo ya una orden para poder acceder a su piso. No es ingenua, sabe que Antonio no estará ahí esperándolos, pero necesitan acceder a él para buscar pistas que les ayuden a dar con su paradero actual. Redacta el oficio explicando con pelos y señales los indicios que han encontrado. Las llaves no son una evidencia definitiva de su culpabilidad, pero sí de su implicación en el caso, ya que les han permitido confirmar las imágenes que le mostraban conduciendo la furgoneta que transportó el cuerpo de la primera víctima. Tendrán que demostrar que también fue el autor de los hechos, pero para eso primero tienen que detenerlo e interrogarlo.

—Creo que hemos terminado con esto, Sabela —le dice Ramírez con la frente sudada y dos surcos enormes bajo las axilas.

—De acuerdo, mientras terminabais he redactado un oficio para poder acceder al domicilio que consta en el padrón y en su documento de identidad. Llamaré a la jueza para agilizarlo.

Sabela abandona el oscuro interior de ese taller inmundo y pulsa el contacto de Consuelo. En la calle sigue lloviendo y se refugia en un portal. Las rachas de viento, que empujan el agua de lado en lugar de dejarla caer verticalmente, hacen que esa medida sea inútil. Cuando termina de hablar con la jueza, Sabela está calada hasta los huesos. Incluso el pañuelo morado que rodea su cuello está

completamente empapado. Se lo quita porque ahora su textura es más bien la de una serpiente pesada que ha encontrado en su clavícula el lugar perfecto para echar una cabezadita. Se acerca a sus compañeros, que ya están bajando la persiana de Talleres A Fonte.

—La jueza nos enviará la autorización en unos minutos —les informa—. Vayamos ya hacia allí para poder entrar cuanto antes.

Se suben a los vehículos y se suman al denso tráfico que ha generado la tormenta. A pesar de que en Lugo todo el mundo está acostumbrado a la lluvia, cuando cae un aguacero como ese la ciudad colapsa igual que las del resto del mundo. Sabela avanza con cautela, pues apenas hay visibilidad y las ruedas patinan haciendo el temido *aquaplanning* con el que tanto la asustó su profesor de la autoescuela cuando se sacó el carnet hace ya muchos años. Fija la mirada en las luces traseras del vehículo que lleva delante y le sigue. La intensidad de la lluvia se reduce cinco minutos después y la inspectora vuelve a presionar el pie sobre el acelerador. Un trayecto de quince minutos acaba llevándole cerca de cuarenta, pero consiguen llegar al edificio donde supuestamente vive Antonio Casado. Les da tiempo incluso a estacionar bien los dos vehículos frente al portal. Esperan pacientemente dentro de los camuflados para no añadir más agua a sus atuendos, que pesan ya más del doble de lo habitual. Por fin, el tintineo del correo electrónico les libera de la tensión. Sabela asiente y baja del coche junto a Ramírez, que se dirige decidido hacia la portería. Quiere terminar ya con esto y volver a su casa para disfrutar del buen humor que ha renacido en su mujer.

Ángela y Mario tienen la desgracia de hacer sonrojar al semáforo justo cuando llegan al paso de peatones. Eso les obliga a esperar, pues el tráfico es muy denso en esa calle y no quieren arriesgarse a cruzar y terminar aplastados contra el asfalto. Esperan bajo la lluvia más de un minuto, mientras Sabela y Ramírez los miran con lástima refugiados en la tibieza del portal, del que justo salía una señora que les ha dejado entrar. La luz verde les franquea el paso y cuando

llegan hasta sus compañeros parecen dos pollitos mojados. El pelo de Ángela chorrea sobre las baldosas y Mario se pasa la manga por la frente cuatro veces hasta que consigue secarse la cara. Sabela le deja el pañuelo mojado a su compañera, que lo usa como si fuera una toalla para descargar un poco de peso de su oscura cabellera, anegada de agua. En el primer escalón una señal amarilla les advierte que las escaleras están mojadas y podrían resbalar, así que las descartan. Optan por el ascensor, pero es demasiado pequeño para albergarlos a todos, así que suben de dos en dos. Al llegar al piso deseado, Ángela y Mario comprueban que han dejado el cubículo como si acabaran de salir de una piscina, pero no tienen tiempo de preocuparse por las futuras quejas de los vecinos. Dejan que las puertas se cierren y exploran el rellano. Dos minutos después, el ascensor se abre para franquearles el paso a Sabela y Ramírez, que traen consigo el ariete para tirar la puerta abajo.

—Pues el cabrón tiene sentido del humor —les dice Ángela dándole una patadita al felpudo que reposa frente a la puerta y que pone «Bienvenido, pero solo un rato».

—¿No habéis oído un ruido? —pregunta Ramírez justo después.

—Yo no he oído nada —Mario se encoge de hombros.

—Que sí, que sí. Justo cuando has golpeado el felpudo —replica convencido antes de dejar el ariete en el suelo.

Entonces se agacha, levanta el felpudo y encuentra un sobre. En su interior reluce una llave que tiene toda la pinta de ser de ese piso.

—Nunca pensé que la gente guardara de verdad las llaves en sitios tan obvios —dice haciendo malabares con la que tanto tiempo les hará ganar.

—Ya ves, pensaba que lo de meterlas bajo las macetas era cosa de los americanos —le da la razón Sabela— Hay que verlo para creerlo.

El subinspector introduce la llave en la cerradura y los demás cruzan los dedos para que funcione. Un segundo después se abren las puertas del hogar del mal.

18

SABELA NOVOA

Las pupilas de Sabela tardan unos instantes en absorber la escasa luz que se cuela por una pequeña rendija en el salón. Supone que será un ventanal y lo confirma cuando la brisa hace mecer las vetustas cortinas de terciopelo permitiendo que algo más de luz riegue la estancia. Su baile fantasmagórico le pone los pelos de punta y corre a encender la luz. Palpa la pared del recibidor hasta que da con el interruptor y lo pulsa. La bombilla anaranjada que sobresale unos centímetros del barroco foco que la protege se activa y Sabela se relaja un poco. Aspira el aire viciado y siente repulsa al pensar que está respirando lo mismo que el monstruo al que persiguen ha exhalado antes de marcharse. Hace un par de respiraciones profundas para calmar su ansiedad y vence a la sensación de asfixia.

Entonces, con el arma reglamentaria en la mano, avanza hacia la derecha, donde está situada la cocina. Sus compañeros se distribuyen por toda la vivienda y un eco de voces chillando «despejado» se adueña del piso. Ella examina la cocina. Un frutero abraza un par de plátanos maduros y una naranja arrugada que le recuerda a la piel de Donald Trump en la última imagen que vio de él en un debate con Kamala Harris. Ese detalle, junto con el contenido de la nevera, le hace pensar que Antonio se ha marchado precipitadamente. Abre los armarios de encima del fregadero y encuentra la vajilla completa. Junto a ella se apilan seis vasos de

cristal y por lo menos diez tazas. Una de ellas pone «get well soon». Esa frase la inquieta, le hace pensar que no han comprobado bien los datos médicos del asesino. Quizá sí que estuvo en la clínica de Fernando Sánchez, aunque también podría ser el buen deseo de un amigo después de una simple convalecencia. Toma nota mental para comprobarlo tan pronto como salgan de ahí. Mientras tanto, continúa inspeccionando la cocina, pero no encuentra nada de interés. Está claro que Antonio no planeaba marcharse, ha tomado la decisión de forma precipitada al saberse descubierto.

Sabela abandona la cocina y accede al salón. Ramírez ha corrido las pesadas cortinas, que parecen del siglo XV más que de la época en la que viven, y la escasa luz natural que las nubes dejan pasar se alía ahora con la bombilla anaranjada para dibujar los contornos de los muebles. Se trata de elementos de madera oscura que cargan el ambiente del comedor. El sofá y un sillón pegado a la ventana contribuyen a crear esa atmósfera, pues ambos son visiblemente incómodos, de madera con cojines tapizados. Lo que más llama la atención de la habitación es la ausencia de decoración. No hay un solo marco con fotografías, nada personal en las paredes, ningún recuerdo. Sabela recorre el mueble vitrina con el dedo y lo examina. Está completamente limpio. Antonio Casado vivía aquí, pero se ha marchado en cuanto se ha dado cuenta de que le pisaban los talones.

—¿Te has dado cuenta de que no hay ningún televisor? —Ramírez rompe el silencio.

Sabela no había apreciado ese detalle, tan concentrada en descubrir las motivaciones de ese hombre a través de su casa. Siempre ha creído que el hogar, y no los ojos como habitualmente se dice, es el verdadero espejo del alma.

—En cambio, sí que hay una radio. Aunque es del año de la catapum —dice Sabela estirando las antenas que sobresalen del cráneo del aparato.

La inspectora quiere marcharse cuanto antes de esa casa. Siente que no hay vida ahí dentro, que todo está detenido en el tiempo. Si le preguntaran el antónimo de la palabra acogedor, les enseñaría una foto de ese lugar. Pero debe continuar, así que obliga a sus piernas a avanzar hacia el pasillo. Se detiene frente a la primera puerta que encuentra. Está abierta y Mario examina la habitación.

—Creo que es la habitación de matrimonio —le indica.

Sabela respira y entra. El mobiliario está conformado únicamente por un armario empotrado de madera oscura y una cama con un cabezal idéntico. Las mesillas de noche también son casi negras. Más allá de eso, nada. La inspectora abre el armario. Solo encuentra un par de camisas metidas en una funda de plástico, lo típico que se hace con las prendas que solo se usan en bodas, bautizos o comuniones. El resto de perchas cuelgan inútiles y se mecen al son del aire que entra por una rendija abierta en la ventana. Abre los cajones de debajo y también están vacíos. Se lo ha llevado todo y no les ha dejado pista alguna de adónde se dirige. Vuelve la mirada hacia las mesillas, están desnudas. De nuevo, ni una foto, ni una lámpara, nada que demuestre que ahí vivía un ser humano con pasado, con sueños, con aspiraciones para el futuro. En el cabezal se puede apreciar la marca de un puñetazo.

—Continúa tú por si encontraras algo interesante —le ordena a Mario— Mira detrás del cabezal, debajo del colchón, en el somier…

—No te preocupes, jefa.

Prosigue con su minucioso examen del piso. Llega a la siguiente puerta, donde Ángela revisa lo que parece ser un despacho. Está completamente vacío. Sobre la mesa, el polvo acumulado revela que Antonio se ha llevado un ordenador y su torre.

—¿Qué tendría ahí que tanto deseaba conservar? —se pregunta Sabela en voz alta.

—Quizá los nombres de sus siguientes víctimas o la explicación a toda esta barbarie —responde Ángela sin darse cuenta de que se trataba de una pregunta retórica—. Quién sabe.

—¿Hay algo que nos pueda servir para encontrarle?

—De momento, nada.

La inspectora abandona el despacho y echa un vistazo al baño, que como el resto de habitaciones está completamente vacío. No hay un solo producto de higiene, tan solo un rollo de papel de váter abandonado sobre el inodoro. Sabela se pregunta por qué alguien se preocuparía de llevarse el bote de champú al huir. Como muchas otras dudas que le genera el comportamiento de ese hombre, esa también se queda sin respuesta. Al menos hasta que lo encuentren y pueda desarmarlo con sus preguntas en un interrogatorio. Sabela es implacable con los sospechosos. No recuerda la cantidad de veces que ha conseguido obtener una confesión después de que sus compañeros no lograran nada. Los hombres suelen bajar la guardia cuando es una mujer quién les interroga, y más si tiene el aspecto atractivo de Sabela. No le gusta pensar que debe su éxito laboral a su belleza, porque ella es mucho más que eso, pero en su fuero interno admite que a veces ha sido una ventaja.

Solo queda una habitación por registrar. Tiene la puerta cerrada y la manilla no cede. Después de varios intentos, toma impulso y estrella su cuerpo contra la superficie de madera. Lo repite tres veces hasta que la puerta se resquebraja y le permite el acceso a la habitación. Se queda de piedra con lo que ve. No hay absolutamente nada más que las marcas de los muebles que Antonio se ha llevado con él. Profundiza en la habitación y observa las paredes. Están llenas de agujeros como los que dejaría una chincheta y el color pálido de la pintura está oscurecido en algunos lugares. ¿Sería ese el centro de operaciones del asesino? ¿Las marcas que se aprecian en la pared corresponden a fotografías de sus siguientes víctimas? ¿Por qué usar esa habitación y no su despacho? ¿Y por qué llevárselo todo cuando en el resto de habitaciones hay muebles? La cabeza de

Sabela genera muchas preguntas por segundo, pero es incapaz de darles respuesta. Nadie más que Antonio puede hacerlo y, si ha contado bien las marcas de la pared, deben darse prisa. Todavía no ha terminado.

17

SABELA NOVOA

Las horas vuelan desde que regresan a la comisaría. El ambiente está cargado de frustración, la que siente todo el equipo después de una mañana ajetreada que por el momento no ha arrojado resultados. Sabela apura de un trago el cuarto café del día e ignora las quejas de su estómago, que le pide clemencia y algo de sustento más allá de la cafeína. La inspectora niega con la cabeza, como si con ese gesto pudiera hacer cambiar de parecer a sus tripas. No puede perder tiempo en comer y tampoco tiene apetito como para bajar a la cafetería a por un bocadillo que restablezca sus fuerzas. A partir de las seis, cuando han vuelto a la comisaría después del registro, sus compañeros han ido bajando escalonadamente a por víveres, que después han engullido con la vista clavada en el ordenador. Los cuatro repasan por enésima vez el caso y bucean en las bases de datos en busca de algo relevante en la vida de Antonio, su principal sospechoso.

Hacia las ocho, el teléfono móvil de Sabela les hace saltar en sus asientos. La inspectora alarga la mano hacia el aparato temiendo que haya sucedido otra desgracia, pero suspira aliviada al ver quién llama. Se trata de su madre, la persona a la que más necesita en estos momentos. Sabela siempre ha tenido una relación muy especial con su madre, a la que considera un faro que la conduce a buen puerto cuando se siente perdida. Por eso leer su nombre en la pantalla desata una tormenta en sus ojos, que se llenan de lágrimas

sin que pueda hacer nada por evitarlo. Ya no tiene cinco años, pero se siente como si siguiera en el parvulario. Necesita un abrazo de mamá, el elixir que todo lo cura y que expulsa los nubarrones para que regrese la luz. Les hace un gesto a sus compañeros, que vuelven a fijar la mirada en sus respectivos ordenadores, y sale del despacho.

—Mamá… —saluda Sabela.

—Pero hija, ¿qué te pasa? —su madre solo ha necesitado una palabra para darse cuenta del desánimo que embarga a su hija— ¿Está todo bien?

—Sí, no te preocupes —trata de tranquilizarla Sabela—. Está siendo un caso duro.

—Nada que no puedas resolver. Vales oro, cariño, no lo olvides.

—Gracias, mamá. No sabes cuánto necesitaba esta llamada.

—¿Quieres que vuelva?

Sabela es consciente de que su madre lo dejaría todo y cogería un vuelo desde California con solo oír un «sí», pero en ningún caso va a permitirlo. Ha sido un momento de debilidad, eso que ahora los adolescentes se sacuden de encima con la frase «una lloradita y a seguir». Se las arreglará sola, aunque tiene claro que un abrazo de su madre la haría sentir mucho mejor.

—Ni se te ocurra, mamá. Tú disfruta de tu viaje. ¿Lo estáis pasando bien?

—Muchísimo. No sabes el buen tiempo que hace aquí… Quién lo tuviera en Lugo. ¿Y las olas? ¡Madre mía, qué olas, Sabela! No hay quien aguante sobre la tabla de surf.

La conversación le arranca la primera sonrisa del día a Sabela. Imagina a su madre surfeando como una profesional, aunque en realidad hace menos de seis meses que le dio por empezar con ese deporte. Después de un viaje con su pareja a Mundaka, la mujer se

obsesionó con aprender a dominar las olas. Al parecer, el mar le transmite la misma calma con la que ahora ha conseguido serenar a Sabela incluso en medio del huracán en el que se encuentra.

—Tengo que dejarte, mamá. Pasadlo bien y nos vemos a la vuelta.

—Vale, cariño. Y recuerda, solo tienes que creer en ti. Estás destinada a comerte el mundo.

Sabela se seca las lágrimas que han rodado por sus mejillas y respira profundamente, como cuando era pequeña y su madre espantaba sus pesadillas con técnicas de relajación. Se siente mejor, aunque su cabeza continúa acelerada, atascada en la resolución del galimatías con el que se ha estrenado en su puesto. Antes de entrar al despacho y que la sensación de calma que la embarga se disipe, decide hacer otra llamada. Esta vez a Azahara, que se hace de rogar, pero temina descolgando.

—¿Cómo le va a mi gallega favorita? —la voz cantarina de su amiga le arranca una nueva sonrisa.

—Pues bien jodida, como dirías tú. Tengo una montada… No sé si seré capaz de resolverlo.

—Bah, no digas tonterías. No hay caso que se te resista.

—Me temo que este sí. Tenemos un sospechoso huido, pero no consigo sacarme de encima la sensación de que hay algo más —Sabela se pasa la mano por la frente, frustada—. Será cosa mía, no lo sé. Estoy hecha un lío.

—Sabela, en todos los años que hemos trabajado juntas tu instinto no ha fallado una sola vez. Tienes que seguir tu intuición. Céntrate en lo que no te encaja y empieza desde ahí.

—Quizá tienes razón. Gracias, no sabes lo que te echo de menos.

—Pues no me eches tanto en falta, que en dos semanas me tienes ahí. He pedido vacaciones y nada me apetece más que pasarlas en el norte. Te presentaré a Xulia, te caerá genial.

Azahara empieza a hablar y no para ni siquiera para respirar. Sabela, que la conoce bien, la deja hacer hasta que un vistazo al reloj le indica que ha perdido demasiado tiempo. Su equipo sigue encerrado en el despacho trabajando y conociéndolos no levantarán el culo del asiento hasta que den con algo sólido, más vale que les eche una mano. Se despide de su amiga pelirroja, que se queja porque quería continuar con su soliloquio sobre la cantidad de *pulpo a feira* que degustará nada más poner un pie en Galicia. Le promete llevarla de tapas y vinos a los mejores locales de la ciudad y le agradece su ayuda con el caso. Azahara la ha convencido de que debe seguir su instinto y lo que le dice es que el caso va mucho más allá de Antonio. Debe hacer el marco más grande si quiere ver la imagen completa. Dispuesta a ello, respira hondo y abre la puerta del despacho.

—Empezábamos a pensar que te habías marchado —dice Ramírez desde su asiento.

Sabela niega con la cabeza y se dirige a su mesa. Ángela le lanza una bolsa de anacardos que impacta sobre el teclado de su ordenador.

—Perdón —se sonroja su compañera—. Es que tienes que comer algo, estás palidísima. Te va a dar algo.

—Gracias, qué haría yo sin vosotros —responde lanzándole un beso a la distancia.

Mario parece no haberse percatado del regreso de Sabela ni de la conversación que ha mantenido con sus compañeros. Tiene la vista clavada en la pantalla y sacude la cabeza y los hombros rítmicamente. Por un momento, la inspectora ve reflejado en él a su primo Xian, que fue diagnosticado de autismo con cinco años después de que sus padres lo llevaran al neurólogo por su mutismo y por su balanceo adelante y atrás cuando se ponía nervioso. Sin embargo, enseguida se da cuenta de que las orejas de Mario están adornadas con unos auriculares inalámbricos de última generación,

de esos que aíslan el ruido por completo. Chasquea los dedos para llamar su atención, pero lo deja por imposible.

—Siempre he pensado que esos cacharros son un peligro. Si vas por la calle con ellos no te das cuenta de que viene un coche hasta que te aplasta el cráneo contra el asfalto.

—Joder, Ramírez, ya será menos.

—Entre eso y los coches eléctricos… ya veréis, ya. Por eso en Japón los llaman mataviejas.

—Pareces un abuelo refunfuñón —se burla Ángela.

Entre tanto, Sabela se ha acercado a Mario con la intención de llamar su atención y preguntarle si ha dado con algo interesante. El problema es que su subordinado no se da cuenta de su presencia hasta que, cansada de esperar, le pone una mano en el hombro. El agente pega un salto mayor que el de Armand Duplantis en los Juegos Olímpicos de París con el que batió el récord del mundo. Las carcajadas llenan la sala y calientan el corazón de Sabela. Se convence de que podrá con el caso si esa gente la acompaña. Incluso en los momentos de más tensión se las arreglan para hacerla reír, algo que valora enormemente.

—¿Qué estabas escuchando? —le pregunta todavía sin respiración por la risa.

—*Se nos lleva el aire*, de Robe. Es que han sacado la versión espacial en Apple Music y es buenísima.

—Vaya vaya, yo que te hacía de reggaeton —mete baza Ángela.

—Por Dios, en qué mala consideración me tienes.

—Oye, ¡un respeto! Que estás ante la mayor fan de Shakira —espeta Sabela.

—Eso sí que no me lo imaginaba —interviene entonces Ramírez, genuinamente sorprendido.

—Si conocieras a mi amiga Azahara no te extrañaría nada. Años de trayectos en coche con la música a tope convierten a cualquiera —se encoge de hombros—. Pongámonos serios. ¿Habéis encontrado algo nuevo sobre el supuesto asesino?

—Pues he estado rebuscando en el padrón y…

El teléfono interrumpe a Mario, que pone cara de fastidio. Esta vez es él quien toma el auricular. Pocos segundos después, pulsa el botón del altavoz y la voz del compañero de seguridad resuena por el despacho.

—Tengo aquí a una chica que insiste en que su madre ha desaparecido.

16

La figura encorvada ha ganado centímetros en los últimos días. «Debe ser cosa de la euforia», se dice cuando se mira en el espejo y comprueba el brillo de sus ojos, antaño muertos como los de un pescado. Incluso duda un poco sobre el final que ha diseñado para su plan. Con lo bien que se siente, podría continuar exterminándolos. Quizá ese es su elixir de la juventud particular. Enseguida se reprende por esos pensamientos, ¿qué iba a pensar él? Alarga la mano hacia la mochila y acaricia el bolsillo delantero, donde guarda el cuaderno. Sonríe enseñando todos los dientes, como un lobo ante un rebaño de ovejas indefensas.

La sombra se siente imparable, viva, incluso feliz buena parte del tiempo. Claro que sus horas también están salpicadas de nostalgia, pero trata de alejarla para llevar a cabo su plan sin demora. Está ya muy cerca para rendirse, debe seguir remando hasta llegar a la orilla. ¡Y qué diferente se siente desde que ha empezado la fumigación! La sombra no deja de sorprenderse ante su cambio de actitud, los nuevos ojos con los que mira la vida. Hace dos años se convirtió en una película en blanco y negro en la que su papel era el de un simple figurante, pero ahora su cuerpo se ha desecho de la aflicción. Solo fue necesario poner fin a la vida de su primera víctima.

Segar una vida tiene algo revitalizante. Un simple mortal que se convierte en Dios al sentenciar a otro hombre. La sensación de una droga corriendo por las venas, las ganas de más después de cada chute de muerte. Se ha divertido haciendo justicia, algo que no

contemplaba cuando diseñó su plan. Creía que resultaría duro, que se arrepentiría, pero nada más lejos de la realidad. Ha sido pan comido y se ha deleitado viendo el sufrimiento de los demás después de tanto tiempo sintiendo solo el propio. Le gustaría volver al principio y empezar de nuevo. El seguimiento de la primera víctima, la adrenalina de la cacería y la euforia del después. Le hubiera encantado haberlo grabado para revivirlo ahora que se siente invencible.

Pero la sombra no es estúpida. Sabe que sentirse invencible es el primer paso para fallar y es crucial que la policía no frustre sus planes antes de tiempo. Le tocará enfrentarse a ellos, es consciente, pero será cuando todo haya terminado por fin. Por eso debe tener cuidado y no dejarse atrapar antes de dar caza a sus dos últimas víctimas. Mira por la ventana pensando en lo sencillo que podría ser cometer un error fatal. Si no, que se lo digan a Joel Rifkin, un asesino en serie que fue detenido en Nueva York después de que una patrulla lo detuviera por exceso de velocidad. La sombra sonríe ante la estupidez del jardinero descuartizador que terminó con la vida de diecisiete mujeres y aterrorizó a la ciudad que nunca duerme. Si hubiera conducido más despacio no lo hubieran atrapado con el cadáver de Tiffany Bresciani en el maletero. No, la sombra decide que eso no le sucederá a ella. Lo tiene todo pensado, cada movimiento estudiado. Queda poco.

Se sienta en una silla carcomida por las termitas. Se queja bajo su peso, pero no le queda otra que aguantar. Lo mismo que a la figura que, exhausta, repasa de nuevo su plan. Se siente feliz, eso es cierto, pero en los momentos en los que la euforia remite ligeramente el cansancio la embarga. Matar a tantas personas tiene sus consecuencias en el físico. Los años, además, no pasan en balde. En estos momentos, sin embargo, todo eso le da igual, porque sabe que solo quedan dos piezas de dominó por caer para poder sentarse a descansar. Casi puede acariciar con las yemas de los dedos la culminación de su plan. Con una sonrisa bobalicona en la cara que le recuerda los tiempos en que fue feliz, la sombra se

frota los muslos y piensa en la siguiente víctima. Ha estudiado su fotografía y la tiene grabada en la retina, pero su imaginación deforma su rostro hasta que es solo una masa sangrienta. Ojalá poder saborear el líquido rojizo de la victoria. Para eso hay que darse prisa. Solo quedan dos y el mundo no podrá ignorar por más tiempo la melodía de su sufrimiento. Ya no.

15

SABELA NOVOA

Si no hubiera estado tan presionada, si no sintiera el peso del mundo sobre los hombros, Sabela no hubiera bajado corriendo a recibir a la chica. La hubiera despachado nada más saber que la supuesta desaparecida tan solo llevaba cuatro horas sin dar señales de vida. Cualquier cosa podía explicar una ausencia tan poco prolongada en el tiempo, pero tratándose del caso que tenía entre manos se asustó. Quizá esa era la siguiente víctima y por una vez habían tenido suerte. El aviso de la chica, de ser cierto, podía salvar la vida de su madre. Eso si daban con su paradero enseguida. Por eso no perdió el tiempo y bajó a la carrera. De hecho, a punto estuvieron las prisas de hacerla caer rodando como un saco de patatas. Su pie izquierdo no encontró el escalón en el lugar en el que debía estar y, de no ser por su rapidez al agarrarse al pasamanos, el incidente podría haber terminado en algo grave. Después del traspié, Sabela bajó el ritmo de su carrera. Hizo caso omiso a Ramírez, que a su espalda preguntaba una y otra vez si se había hecho daño. Ávida de avances, la inspectora llegó por fin al último escalón, que saltó hábilmente. Después se paró un momento para recuperar el aliento y se apartó el pelo de la frente. Una vez consideró que había logrado reunir la suficiente dignidad como para presentarte ante la muchacha, que no aparentaba más de veinte años, se dirigió a ella con paso firme.

—Tienen que ayudarme —la chica ni siquiera esperó a que Sabela se presentara—. Mi madre ha desaparecido.

—Buenas noches, soy la inspectora Novoa y él es el subinspector Ramírez. ¿Por qué crees que le ha pasado algo a tu madre?

—No lo creo, lo sé. Desde que empezaron los asesinatos hemos tenido mucho cuidado, pero al no volver a casa del trabajo esta tarde… Tienen que encontrarla.

—Acompáñanos.

Abandonan la entrada de la comisaría para ganar intimidad en una de las salas, como tantas otras veces han hecho en ese caso. La chica, de cara pálida y ojeras inmensas, no debe pesar más de cuarenta y cinco kilos. Se abraza a sí misma como si quisiera protegerse de los dos policías que la miran esperando que les dé más información. No parece darse por aludida, por lo menos durante unos largos segundos en los que el silencio y la tensión se dan la mano para llenar la habitación.

—¿Cómo se llama tu madre? —Ramírez decide ponerles fin.

—Luisa. Luisa Jiménez —añade con voz temblorosa—. Tenía que llegar a las cuatro. Siempre es muy puntual y, si le hubiera surgido algo, me habría llamado. Estoy segura, algo le ha sucedido.

—En caso de que tuvieras razón, ¿quién podría querer hacerle daño? —Ramírez hace la pregunta deseando que de los labios de la chica brote el nombre de su principal sospechoso.

—No lo sé, nadie —se tira compulsivamente de un mechón de pelo con las puntas abiertas—. No se me ocurre nada.

—¿Cuándo has hablado por última vez con ella?

—Sobre las tres, me ha dicho que debería quedarme en casa, que ella llegaría pronto. Lleva días asustada por los asesinatos.

—¿Te dice algo el nombre Antonio Casado?

La cara de terror de la chica confirma que una imagen, en este caso de su rostro, vale más que mil palabras. Eva, así les ha dicho que se llama, se abraza aún más fuerte. Después se retuerce las manos, nerviosa, hasta que se ponen rojas. Sus mejillas también han abandonado el color cetrino en un intento de combinar con las palmas de sus manos, cubiertas de repente por una pátina de sudor. Se las seca contra los palillos que tiene por piernas. Empieza a parecer un flamenco desnutrido. Sabela siente pena por ella y posa una mano sobre su hombro. El gesto también es un modo de hacerla hablar, pues desde que han nombrado a su sospechoso la chica se ha quedado muda.

—No… —carraspea para aclararse la voz— no estoy segura, pero… Podría ser el padre de uno de mis compañeros del instituto.

La chica clava la mirada en el suelo, lo que provoca un nuevo intercambio de miradas entre Sabela y Ramírez. Desconocían que Antonio tuviera un hijo, aunque quizá era justo eso lo que quería decirles Mario antes de que el teléfono lo interrumpiera. Eva no levanta la cabeza y aprieta los labios con fuerza, como si por ellos se le fuera a escapar algo que lleva tiempo reprimiendo. Los dos policías tienen años de experiencia que les han dado herramientas para comprender el lenguaje no verbal y el cuerpo rígido de Eva les dice claramente que esconde algo.

—Eva, es importante que nos lo cuentes todo. Cualquier cosa podría servir para encontrar a tu madre.

—Salí con él unos meses, no acabó bien.

Sabela se endereza en la silla. No aparecía ningún hijo viviendo en el piso de Antonio cuando lo consultó en el padrón, pero eso es algo tan habitual que no llama poderosamente la atención de la inspectora. Lo que no entiende es por qué Eva insiste en guardar silencio. ¿Qué sucedió con ese chico? ¿Tiene ella algo que ver en el caso? A pesar de sus intentos, Sabela y Ramírez no consiguen que la chica les dé más información. Está conmocionada y no hace más

que repetir que tienen que encontrar a su madre porque Antonio no dudará en matarla. La inspectora se levanta y se aleja unos pasos. A través de un mensaje en el grupo, pide a Mario y Ángela la lista de los inmuebles que Antonio tiene a su nombre y que han recopilado horas atrás. Les solicita que añadan también los de su exmujer y los de la potencial víctima, Luisa Jiménez. Después vuelve junto a Ramírez, que continúa insistiéndole a Eva sobre la importancia de explicarles todo lo que recuerde de la familia Casado. Sus esfuerzos son en vano, pues la chica parece haber entrado en trance y se mece adelante y atrás como hace minutos lo hacía Mario. Solo que ella no está escuchando nada más que su propia letanía, basada en el verso «tienen que encontrarla».

—¿Dónde trabaja tu madre, Luisa? —Sabela se cansa de esperar por Eva y por sus propios compañeros, que aún no han reunido la información.

—En un bufete de abogados, en el centro.

La inspectora anota el nombre y decide que irán a comprobar si Luisa ha permanecido en su lugar de trabajo haciendo horas extra, no vaya a ser que finalmente se quede todo en un susto y el grupo esté desperdiciando minutos de oro mientras Antonio tacha el siguiente nombre de la lista. Los tres suben al despacho, donde Eva permanecerá junto a un agente mientras ellos se van al bufete a hacer el registro. Sabela mira el reloj; son más de las diez de la noche, pero la abogacía a veces requiere de sacrificios nocturnos. Al menos eso es lo que ha visto en Scandal y Suits. Nada más entrar en la sala Mario le da las últimas novedades, que frenan en seco sus planes.

—No constan propiedades a nombre de Antonio Casado más allá del piso y el local donde tiene el taller. Su mujer no tiene ninguna y, según el padrón, vive en casa de una hermana en A Coruña desde hace un año.

—¿Y qué hay de Luisa?

—Me temo que tampoco tiene nada a su nombre.

—No es cierto —interviene Eva, esta vez con voz firme. Ante la mirada atónita de los policías, lo aclara—. Tiene parte de una casa en una aldea llamada Pando.

—Supongo que no consta porque la casa está dividida en varias partes. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, era de mis bisabuelos, que se lo dejaron a sus ocho hijos, que a su vez se lo han dejado a veinte herederos más que nunca se han preocupado por arreglar los papeles. Mi madre es una de ellos.

—¿Hay alguien en la casa ahora mismo?

—No.

—¿Tienes llaves? —interviene Ángela.

—Yo no, solo hay dos copias. Una la lleva siempre encima y la otra la tiene en el despacho junto al duplicado de las de nuestro piso, por si pierde las originales y no podemos entrar.

—Dame la dirección de la casa —le pide Sabela presa de una corazonada—. Tenemos que ir cuanto antes.

Eva obedece y rechista cuando el grupo se marcha. Quiere acompañarles, algo impensable para Sabela.

—Quédate aquí y trata de hacer memoria sobre la familia Casado —le ordena autoritaria la inspectora antes de abandonar el despacho.

Corren hacia los camuflados convencidos de que esta vez sí que van a llegar a tiempo. Sabela no tiene evidencia alguna de que Luisa vaya a estar en la casa del pueblo, pero tampoco muchas dudas. Sin poder recurrir a su piso ni a su taller, no le quedan muchos lugares en los que refugiarse para llevar a cabo un nuevo asesinato. Si sigue su modus operandi habitual, necesitará cierta preparación, calma antes de hacer que su víctima exhale su último aliento. Descarta

también que lo esté llevando a cabo en el coche de un cliente, pues han cotejado su desastrosa agenda con las llaves halladas en el taller y las han encontrado todas. No debió tener tiempo para pasar por el taller a buscarlas cuando huyó con prisas de casa y ahora reposan en una enorme bolsa de pruebas bien custodiada. Por todo ello, Sabela siente que ahora sí que van a dar con él. De no ser por el rápido aviso de Eva, esa mujer no tendría ninguna esperanza de sobrevivir. Ahora puede ser salvada, pero para ello la inspectora debe llevar al límite el motor de la tartana que conduce. Pisa a fondo el acelerador y el coche se queja, pero Sabela lo ignora y sigue presionando el pedal. También Ángela, en el camuflado que la sigue, mantiene el ritmo. Todos quieren cerrar el caso sin más muertes y la esperanza de poder hacerlo esa misma noche les ha infundido determinación.

Cuarenta minutos después encaran la última subida hasta Pando, la aldea donde esperan encontrar a Antonio. Eva no les ha indicado bien de qué casa se trata y eso les hace perder unos minutos de oro. Sabela apaga por un momento las luces, pero la luna no tiene la fuerza suficiente para iluminar la carretera y se ve obligada a encenderlas. Reza para que Antonio no las vea y decida acabar rápido con Luisa. El motor ronronea mientras conduce a apenas veinte kilómetros por hora buscando la casa. Resuelve continuar a pie para llamar menos la atención. Contempla las dos casas que flanquean la tira de asfalto repleta de baches por la que transitan. La primera de ellas parece abandonada. Los porticones de una de las ventanas están vencidos y las bisagras parecen a punto de abandonar la ardua tarea de sujetarlos contra el marco. En otra, que parece dar a la cocina, el cristal está hecho añicos. El aire se cuela y mece la puerta como si una presencia quisiera entrar. Sabela siente erizarse el vello de todo su cuerpo. Se aparta de la ventana y se dirige hacia la segunda de las casas, justo al otro lado de la carretera. Confirma que se trata de la propiedad de Luisa y sus familiares y se dispone a rodearla para decidir cómo entrar. Cuando ya avanza por la gravilla Ángela le hace un gesto con la cabeza en dirección opuesta y es entonces cuando lo ve. Un poco más arriba

en la carretera les espera un caserío semiderruido del que, sin embargo, escapan unas súplicas con voz de mujer. Sabela se acerca y alumbra con una linterna las piedras caídas de lo que debió ser un corral que daba acceso a la casa. Con sumo cuidado para no llamar la atención, va subiendo el foco por la pared hasta topar con marcas negruzcas. Parece que la casa ha sufrido un incendio y ya no tiene techo ni apenas paredes.

—Son ellos, Antonio ha aparcado en medio de la *lameira* —la voz grave de Mario a su espalda le hace pegar un brinco—. Es el coche de Luisa, recuerdo la matrícula.

—¿Qué hacemos, esperamos la autorización para entrar? —pregunta Ángela tiritando de frío.

—Entramos, ya me las ingeniaré para justificarlo ante la jueza.

Sin esperar más, lanzan una última mirada a las ruinas de la entrada, que los miran derrotadas y les flanquean el paso cuando deciden avanzar hacia lo que queda del recibidor. Al fondo del pasillo devorado por el fuego, en la única estancia que ha sobrevivido al incendio, les parece atisbar un resquicio de luz. Sabela mira a sus compañeros y echa a andar en línea recta. Solo les acompaña el llanto agudo de una mujer. Su voz les guía hasta la entrada de la antigua cocina del caserío, que con dignidad se mantiene todavía en pie. La inspectora asoma la cabeza por el agujero donde debía estar la puerta y se obliga a mantener los ojos abiertos cuando topa con los de Luisa, que la mira desde el suelo junto a la cocina económica. Un pesado yugo al que le han añadido varias capas de tela para hacer el agujero más pequeño le rodea el cuello. De él brota una cuerda que inmoviliza todavía más a Luisa, encadenada a una barandilla dorada con zonas negras que sobresale de la cocina. Antonio está de espaldas, deleitándose con la imagen de la mujer sometida que continúa suplicándole por su vida.

14

SABELA NOVOA

Sabela se apresura a hacerle un gesto a Luisa. Su mejor baza es que Antonio no les descubra. La inspectora adelanta el rostro unos centímetros para obtener un mejor ángulo de visión del asesino al que han estado buscando con desesperación. Se trata de un hombre de complexión grande, con una barriga cervecera que asoma bajo la camiseta y mucho vello en los brazos. También tiene pelo en la nariz, pero no de la forma habitual. No necesita usar tijeras en los orificios nasales, sino cera sobre el tabique y la punta de la nariz. Sabela nunca ha visto un apéndice así y no puede evitar que su rostro se tuerca con una mueca de disgusto. Antonio viste una camiseta negra con lamparones y unos tejanos desgastados. Complementan el atuendo unas zapatillas Converse mugrientas y con la suela casi despegada. La inspectora solo necesita un vistazo para memorizar todos esos detalles, que con luces de neón le gritan que algo no encaja.

El hombre, que todavía no se ha percatado de su presencia, se pone en cuclillas y revuelve una bolsa visiblemente nervioso. Parece no tener muy claro cómo continuar, lo que alivia a Sabela, que sí que tiene un plan. Justo al otro lado de la cocina, en la esquina de lo que antaño debió ser una pared firme y recia, hay un agujero de considerable tamaño por el que se cuela el viento. Sabela supone que el orificio se ha creado como consecuencia del fuego, cuando las piedras trataron de huir de él rodando para mantener su limpia

apariencia. La mejor baza que tienen es usar ese desprendimiento, por el que cabe una persona de complexión media, para sorprender al asesino. Antes de dar ninguna orden, Sabela se fija en los bolsillos de Antonio, que parecen completamente vacíos. Después desvía la mirada hacia su cinturón. Tampoco allí parece llevar un arma, en ninguno de los crímenes ha usado pistola, pero no podía descartarlo sin más. Entonces mueve la cabeza afirmativamente. Ramírez comprende las intenciones de Sabela con solo seguir su mirada y asiente antes de moverse en dirección a la salida de la casa. Tendrá que rodearla e introducirse por ese hueco en completo silencio. De lo contrario, la cosa no acabará bien para Luisa.

Mientras Ramírez se aleja a paso lento, Ángela, Mario y Sabela continúan con el arma preparada para intervenir en caso de que todo se precipite. Antonio, que puede ser el asesino con peor audición con el que se han topado en toda su vida, sigue dando tumbos por la cocina. Apenas se detiene a mirar a Luisa y cada vez parece más nervioso. Se lleva la mano derecha al bolsillo y Sabela tiene que hacer un esfuerzo para mantenerse quieta. El hombre saca un paquete de tabaco y enciende un cigarrillo. Lo fuma aspirando compulsivamente el humo que le acortará la vida mientras se dirige a la cocina económica y coge uno de los atizadores que cuelgan de la barandilla. Entonces se acerca a Luisa y lo aproxima a su cara y aunque a Sabela se le ha pasado por la cabeza intervenir ya para evitar riesgos, sabe que ahora resulta imposible hacerlo sin que el asesino la agreda con la barra de hierro. Antonio resopla como uno de los bueyes que debería ocupar el lugar de Luisa bajo el yugo e inexplicablemente suelta su improvisada arma, parece que se lo ha pensado mejor.

—Quería divertirme un rato, pero será mejor que lo haga ya —se dirige con desgana a la mujer, que estalla en llanto— ¡Cállate, joder! Tengo que concentrarme.

Su voz retumba por las pocas paredes que se han mantenido en pie en la antigua casa.

—No es así como tenías que morir —murmura arrastrando la mochila hasta Luisa—, pero al menos tu hija sufrirá y será maravilloso verlo.

Antonio saca un enorme cuchillo de carnicero de la bolsa y levanta la cabeza para susurrarle algo que Sabela no alcanza a oír. La mujer solloza aún más fuerte y un torrente de agua salada desborda sus ojos para empapar sus mejillas e ir a morir a sus labios. Entonces Antonio hace algo que ninguno había imaginado: acerca la lengua a su cara y lame sus lágrimas, justo debajo de sus párpados entrecerrados. Sabela está a punto de desequilibrarse de la impresión que le ha provocado esa imagen.

—Tienes unos ojos muy bonitos —susurra todavía a escasos centímetros de su cara—. Se los mandaré de recuerdo a tu hija, para que sepa lo que te ha hecho sufrir con sus actos.

El rostro de Ramírez aparece por fin en el hueco de la pared. Introduce una pierna por las fauces de la casa y se estabiliza entre las piedras para poder usar el arma con precisión en cuanto Sabela se lo indique. No va a tener que esperar demasiado. Antonio alza el cuchillo y justo cuando la inspectora está a punto de disparar frena el movimiento del brazo en el aire y clava la mirada en el hueco de la pared desde el que le observa Ramírez. Su rostro palidece, pero sigue agarrando el cuchillo con fuerza.

—Ponga las manos donde pueda verlas —la voz del subinspector es dura como el acero.

En vez de obedecer, Antonio posa el cuchillo sobre la yugular de Luisa, que tiembla como una hoja.

—No os acerquéis —levanta la cabeza y mira en todas direcciones, aunque está claro que solo hay un lugar desde donde podrían estar vigilándolo—. Sé que hay más policías aquí, nunca vais solos.

—Está rodeado —Ramírez ha introducido ya todo el cuerpo en la cocina y está a punto de pegar un salto para llegar junto a él—.

Entréguese.

—No des un paso más o le corto el cuello.

—Eso no va a ser necesario —Sabela sale de entre las sombras y se aproxima decidida—. Le voy a explicar sus opciones y le anticipo que no es una lista muy larga. La primera alternativa es que se entregue y salga de aquí con vida, aunque vaya a pudrirse en la cárcel, porque de eso no le libra ni Dios. La segunda implica varios agujeros en su cuerpo y un bonito ataúd. Usted elige. Antonio tarda en reaccionar, pero ninguno de los policías se atreve a acercarse a él. Aunque Sabela se ha mostrado muy segura, cualquier movimiento puede terminar en tragedia. No tienen un tiro limpio ni la convicción de que, aunque consiguieran disparar, pudieran detenerlo antes de que le rebane el cuello a Luisa.

—No tengo nada que perder. Mi vida es un infierno y lo único que me consuela es que ellos también sufran.

Sabela no tiene ni idea de cuántos nombres componen el *ellos* que Antonio acaba de pronunciar. Decide distraerlo con más conversación para que Ramírez se mueva lo suficiente como para poder disparar sin herir a Luisa.

—¿Cuántos te quedaban por matar?

La pregunta le pilla desprevenido y sopesa la conveniencia de contestar. Sacude la cabeza y clava más el cuchillo en la piel de Luisa, de la que escapa un hilo de sangre.

—Ya falta poco, la guinda del pastel. No van a poder hacer nada para evitarlo.

—Estoy segura de que tenemos técnicas para hacerle hablar —Sabela nunca recurriría a la violencia o la tortura con un detenido, pero eso es algo que él desconoce y la mera insinuación le hace palidecer todavía más.

—No conseguirán salvarlo.

Todo se precipita cuando estas palabras brotan de la boca de Antonio, que con un movimiento rápido clava el cuchillo en el globo ocular derecho de Luisa, que aulla de dolor y se retuerce bajo el yugo. Antonio hace palanca y el ojo rueda por el suelo antes de que el cuerpo del verdugo lo aplaste en su caída. Decidido a no dejarse atrapar con vida, el asesino se ha ensartado el cuchillo en el pecho. Una enorme mancha roja se extiende por el suelo junto a su cuerpo inerte. No les ha dado tiempo de evitar la mutilación de Luisa, ni siquiera de engrilletar a Antonio antes de que se suicidara. Sabela, conmocionada ante el espectáculo dantesco que se ha desarrollado frente a ella, lamenta el desenlace porque aún le quedan muchos cabos sueltos que unir. Parada en medio de la cocina, es incapaz de reaccionar cuando Mario pasa corriendo a su lado para socorrer a Luisa. Forcejea con el yugo hasta abrirlo y libera a la mujer, que se lleva las manos al hueco de su cara del que emana una sangre espesa que inunda la habitación de olor a hierro. Ángela ha llamado a la ambulancia para que se dé prisa en llegar y Ramírez comprueba el pulso de Antonio, aunque está más que claro que su corazón ya no bombea. Solo ha dejado el cascarón vacío y grasiento que es ahora su cuerpo y un montón de preguntas que atronan en la cabeza de la inspectora, convencida de que algo no termina de encajar. La parálisis se adueña de Sabela durante todo el tiempo que transcurre hasta que llegan los sanitarios. Pese al trajín de su alrededor, Sabela solo puede oír a su acertado instinto gritar «alguien más sufrirá».

13

SABELA NOVOA

Pasan horas hasta que se marchan de ese horrible lugar. Antes de que los sanitarios se la llevaran al hospital, han hablado brevemente con Luisa. Les ha contado que, pese a que inicialmente Antonio la llevó a su casa, acabó optando por el caserío para darle teatralidad a un crimen que esta vez no había planificado al dedillo. La responsable de la ambulancia les ha interrumpido justo en ese momento y Luisa se ha marchado sin revelarles nada más. Los servicios funerarios también se han llevado ya el cuerpo de Antonio, que no volverá a aterrorizar a nadie más. Deberían estar contentos a pesar del percance que ha sufrido Luisa. Al fin y al cabo, está viva y han conseguido evitar nuevas muertes, por no hablar de los elogios que están recibiendo en las redes sociales y a través de los medios de comunicación. De hecho, todos lo están a excepción de Sabela, que no dice nada para no aguarles la fiesta a los demás.

—Creo que ya hemos terminado aquí, jefa —le dice Ramírez saliendo de las ruinas en dirección al coche, desde donde Sabela contempla el cielo estrellado deseando obtener respuestas.

—Marchémonos entonces —responde distraída.

La voz alegre de Ángela les intercepta antes de que posen sus cansados traseros en los asientos del camuflado.

—Buen trabajo, chicos. Por fin podremos dormir a pierna suelta.

—No sabes la falta que me hace —Ramírez mueve los hombros adelante y atrás hasta que su espalda cruje.

Se despiden y el subinspector arranca en dirección a Lugo con una sonrisa pintada en la cara. Se le borra al comprobar el rostro de Sabela, impertérrito a su lado.

—Se va a poner bien.

—¿Qué? —Sabela sale de su ensoñación.

—Luisa, que se va a poner bien.

—Ya, no es ella quien me preocupa.

—Que le den al comisario, hemos actuado bien —responde Ramírez convencido de que su jefa está preocupada por una más que probable bronca de su superior—. Encontraremos la manera de justificar la entrada sin haber recibido la autorización judicial, si hubiéramos esperado Luisa estaría muerta y Eva recibiría mañana una caja de música con sus ojos dentro.

Sabela asiente y renuncia a hablarle de sus sospechas. Quizá el problema es ella, que nunca se conforma con cerrar un caso si no tiene claros todos los detalles. En esta ocasión, todavía no ha comprendido del todo el motivo de los asesinatos, aunque tiene una teoría, ni el porqué de la forma de matar que usaba Antonio. Tampoco sabe suficiente sobre la elección de las víctimas. Esas incógnitas sobrevuelan su cabeza y no la dejan disfrutar del hecho de que ya hay un monstruo menos en el mundo. Teme que Ramírez note su malestar e intente hablar con ella, así que cierra los ojos y deja que el coche la meza hasta que se duerme. Al llegar a Lugo se despierta, como si su cuerpo tuviera un GPS que le indica dónde está. Se pasa la mano por la barbilla, mojada por las babas de la inconsciencia, y se despereza.

—Buena siesta, jefa. Eso demuestra que conduzco mejor que tú.

—Ni en tus mejores sueños —Sabela le guiña un ojo y se baja del coche cuando Ramírez estaciona junto a la comisaría.

El subinspector se despide de ella con un emotivo abrazo. Solo se ha alejado unos metros de la comisaría cuando ve pasar el coche de Ángela y Mario, que se ríen a carcajada limpia. Sabela se alegra por ellos, han hecho un buen trabajo aunque está convencida de que todavía no han terminado. Continúa andando por la solitaria calle que conduce hasta su casa. En todo el trayecto no se cruza con nadie, algo totalmente comprensible dado el frío que hace a estas horas de la madrugada. Cada vez que respira, una nube blanca se forma frente a su cara. Mete las manos en los bolsillos a pesar de que nunca se ha sentido cómoda con ese gesto, le da la sensación de que le impediría reaccionar con la rapidez necesaria ante un ataque. Por fin llega a su portal. Introduce la llave y suspira aliviada, como tantas otras veces que llega tarde a casa. En el ascensor, consulta el móvil y ve un mensaje del camarero de la otra noche. Le responde con la promesa de llamarlo al día siguiente para quedar para tomar algo. No sabe si lo cumplirá, pero hay algo en ella que le dice que debe intentar mantener su interés. Quién sabe si de ahí podría salir algo bueno cuando se quite de la cabeza a Antonio. Mira el móvil y le salta un correo de Roberto en el que la define con una sarta de sinónimos de meretriz. Reenvía el mensaje a Ángela y le comunica que ha decidido denunciarlo por fin. La noticia le arrancará una sonrisa, si es que esa noche no está ya suficientemente feliz.

—Por fin en casa —saluda a su triste piso como si alguien le fuera a responder.

Pasea por la cocina hasta que decide prepararse un tentempié. La noche será larga, no tiene intención alguna de dormir. «Sigue tu instinto». Evoca las palabras de Azahara y engulle el sándwich mixto que acaba de preparar. Después coge su ordenador portátil y se sienta en el sofá con las piernas sobre la mesilla de cristal con surcos de café. No sabe por dónde empezar, así que relee la documentación sobre cada uno de los asesinatos intentando comprender la escenificación. Teatralidad, esa es la palabra que ha usado Luisa antes de que se la llevaran en la ambulancia. Antonio quería mandar un mensaje, tiene que centrarse en eso.

De repente, como le pasó a Arquímedes en la bañera, ve claro lo que tiene que buscar. Con la llegada de Eva no han tenido tiempo de comprobarlo, pero la chica ha hablado del hijo de Antonio nada más pronunciar Ramírez su nombre. Y no precisamente con buena cara, ha palidecido y se ha echado a temblar. «Eureka», murmura antes de repasar de nuevo los nombres de la lista de la consulta de nutrición de Raquel. Ahí está: Javier Casado Ruibal. El hijo de Antonio fue su paciente. En este momento, Sabela apostaría sin dudar a que también pasó por la clínica para tratar casos de TCA. Sin embargo, la inspectora pierde todo su dinero ficticio, pues Javier Casado no aparece en el listado. Decide que a primera hora llamará al centro para preguntar por él. Tendrá que ser persuasiva o recurrir de nuevo a la jueza, pero algo le dice que no va a ser necesario. Bastará la amenaza de salir en los medios por entorpecer la investigación sobre el terrible asesino del que todo el mundo habla. El instinto de Sabela le susurra que el chico también estuvo allí, aunque no entiende por qué no aparece en la lista. También le queda por averiguar qué relación tuvo con el hijo de Salvador, la tercera víctima. Citará a Raquel, Pablo y Eva en comisaría a primera hora de la mañana. Clotilde continúa en estado de shock, así que decide dejarla tranquila por el momento.

Más calmada, se levanta para tomarse un vaso de leche con galletas. Un sándwich insulso no es suficiente después de un día tan duro como el que ahora llega a su fin. Mientras se limpia los labios para deshacerse del bigote blanco que siempre se forma bajo su nariz, cae en la cuenta. Tienen que hablar con la exmujer de Antonio cuanto antes, ella tendrá todas las respuestas sobre el problema de su hijo. No entiende cómo no ha pensado antes en la necesidad de interrogarla para descartar su participación en la limpieza llevada a cabo por su marido. No tienen ningún indicio de que los asesinatos hayan sido cometidos por más de una persona, pero como siempre le decía su abuela, más vale prevenir que curar. La inspectora toma nota mental de que también deben hablar con Javier en cuanto consigan localizarlo. Sabela se angustia al ver que se le está

acumulando el trabajo y se verá obligada a revelar sus sospechas al comisario para que les deje continuar investigando. No será fácil, la prensa ya ha entregado sus medallas, el caso ha terminado a ojos de los mandamases de la comisaría. Solo que es probable que no sea así y Sabela está dispuesta a llegar hasta el final.

12

SABELA NOVOA

Sabela es la primera en llegar a comisaría. Solo ha dormido dos horas, pero no nota el cansancio. Al contrario, está más activa que nunca. Tiene que pasar todavía una hora y media hasta que el primero de sus compañeros abra la puerta del despacho. Se trata de Mario, que ha llegado temprano para poder avanzar con el papeleo que implica siempre el cierre de un caso. En los ciento veinte minutos que la inspectora ha estado sola ha tratado sin éxito de localizar a Teresa Ruibal, la mujer de Antonio. Su ausencia no indica nada bueno.

—No hacía falta que empezaras tú sola con el papeleo —le dice Mario, mucho más seguro en sus interacciones desde hace unos días.

—No te preocupes, he llegado hace poco —miente la inspectora, que todavía no quiere hacer partícipes de sus sospechas a sus compañeros.

Pronto lo único que se oye en el despacho son las teclas de los ordenadores. Sabela continúa buscando información de la mujer de Antonio. Decide que si no encuentra algún indicio de su paradero en la próxima hora, continuará con la investigación. Si le dejan, claro. Con una diferencia de quince minutos llegan Ángela y Ramírez, que presenta muy buen aspecto. Sus ojeras han desaparecido e incluso luce una sonrisa, algo que en los últimos días no sucedía. Por su

parte, Ángela se ha pintado los labios de un rojo intenso y ha decorado sus ojos con una fina línea negra que los hace más grandes. Es lo que tiene poder dedicar un rato por la mañana a arreglarse en vez de salir escopeteada a cazar a un asesino. Además de unos ojos de gata, Ángela ha traído croissants. Todos se toman unos minutos para degustarlos, aunque Sabela se tiene que obligar una y otra vez a concentrarse en la conversación en vez de pensar en Teresa. ¿Estará implicada en el caso y ellos ahí tan tranquilos comiendo pastas? En realidad, esa opción le encaja mucho más que la de que Antonio, un tipo torpe y sucio, haya trazado en solitario un plan casi perfecto. Mira el reloj: ha pasado una hora y media. Decide que antes de acudir al despacho del comisario se pondrá en contacto con el centro de TCA para confirmar la presencia ahí del hijo de Antonio y Teresa. Sale de la habitación para hacer la llamada y tiene que soportar unos cuantos minutos de música clásica hasta que una recepcionista descuelga el teléfono.

—Buenos días. Soy Sabela Novoa, de la Policía Nacional. Hace días nos pusimos en contacto con ustedes para solicitarles un listado de pacientes. Necesitamos algo más.

—No estoy autorizada a…

—Necesitamos una lista de las personas que pidieron sus servicios y fueron rechazadas y de las que se interesaron, pero finalmente no ingresaron.

—Como le he dicho, no estoy autorizada a…

—Póngame con alguien que lo esté.

Otra vez esa música horrenda que le recuerda a las cajas de música con souvenirs que mandaba Antonio a los familiares de sus víctimas. Dos minutos después, una voz de hombre se pone al teléfono. Qué curioso —en absoluto— que la recepcionista sea siempre una mujer y el responsable un hombre. Sabela resopla y repite sus órdenes a su nuevo interlocutor.

—Me temo que va a tener que pedir una autorización judicial.

—Tenemos que recibir esas listas cuanto antes. Sé que lo comprenderá, pero de lo contrario debe saber que la prensa estaría muy interesada en publicar que su clínica no está dispuesta a colaborar para poner fin a un caso tan mediático.

Sabela espera unos segundos cruzando los dedos. Finalmente, el hombre carraspea y toma de nuevo la palabra.

—De acuerdo. Intentaremos mandárselas hoy.

—Que sea a lo largo de la mañana, por favor.

La inspectora se despide satisfecha. Después sale en busca de un café y regresa al despacho. Decide que ha llegado el momento de poner sobre la mesa sus dudas. Acerca su silla a la de Ramírez y pide a Ángela y Mario que se unan al corrillo. Les expone sus sospechas y, aunque inicialmente las descartan, después caen sobre ellos como jarros de agua fría.

—No me cuadra que un hombre tan sucio y desordenado cometiera los crímenes de una forma tan pulcra. Cuando secuestró a Luisa no tenía un plan para matarla, mientras que anteriormente los escenarios estaban planeados al milímetro —expone la inspectora, que se ha puesto de pie para dar más énfasis a sus palabras—. También me genera dudas la relación de las víctimas con su hijo, aunque está claro que existe, porque estuvo en la consulta de Raquel —continúa hablando sin detenerse ni siquiera a coger aire—. Y dijo que alguien más iba a morir, que no íbamos a poder impedirlo. ¿Quién es esa persona? ¿Está realmente a salvo tras la muerte de Antonio? No sé vosotros, pero yo no me puedo quedar aquí sentada cuando hay tantos interrogantes.

Cuando termina su discurso, todos están convencidos de que algo se les ha escapado. Sabela reparte las nuevas tareas, aunque el comisario todavía tiene que aceptar que reabran el caso.

—Mario, encárgate de hablar con los compañeros de A Coruña. A ver si pueden ir al piso en el que vive Teresa y comprobar si ella y su

hijo están ahí. Ramírez, tú presiona al centro de TCA para que se den prisa con los listados. Por favor, Ángela, llama a Raquel, Pablo y Eva para que vengan inmediatamente. Ellos podrían ayudarnos a dar con la última víctima y ponerla a salvo hasta que descartemos a Teresa.

Ninguno lo pregunta en voz alta, pero todos la miran instándola a explicarles qué va a hacer ella a continuación.

—Yo voy a hablar con el comisario para que nos autorice a continuar investigando. Aquí no está todo dicho.

—Que tengas suerte, no me gustaría nada estar en tu pellejo —asegura Ramírez.

—Gracias por los ánimos —le dedica una mueca de fastidio antes de salir del despacho.

Lo cierto es que tampoco a ella le gusta estar en sus zapatos en ese momento. La conversación no será fácil ahora que la prensa publica cada cinco minutos artículos alabando la labor policial por dar caza al «mecánico psicópata», como han decidido bautizarlo ahora que han dado con su identidad. Ya no le sorprende que tengan tanta información, sospecha que el mismo comisario se la ha filtrado a cambio de unas cuantas medallitas. Si es así, le costará que dé su brazo a torcer y reabra el caso. Llega ante la robusta puerta del mandamás y la golpea con los nudillos. Nadie responde, así que repite la maniobra con más fuerza.

—Adelante —dice una voz demasiado aguda para el aspecto que tiene su dueño.

Sabela entra y cierra la puerta tras ella. El comisario está al teléfono y le hace un gesto para que espere. Una enorme sonrisa ilumina su rostro regordete y sudoroso. La inspectora contiene una mueca de repugnancia por el olor que se concentra en esa habitación, que debe hacer años que no se ventila. El comisario no se despide de su interlocutor con la llegada de Sabela, más bien al contrario, le da conversación. Se recrea al explicar cómo han

conseguido resolver el caso, aunque en realidad todavía falta mucho para eso. No entienden las razones de los crímenes, no han dado con la lista completa de las víctimas y no consiguen localizar a la mujer del asesino, que a ojos de Sabela también empieza a parecer culpable. Por fin, el comisario cuelga y la felicita por su labor.

—Enhorabuena, Sabela. Buen trabajo, ha llevado con maestría su primer caso.

—Gracias, señor. Aunque de hecho venía a hablarle justo de eso.

—Sí, yo también estoy muy satisfecho con el reconocimiento que estamos obteniendo. Ya era hora, llevaban días dándonos caña.

—Verá… Creo que deberíamos seguir investigando.

La sonrisa del comisario se congela y es substituida inmediatamente por una mueca de espanto. Su superior ha abierto tanto la boca, que le cabría un balón de fútbol, y su frente ha empezado a arrugarse como preludio de la rabia que pronto deformará todo su rostro.

—No.

—Hay demasiadas dudas al respecto y no conseguimos localizar a la mujer de Antonio Casado, que en mi opinión podría estar implicada.

—Su opinión no le importa a nadie. ¿Mató Antonio a todas esas personas?

—Eso creo, pero…

—Pues ya está. Deje de perseguir fantasmas. Hemos hecho un buen trabajo y todo el mundo habla de nosotros como héroes. Quédese con eso.

—Pero su mujer… Hay cosas que no encajan.

—Déjeme ser claro. Vuelva a su despacho y prepare el atestado. Después váyase a casa y disfrute de la victoria.

Sabela intenta replicar una vez más, pero claudica y abandona el despacho. Menudo cretino, cuando aparezca otro cadáver sí que le importará su opinión. Se pregunta si le habría hablado así si tuviera la barba y la seguridad de un hombre. Probablemente no. Frustrada, vuelve al despacho dispuesta a despotricar sobre el comisario con sus compañeros.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Ramírez nada más verla entrar.

—Fatal.

—Bueno, mujer. Se podía prever. Tendremos que encontrar algo lo suficientemente consistente como para convencerlo de seguir investigando.

—¿Has vuelto a llamar a la clínica?

—Sí, se han comprometido a hacernos llegar las listas antes de las dos.

Sabela mira el reloj, que marca las doce. Para cuando llegue la hora, se habrá quedado sin uñas. Asiente y se acerca a Mario.

—¿Ha habido suerte en A Coruña?

—Los compañeros se dirigían al domicilio ahora mismo. No tardaremos en tener noticias.

—Por mi parte, Raquel ha dicho que no puede venir hasta las tres porque se encuentra fuera de Lugo —Ángela pone al día a Sabela antes de que tenga que preguntárselo—, no consigo localizar a Pablo y Eva no quiere separarse de su madre.

—Comprensible, cuando paremos a comer iré a verla al hospital. Tú ve insistiendo con Pablo, a ver si das con él —le pide antes de girarse hacia sus compañeros—. Ramírez, Mario, hasta que no tengamos novedades podéis ir redactando el informe relativo a la muerte de Antonio.

Los siguientes minutos los pasan cada uno en su mundo. Sabela mordisquea la última uña que queda en pie, la del meñique, y lanza miradas al teléfono instándolo a sonar. Finalmente lo hace, cansado de ser el centro de atención. Es Mario quien lo coge.

—¿Estáis seguros? No, no será necesario. Sí, gracias.

El corro se forma de nuevo a la espera de que Mario cuelgue y les transmita las novedades.

—No había nadie en el piso, o al menos nadie ha respondido cuando han timbrado. Han hablado con los vecinos y todos aseguran que desde que se fue una familia colombiana que vivía de alquiler, el piso ha estado vacío. No les suena la fotografía de Teresa, dicen que nunca la han visto en el edificio.

—¿Dónde se habrá metido? —pregunta Ángela.

—Esto tiene muy mala pinta.

Todos asienten a la afirmación de Ramírez. A ojos del grupo, la mujer de Antonio es ahora tan sospechosa como lo fue su marido. Mientras comparten sus impresiones y valoran cómo proceder para encontrarla, entra una nueva llamada. Sabela corre hacia el teléfono.

—Ya tenemos los listados —le informa la recepcionista del centro de TCA—. ¿A qué dirección los mandamos?

La inspectora le repite la dirección del correo electrónico del grupo, le agradece su rapidez y cuelga casi sin despedirse. La adrenalina a veces puede con la educación. Dos minutos después, el aviso de un nuevo email reverbera en el despacho. Sabela lo abre inmediatamente para encontrar dos archivos adjuntos. El primero lleva como título «listado información no alta» y el segundo reza «listado personas rechazadas». Los abren en los cuatro ordenadores para repartirse el trabajo. Hay más de mil personas en cada lista y, como se trata de documentos escaneados, no pueden hacer una búsqueda rápida con una palabra en concreto. Por eso tienen que

pasar los siguientes cuarenta minutos leyendo nombres que no les dicen nada. Hasta que, por fin, uno lo hace.

—¡Lo tengo! —exclama Ramírez levantándose, para alivio de su espalda, de la silla en la que estaba repantingado.

Javier Casado Ruibal forma parte de la lista de personas que rechazó el centro especializado en TCA. Eso explica la elección de la segunda víctima, el hijo de Fernando, el director del centro. Sabela no necesita mirar la fotografía de la escena del crimen para darle sentido a la historia. El chaval apareció metido en el río con un montón de billetes a su alrededor. La inspectora apostaría su sueldo de un año a que Javier Casado Ruibal fue rechazado porque no tenía suficiente dinero para pagar el tratamiento.

—La clínica es muy exclusiva, seguramente no tenían suficiente dinero para pagarla —Ramírez pone voz a su hipótesis.

—Por tanto, Javier Casado Ruibal sufría un trastorno de la conducta alimentaria, intentó pedir ayuda en el centro y lo rechazaron —resume Ángela.

Mario, que hace más de una hora que no abre la boca, interviene por fin.

—He estado toda la mañana buscando información del chico, me temía que los tiros podían ir por ahí. Ahora que he añadido la palabra anorexia a la búsqueda, mirad con lo que acabo de dar. Javier murió hace dos años.

El agente gira la pantalla del ordenador y les muestra una noticia de *El Progreso*, uno de los periódicos más leídos en Lugo. A toda página, el diario titula «La anorexia y el *bullying* llevan al suicidio a un joven estudiante lucense». Las respuestas que buscaban están contenidas en esos párrafos, que se lanzan a leer con avidez. Sabela sabe que el texto los acercará un poco más a la verdad y, por tanto, a la identificación de la última víctima, que sospecha está a punto de ser ejecutada.

11

SABELA NOVOA

Recorre los metros que la separan del despacho a paso lento y respirando profundamente. Tiene que conseguir que el comisario entre en razón si no quiere visitar más escenas del crimen en las próximas horas. No puede aplazarlo más, sus pies ya se encuentran frente a la puerta, más dispuestos a entrar de lo que lo está ella. Agarra el picaporte y lo hace descender mientras empuja la puerta.

—No me venga otra vez con historias de la conspiración.

—Tenemos nuevas pistas —dice Sabela reuniendo el valor que ese caso le ha ido quitando poco a poco—. Si no nos deja seguir investigando, cargará usted con un nuevo cadáver.

Un silencio atronador llena la habitación. Sabela siente los latidos de su corazón en los oídos mientras espera la sentencia de su superior, que según puede ver desde su posición está invirtiendo su tiempo en leer los últimos artículos-masaje publicados en los medios nacionales.

—Detállemelas.

Sabela resume la situación en menos de treinta segundos. Siente que está perdiendo el tiempo en ese despacho cuando debería estar trabajando para encontrar a Teresa, sea cómplice de Antonio o no.

—Les doy 24 horas, si para entonces no tienen nada sólido que demuestre la implicación de la mujer, se acabó. Ah, y por supuesto, como esto se filtre a la prensa…

—No sucederá —promete Sabela consciente de que tiene al topo sentado justo delante.

La inspectora se marcha contenta, aunque tendrán que correr. Nada le gustaría más que poder cerrarle la boca al estúpido de su jefe y dejarlo en evidencia ante la prensa. Lo segundo seguramente se lo tendrá que ahorrar, pero luchará por cumplir su primer objetivo. El instinto de Sabela está por fin satisfecho.

—Nos ha dado un día para resolverlo —les anuncia a sus compañeros nada más entrar.

—Me sobran 12 horas —responde Ramírez con chulería.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía no —se pone colorado y agacha las orejas.

—Recapitulemos: Javier Casado Ruibal, hijo de Antonio y Teresa, sufrió anorexia. Intentó pedir ayuda en el centro y se la denegaron. Mientras tanto, en el instituto le hacían *bullying*, lo que le llevó a varios intentos de suicidio, el último de los cuales resultó. ¿Cómo podemos averiguar quién será la siguiente víctima?

Si estuvieran en el campo, se podrían oír los grillos tras el resumen de Sabela. Entienden los primeros asesinatos: el padre de Raquel, la nutricionista que atendió a Javier en su consulta, el hijo de Fernando, el director del centro que le rechazó, y por último el padre de uno de los chicos que le hacían *bullying* en el colegio. ¿Dónde encaja Eva en esto? Y, sobre todo, ¿quién queda por ajusticiar? El equipo pasa las siguientes dos horas reflexionando al respecto y buscando pistas del paradero de Teresa. Cuando a Mario le rugen las tripas por cuarta vez, Sabela decide que les vendrá bien un descanso. Prácticamente los echa de allí y los amenaza para que no vuelvan hasta que haya pasado como mínimo una hora. Sus

compañeros se marchan a sus casas a comer, pero ella se desobedece a sí misma y continúa unos minutos más frente al ordenador. Después, decide que lo mejor será dirigirse al hospital para plantearle todas sus dudas a Eva y comprobar que Luisa está bien. Coge la chaqueta del colgador y se marcha decidida. No sabe que no será ella quién dé con la siguiente pista.

10

RAMÍREZ

Ramírez abre la puerta silbando, contento por poder descansar un rato y degustar la rica comida casera de su mujer. Ella, en la cocina, pega un salto sobresaltada. No esperaba verlo llegar a estas horas, nunca come con ellos porque está ocupado con el trabajo, que le sale siempre por las orejas. Le sonríe desde la cocina, donde se afana a remover una gran olla de caldo gallego, el plato favorito de su hijo. El subinspector se quita los zapatos, se retira unos minutos a la habitación para ponerse ropa más cómoda y vuelve junto a ella. Le quita la cuchara de madera de las manos y le da un beso en la frente antes de encargarse él mismo de remover ese líquido celestial que huele que alimenta. No entiende por qué el humor de su mujer ha cambiado tanto de un día para otro, pero lo agradece en el alma. Empezaba a pesarle tener mal ambiente en casa. Su matrimonio siempre había sido feliz y llegó a temer incluso que su mujer lo dejara por anteponer siempre el trabajo a la familia. Contento por el nuevo rumbo que han tomado las cosas, Ramírez retira la olla del fuego y mantiene el dedo fijo sobre la vitrocerámica hasta que la cuenta atrás llega al cero.

—Dani, a comer.

Ramírez se prepara para repetir tres veces la frase, ir a su habitación y obligarle a acompañarlos en la mesa, pero

sorprendentemente su hijo aparece en el salón a la primera llamada. Se sienta, coge la cuchara y se lanza a devorar su plato de caldo.

—Está increíble, Susana —la halaga Ramírez.

—Te ha quedado buenísimo, mamá —lo corrobora su hijo casi al unísono.

El matrimonio intercambia una mirada de incomprensión. ¿Dónde está su Dani? ¿Quién es ese adolescente amable y qué han hecho con su hijo? Los dos sonríen a la vez, como si por fin llegara la calma después de una tormenta que ha durado meses. Ramírez se levanta un momento y se desplaza a paso rápido hasta la mesita situada frente al sofá, donde reposa el mando de la televisión. Le gusta ver las noticias mientras come, aunque es consciente de que estos días sería mejor no hacerlo para no tener que revivir los detalles más horribles del caso del que todo el mundo habla. El presentador del telediario se congratula porque han conseguido obtener toda la información de los asesinatos, algo que le pone en alerta y le hace abandonar el plato de caldo sin casi haberlo probado. Ramírez cierra los ojos deseando que traten esos datos con la humanidad que cabría esperar, pero es en vano. Enseguida empieza a aparecer un carrusel de imágenes grotescas acompañadas por la voz en *off* de una mujer que detalla cómo murió cada víctima con todo tipo de detalle. ¿Cómo sabrán todo eso?

Durante el tiempo que dura ese reportaje del morbo, los tres dejan de comer y clavan la mirada en el televisor. Ramírez sube el volumen porque no puede creerse lo que registran sus oídos. Empiezan por la primera víctima: intestinos a la vista, pastillas para adelgazar, cinta de medir en el cuello. El circo del morbo continúa con el segundo cadáver: hallado junto al río, con cubitos de hielo alrededor y un montón de billetes. También lo saben todo del tercero: lejía, dientes, film, incluso la palabra que la víctima llevaba estampada en el pecho. Por último, celebran que Luisa continue viva, aunque lamentan la pérdida de un ojo. Ramírez parpadea incrédulo. Lo saben todo, ¿cómo es posible? La imagen del comisario, ufano y con

el ego satisfecho desde anoche, se le reproduce una y otra vez en la cabeza. Aprieta los puños con fuerza hasta que los nudillos se le ponen blancos. Más vale que se calme antes de volver al trabajo, porque ahora mismo estamparía la rechoncha cara del topo más grande de la provincia contra las asquerosas paredes amarillentas de su madriguera. ¿Para qué sirve que un caso esté bajo secreto de sumario si nada impide que todos esos detalles, dolorosísimos para las familias de las víctimas, lleguen a los medios y a todas las casas del país? Ramírez no se extrañaría un pelo si Netflix anunciara también una serie documental sobre el caso. Desde que vio lo que pasó con el caso Asunta, no cree en la especie humana.

Por fin, la voz en off y las imágenes de los crímenes desaparecen de la pantalla. El presentador saluda a un experto que detalla cuánto tiempo se puede seguir vivo si te obligan a tragar lejía como a Salvador. El salón se queda un momento en silencio, hasta que Dani lo rompe con una frase que golpea a Ramírez con fuerza.

—Madre mía, mamá. ¿No era así como mataban a una de las víctimas en el libro que estás leyendo?

9

SUSANA VEIGA

De haber tenido caldo en la boca, Ramírez lo habría escupido en modo aspersor al escuchar a su hijo. Susana, junto a él, traga ruidosamente y se lleva la mano sana a la frente. En sus ojos el estupor le ha ganado la partida a la luz de la alegría, que desde la reconciliación con su hijo había vuelto a adornar sus iris. No dice nada, solo se queda pensativa. Después coge el mando de la televisión y haciendo uso de la opción de retroceder que les ofrece el decodificador, reproduce de nuevo el vídeo del telediario sobre los crímenes. Entonces palidece todavía más y sus labios bailan temblorosos, como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

—¿A qué se refiere Dani, Susana? —pregunta Ramírez con la urgencia impregnando su voz.

—Creo que tiene razón —musita ella antes de llevarse la mano a la cara con espanto—. Son los mismos crímenes, pero con pequeñas variaciones.

—Cuéntamelo todo ahora mismo —la apremia él.

—Formo parte de un club de lectura desde hace unos meses. Cada uno propone un libro y elegimos la lectura conjunta del mes por votación. La de hace tres meses fue 'El faro del silencio', de Ibon Martín, en la que el asesino roba la grasa del abdomen de sus

víctimas, como en vuestro caso. No hay pastillas en el libro, pero el asesino también mata estrangulando —Susana toma aire ruidosamente.

—Continúa, por favor —dice Ramírez, maravillado por el descubrimiento. Eso explica la escenificación de cada crimen e incluso les podría dar pistas que les guíen hasta Teresa.

—Hace dos meses leímos 'La princesa de hielo', de Camilla Läckberg. En la novela aparece una chica desangrada dentro de una bañera llena de hielo. Los cortes están situados en las muñecas para simular un suicidio.

—Encaja con nuestro caso. Aunque fue en el río, el cadáver estaba rodeado de cubitos de hielo y también presentaba cortes en las muñecas. ¿Cuál es el último libro que habéis leído?

—'Los crímenes de la carretera', de J.D Barker y James Patterson.

—¿Cómo mueren las víctimas en ese libro?

—Hay muchas, pero si lo que han contado en el telediario es cierto, vuestro cadáver es uno de los primeros que aparece en el libro. Matan a un tipo llamado Issac atándolo con film a una silla y metiéndole un embudo hasta la garganta para que trague desatascador.

—Está claro que no es casualidad —dice levantándose y dejando caer la silla hacia atrás—. Tendrás que venir a comisaría y contárselo todo a Sabela. ¿Estáis leyendo algo ahora?

—No, justo tenemos que votar hoy la próxima lectura. Llegamos a meta con este libro antes de ayer —ante la mueca de confusión que delata la ignorancia de Ramírez en ese campo, Susana se ve obligada a ser más clara—. Cada lectura tiene unas metas, establecemos un día para comentar y después seguimos leyendo. Cuando se llega a la última, se comenta todo el libro y, si es posible, se incluye al autor en el grupo.

—Está bien —Ramírez hace un gesto de indiferencia ante lo que considera intrascendente para el caso—. Vístete, hay que contárselo todo a Sabela ahora mismo. La llamaré para que se reúna con nosotros allí.

Susana tarda cinco minutos en cambiar la ropa de estar por casa por unos tejanos que le estilizan las piernas y una blusa blanca muy elegante. Quiere estar presentable ante los compañeros de su marido, a los que todavía no conoce.

—Enseguida estoy —grita por el pasillo antes de introducirse en el cuarto de baño, donde se mira al espejo y resopla.

Aunque su marido es policía, los uniformados siempre la convierten en un manojo de nervios. Se pone perfume detrás de las orejas y en el escote y su aroma la reconforta. Sale del baño decidida, pues pese a la inquietud de ir a comisaría, sabe que tiene información que puede ser muy importante para el caso. Eso la ilusiona, no todo el mundo puede decir que ha colaborado en una investigación de asesinato, y mucho menos que ha puesto la pieza final del puzle. Y quizá es justo lo que ha hecho ella, aunque sin la intervención de su hijo no se hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Bajan en el ascensor en silencio. Ramírez cambia el peso de un pie al otro continuamente, lo que delata su ansiedad. Protesta por la lentitud del ascensor hasta que por fin la boca del habitáculo se abre y les escupe en el parking. Susana sube al asiento del copiloto y se abrocha el cinturón al tercer intento.

—Tranquila, solo necesito que le expliques a Sabela lo que me has contado a mí —la reconforta Ramírez poniéndole una mano sobre el muslo.

Susana observa la manaza de su marido y sonríe. Lamenta haber sido tan dura, lleva semanas mostrándose distante y arisca. Lo único que la hacía sonreír era ese maldito club de lectura que ha terminado costándole la vida a tres personas inocentes, cuando a su lado tiene a un hombre bueno y cariñoso que la hace sentir la mujer

más bella de la tierra. La piel se le eriza al contacto con la calidez de su marido y siente ganas de darle un beso de esos que dejan sin aliento. Sin embargo, no es una buena idea teniendo en cuenta el contexto de ese trayecto en coche. Lo dejará para después, cuando Ramírez y sus compañeros hayan cerrado el caso y puedan celebrarlo oficialmente. Imagina la cena perfecta con su marido y la intimidad que vendrá después y se sonroja. Se obliga a dejar de pensar en ello y se centra en preparar su testimonio. Si Sabela impone tanto en la vida real como en la fotografía que le enseñó su marido, no conseguirá articular una frase entera sin tartamudear. A lo lejos ya se ve el edificio gris en el que tantas horas pasa su cónyuge. Trata de deshacer el nudo que se ha formado en su garganta bebiendo agua y, en principio, parece funcionar. Cuando bajan del coche y acceden a las dependencias policiales le tiemblan las piernas. Ramírez se la presenta al agente uniformado de la entrada, que le estampa una pegatina de visitante en el pecho antes de hacerla pasar por el detector de metales. Después suben al despacho, que continúa vacío, y se sientan a esperar. El móvil de su marido suelta un zumbido y se apresura a contestar.

—Sí, estamos aquí. Intenta llegar lo antes posible, es importante. Sí, ya he avisado a los demás por el grupo de WhatsApp, deben estar al caer. De acuerdo, aquí te esperamos.

Susana clava la vista en sus pies, como si las bailarinas de hace cinco años que ha escogido para complementar su atuendo fueran de lo más interesante. Le sudan las palmas de las manos y tiene ganas de orinar. Le pregunta a su marido dónde está el baño y se encierra en él. Tiene muchas ganas de hablar, de largarlo todo y dejar que hagan su trabajo. De volver a casa y coger un libro cualquiera, uno romántico que no le recuerde en absoluto a los crímenes. Tira de la cadena, se lava las manos con cuidado de no mojar el yeso y regresa al despacho. Cuando abre la puerta ya hay dos rostros más que la miran.

—Ángela, Mario, ella es Susana, mi mujer.

—¡Encantada! —dice Ángela levantándose y dándole un caluroso abrazo con cuidado de no hacerle daño en el brazo escayolado.

—Ramírez nos ha hablado mucho de ti —añade Mario—. Me alegro de ponerte cara por fin.

—Igualmente, vosotros aparecéis en todas nuestras conversaciones. Espero seros de ayuda para que me devolváis a mi marido, que parece que lo tenéis secuestrado —bromea.

—Todo tuyo.

Charlan distendidamente durante unos minutos más, hasta que por fin las mechas rosas de Sabela aparecen en la puerta. Se presentan con dos besos y toman asiento, todos ansiosos por escuchar lo que Susana tiene que contarles. ¡Y vaya si tiene cosas que decir! Durante cinco minutos no se oye nada más que su voz en ese despacho donde la expectación inicial va mutando en caras de asombro.

—Gracias, Susana. Es posible que con esto hayas resuelto el caso —dice Ángela muy emocionada.

—Sí, pero no lancemos las campanas al vuelo todavía —pone calma la inspectora—. Necesitamos una lista con todos los participantes del grupo. Parece obvio que si Antonio o Teresa forman parte del club no habrán puesto su nombre real, así que también tendrás que darnos acceso a tu terminal para poder rastrear sus direcciones IP.

—Sin problema, solo faltaría.

Lo primero que hace Susana es leerles los nombres de cada persona del grupo. Muchos miembros usan alias o nombres temáticos, como por ejemplo @sumergidaenlibros, la chica que fundó el club hace seis meses. Forman parte de la dinámica literaria diez personas contando a Susana. Eso les deja nueve sospechosos. Todos se han conectado a Telegram al menos una vez ese día, lo que hace pensar a Sabela que su intuición era buena: no es Antonio

quien cogía ideas de las novelas para sus crímenes. De esas nueve personas, siete son mujeres y dos son hombres. Ángela, la más avezada con las tecnologías, asegura que pueden descartarlos a ambos, pues sus perfiles y las cuentas de Instagram vinculadas parecen reales. Quedan, por tanto, siete mujeres entre las cuales, si no están completamente equivocados, tiene que estar Teresa. Repasan la lista una vez más y caen en la cuenta de que hay un nombre que les suena. Se trata de Eva J. La hija de la cuarta víctima está en el mismo grupo que la asesina, no puede ser casualidad. Susana interrumpe sus pensamientos.

—Hay un par que también podéis quitar de la lista. Hablé con ellas por videollamada y no se parecían en nada a esa mujer —Susana señala la fotografía de Teresa que hay colgada en la pizarra—. Tenían unos treinta años y el pelo negro azabache, no rubio como ella.

—De acuerdo. Eso nos deja con cuatro sospechosas, porque está claro que Eva no quería hacerle daño a su madre. Se lo pasaremos a los compañeros de ciberdelincuencia, tengo un contacto allí que dará más rápido con el perfil que buscamos.

—Esperemos que se den prisa —murmura Ángela.

—Puedo ser muy persuasiva —responde Sabela antes de salir del despacho.

Susana decide quedarse un poco más. No esperaba sentirse tan cómoda con los compañeros de su marido. No son en absoluto como pensaba. Los había imaginado serios, aburridos, tan grises como el edificio que les devora cada mañana para regurgitarlos a última hora de la tarde. En cambio, se ha encontrado a un chaval joven y muy educado que ya le ha ofrecido tres veces agua para que se sienta bienvenida, a una chica cariñosa y parlanchina y a una jefa resolutiva de rasgos amables y una sonrisa tranquilizadora. Se sienta a observarlos trabajar en una silla junto a la pared y, mucho más relajada, reza lo que no ha rezado en la vida para que su ayuda les sirva para terminar con el sufrimiento de esas víctimas literarias.

8

SABELA NOVOA

—Muchas gracias por darle prioridad, sé que estáis inundados de trabajo.

—Sí, pero todo sea por terminar ya con este caso —replica su compañera de delitos informáticos, una chica morena de unos treinta años con los dientes muy torcidos y unas gafas de culo de botella— Nadie habla de otra cosa. Te avisaré en cuanto lo tenga.

—¡Gracias!

Sabela se despide y baja las escaleras para volver al despacho con su grupo. Le fastidia perder unas horas esperando el aviso de sus compañeros, pero no le queda más remedio. Antes de volver al despacho, sale a la calle y se dirige a la librería más cercana a comisaría, situada a apenas cinco minutos a pie. El aire es fresco y su rostro se tiñe de rojo con los golpetazos del viento contra la cara. Siente los labios cortados y saca del bolsillo de su chaqueta el cacao que siempre la acompaña. Aliviada, empuja la puerta de la librería. Suena una campanita para avisar de su llegada y la dueña del local aparece detrás de una cortina y la saluda con amabilidad.

—Venía a por tres libros, a ver si tengo suerte y los tiene.

Le recita los títulos y la mujer los va dejando uno por uno sobre el mostrador. Sabela suspira con alivio, quiere leer los fragmentos de los crímenes para confirmar que no están equivocados y que no se

les ha pasado por alto nada que pudiera indicar qué sucederá a continuación.

—Son muy populares y aquí tenemos de todo —le explica la vendedora antes de tenderle el tique—. Gracias por su compra.

Sabela regresa trotando a comisaría y sube las escaleras de dos en dos. Abre la puerta del despacho y les lanza dos de los libros a Ángela y Mario, que los atrapan al vuelo. Le pide a Susana que haga memoria para encontrar más rápido las escenas de los crímenes entre tanta página y abre 'Los crímenes de la carretera'. Se sumerge en el inicio de la novela y lee en diagonal hasta que da con el fragmento que buscaba: «A Issac Dorrough lo ató a esta silla con film transparente de la cocina de la víctima, le rompió dos dientes al meterle a la fuerza ese embudo en la boca y después le introdujo cerca de un litro de desatascador de tuberías». Se le revuelve el estómago al pensar en lo que debió sufrir Salvador, que además vio profanado su cuerpo con la inscripción de la palabra «nenaza» una vez muerto.

Enseguida, Ángela y Mario dan también con sus fragmentos. En 'El faro del silencio', el *modus operandi* se describe así: «El asesino había seguido el mismo patrón que en los dos crímenes anteriores: estrangulamiento, abdomen completamente desgarrado y tejido adiposo rebanado a cuchillo». El fragmento de 'La princesa de hielo' también confirma su razonamiento, aunque de forma menos explícita que los demás crímenes: «En la bañera se había formado una fina membrana de hielo. La sangre de sus muñecas llevaba ya tiempo coagulada».

—Parece que Susana tenía razón.

—Sí, pero no encuentro nada en el libro que nos dé pistas sobre sus siguientes pasos —se queja Sabela—. Continuad leyendo mientras esperamos la información de los miembros del club, yo me ocuparé de un par de asuntos.

Para no perder el tiempo, Sabela decide destinar el rato que tengan que esperar a sus compañeros informáticos a terminar dos tareas pendientes: hablar con Susana para exprimir cualquier detalle que pueda servirles y volver al hospital a terminar la conversación con Eva, interrumpida por la llamada de Ramírez. Ahora empieza a tener las cosas claras. No le cuadraba que fuera Antonio, un tipo rudo y descuidado, quien planificaba las muertes, porque de hecho no era más que el brazo ejecutor. Detrás de los crímenes está la mente perturbada de una mujer que cogía las ideas de un grupo de literatura en el que estaba también una de sus víctimas. Porque Sabela tiene claro que, más allá de los cadáveres, todos los familiares son víctimas también. Las más importantes para los asesinos, si no va mal encaminada. Todavía no sabe qué hizo Eva para que anotaran su nombre en la lista negra, pero piensa averiguarlo. Rompe la armonía del despacho y les anuncia su intención de ir al hospital a ver a Eva antes de continuar hablando con Susana.

—Eso tendrá que esperar, acaban de llamar —la frena Ramírez, que justo entra en el despacho en ese momento—. Purificación y su hijo están abajo. Quieren hablar contigo.

—De acuerdo —se gira hacia Susana y le guiña un ojo—. ¿Te importa que te robe a tu marido un rato?

—Es todo tuyo.

—Vamos, tenemos que darnos prisa.

El binomio se marcha dispuesto a despachar rápidamente a los visitantes. Ya habían intentado citar a Pablo en comisaría para apretarle las tuercas, pero el artículo del periódico finalmente les disuadió. Creían que ya sabían todo lo necesario de ese chaval, que aparecía citado en el diario con las siglas de su nombre y apellidos como autor de la paliza que empujó al suicidio a Javier Casado Ruibal. Ese tenía que ser el motivo que había empujado a los asesinos a matar a su padre y dejarle un tatuaje en la piel. Ahora

avanzan decididos por el pasillo dispuestos a confirmar su hipótesis en el menor tiempo posible para continuar trabajando.

—Buenas tardes —saluda Sabela al llegar junto a ellos.

—Mi hijo tiene algo que contarles, algo importante —responde azorada la mujer.

—Vengan con nosotros.

Se los llevan a una sala y toman asiento frente a frente. El chico no parece tener muchas ganas de hablar, pero su madre le apremia con la mirada y con un ligero pellizco en el muslo que no pasa desapercibido para Sabela. Pero no va a ser ella quién frene la declaración del chaval, sobre todo si es cierto que lo que tiene que contarles es «algo importante».

—Sé por qué le escribieron esa palabra en el pecho a mi padre —empieza a decir el muchacho con un hilo de voz—. He visto en las noticias que el asesino es Antonio, el padre de Javi. Iba conmigo a clase y todos nos burlábamos de él —confiesa—. Era muy raro, parecía un conejo asustado y solo se relacionaba con las chicas. Le hacíamos de todo: le metíamos la cabeza en el váter, le robábamos el desayuno, le rompíamos la libreta con los deberes antes de entrar en clase… Hasta que se nos fue de las manos.

—¿A qué te refieres con que se os fue de las manos? —Sabela lo pregunta, pero en realidad ya lo sabe. Lo leyó en el periódico.

—Todo es culpa mía —rompe a llorar. Le conceden unos minutos hasta que se calma lo suficiente como para seguir hablando—. Faltaba poco para las vacaciones de verano. Javi había dejado de comer a principio de curso, después de ir a una consulta de nutrición donde le dieron unas pastillas para adelgazar que compartió con sus amigas de clase. Todos sabíamos que estaba enfermo. Daba un par de mordiscos al bocadillo en el recreo y después se marchaba corriendo a vomitar. Le oíamos hacerlo cada día. Adelgazó muchísimo, parecía una chica. Además, eso de vomitar solo lo hacen

ellas. Los hombres no hacemos esas cosas. Por eso empezamos a llamarle nenaza.

—Diles la frase que explica la muerte de tu padre —le apremia su madre, visiblemente avergonzada por las acciones de su hijo y con una voz de acero.

—Le decía cada día que debería hacernos un favor a todos y beberse un bote de lejía para no tener que oírle vomitar en el baño como una nenaza —confiesa.

Sabela no sabe qué decir. Los ojos se le han llenado de lágrimas por el dolor que experimentó Javier y, por un momento, solo por un instante, puede incluso comprender lo que están haciendo ahora sus padres. Quieren que los responsables del sufrimiento atroz de su hijo lo experimenten en sus propias carnes a través de la muerte de sus seres queridos. La frase «pagan justos por pecadores» nunca fue tan cierta.

—Has dicho que se os fue de las manos…

—Sí, un día le di una paliza. Todos mis amigos estaban mirándome, incluso Eva, su novia, estaba allí. Después de eso, le dejó. Yo no tuve ninguna compasión, le rompí la nariz y un par de costillas. Una semana después intentó suicidarse por tercera vez colgándose de una lámpara. Se rumorea que lo encontró su madre. Estuvo ingresado en la UCI cerca de un mes. Estábamos de vacaciones y a ninguno nos importó demasiado. Ahora entiendo lo que he hecho.

En ese momento se abre la puerta de la sala, cortando en seco el estallido de llanto del chaval. Sabela no siente ninguna compasión por él, aunque el castigo que se le ha impuesto con la muerte de su padre le comportará una vida entera de sufrimiento. Mario asoma la cabeza y se disculpa por la interrupción.

—Los compañeros han dado con ella. Su teléfono se ha conectado a una red wifi hace veinte minutos. La tenemos, sabemos dónde está ahora mismo.

La inspectora se levanta como un resorte y se dirige hacia la puerta. No le da tiempo a alcanzarla antes de que la última frase de Pablo la haga trastabillar.

—Deberían darse prisa. Va a matar al médico, el que le diagnosticó a Javi muerte cerebral.

7

SABELA NOVOA

Sabela se apresura a salir de la sala y ponerse en contacto con el grupo de intervención. Acuerdan el operativo que montarán y se citan en un descampado cercano al Hospital Universitario Lucus Augusti, donde tanto el móvil como Pablo les han indicado que se encuentra Teresa. Ya no albergan dudas sobre su participación en los crímenes, aunque no se trate de la autora material de los hechos. Su principal objetivo es salvar la vida del médico, pero se plantean otra meta: cogerla con vida. Solo así podrán saber si más víctimas tenían cabida en su grotesco plan. La inspectora ha llamado al hospital, que ha confirmado la presencia del doctor Castro esa mañana, aunque no han sabido detallarle su paradero actual. Sabela les ha dado instrucciones: buscar al médico y volverles a llamar. Tendrán que intervenir en el hospital más grande de Lugo, lleno de pacientes y familiares. Tienen que andarse con ojo y, a ser posible, acotar al máximo la zona de actuación para no correr riesgos, quién sabe lo que sería capaz de hacer Teresa con tal de ver sufrir a los demás. ¿Es eso lo que hace una madre cuando le arrebatan a su hijo? No tiene respuesta a esa pregunta, pues nunca se ha planteado la maternidad como una opción. Ni siquiera la ha descartado conscientemente, no se ha detenido a pensarlo. Quizá sea mejor así, para no tener que experimentar el dolor atroz que se siente al perder a un hijo.

El grupo se dirige hacia el hospital con semblante serio. Sabela se sienta tras el volante. Ya ha hecho hoy ese trayecto, aunque no ha llegado a salir del centro de la ciudad, alertada por la llamada de Ramírez. Esta vez será la definitiva. De repente, da un frenazo que sorprende a su compañero, que la mira inquisitivo.

—¿Y si va también a por Luisa?

—Llamaré para que le pongan seguridad inmediatamente.

Después de varios volantazos para adelantar a tortugas con coches carísimos, Sabela llega por fin al sinfín de rotondas que conducen hasta el hospital. Los nudillos de Ramírez están blancos por la fuerza con la que se agarra a la manilla del techo. La inspectora no baja de la quinta marcha en las rotondas y el coche amenaza con volcar, pero no lo hace. Incluso adelanta a un par de coches, que pitan furiosos antes de continuar su camino. Al fondo de una recta ya se vislumbra la última rotonda. La recorre a toda velocidad y coge la salida hacia el HULA, como todo lucense que se precie llama al hospital. Cuando apenas ha recorrido unos metros, se detiene en un escampado donde un par de coches esperan el regreso de sus dueños. Ángela hace lo mismo unos segundos después y aparca en paralelo. Bajan todos del coche y clavan la mirada en la recta por la que acaban de llegar. Cinco minutos más tarde Sabela está dando un concierto de resoplidos que maravillaría al mundo entero. Menos a Ramírez, que ya está hasta las narices y se plantea la conveniencia de chillarle a su jefa. Si hubiera resoplado tanto en el coche habrían ahorrado combustible.

—Están tardando demasiado —se queja la inspectora antes de darle una patada a una piedra—. Llama al hospital para asegurarte de que Luisa tiene protección.

Ramírez la obedece y se aleja unos pasos, aliviado por tomar distancia de tan molestos ruidos. La impaciencia es el único rasgo de Sabela que le gustaría cambiar, aunque entiende que la situación lo justifica. No saben si Teresa ha logrado ya llegar hasta el médico. Se

lleva el teléfono al oído y marca el número que les han dado anteriormente para ponerse en contacto cuando se vaya a iniciar el dispositivo.

—Buenas tardes. ¿Han mandado ya a alguien a custodiar a Luisa?

—Sí, la señora Jiménez está a salvo.

—¿Han conseguido localizar al doctor?

—Una enfermera le ha visto coger el ascensor hace media hora.

—¿Iba solo?

—Sí. Lo que le ha extrañado es que el ascensor, en vez de subir, ha bajado hasta el sótano.

Ramírez se despide precipitadamente y corre hacia sus compañeros. Una de las piedras que pueblan el suelo está a punto de hacerle caer, pero se recobra y se planta junto a Sabela en menos de diez segundos. Deben darse prisa, el subinspector está seguro de que dentro de ese ascensor viajaba también Teresa.

6

LUISA JIMÉNEZ

A Luisa no le está sentando bien la medicación. Siente náuseas y la cabeza le da vueltas, pero prefiere no quejarse. Bastante asustada está ya su hija. Todavía no comprende por qué el asesino ha ido a por ella y, cada vez que se lo pregunta a Eva, su semblante se ensombrece. Gira la cabeza y la contempla dormitar en el sillón azul destinado a las visitas. No es muy cómodo, pero en general la habitación está bien. Se trata de un hospital moderno con mucha luz, instalaciones bien cuidadas y personal amable. Además, dada la importancia de su caso, no la comparte con otro paciente, lo que siempre es un plus. Incluso cuenta con dos agentes apostados en su puerta. Solo el personal del hospital puede acceder a la habitación, lo que la deja mucho más tranquila. Continúa estudiando las facciones de Eva cuando esta abre los ojos para encontrarse con la mirada de su madre.

—¿Cómo estás? —se levanta servicial— ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —Luisa le coge la mano y la acaricia dibujando círculos con las yemas de sus dedos.

—Mamá, yo… Siento que estés así por mi culpa.

—¿Por tu culpa? ¿Qué tienes tú que ver con esto?

—Cuando iba al instituto tuve un novio, nunca te lo conté porque me daba vergüenza. Ni siquiera sé si realmente me gustaba, creo

que en realidad me van las chicas.

—Ay, hija, eso sería casi un alivio, viendo lo mal que están algunos hombres.

—El hecho es que ese chico estaba enfermo, sufría anorexia y bulimia. Y yo, en vez de ayudarle, le hice empeorar. En el instituto le pegaban, lo llamaban nenaza y se burlaban de él. Yo necesitaba que me aceptaran y terminé dejándolo delante de todo el mundo, le humillé.

—¿Qué ha sido de él?

—Es el chico que se suicidó hace dos años. Lo comentamos cuando salió en el periódico, pero no te conté la verdad. Al menos no toda. Intentó acabar con su vida después de que le dieran una paliza y, aunque tardó más de un mes, acabó muriendo en este hospital. Yo ni siquiera vine a verle…

El llanto de Eva llena la habitación y le rompe el corazón a su madre. Sin decir nada, Luisa se incorpora como puede en la cama y la acerca a su pecho. Le acaricia el pelo y decide que ya hablarán más adelante de lo que sucedió. Ahora solo quiere que se calme entre sus brazos. El olor de una madre puede con todo, por eso unos minutos después Eva deja de temblar y se levanta. Se seca los ojos y se suena, un poco más calmada. Luisa, en cambio, siente la ansiedad crecer en su interior. No se trata solo de la revelación que acaba de hacerle su hija, sino de lo mal que se encuentra. Le cuesta mantener los ojos abiertos, el cansancio la embarga y tiene la tentación de dejarse ir. Levanta la cabeza y mira fijamente la bolsa que cuelga a su lado, la que gotea un líquido que va directamente a sus venas. No, algo no va bien. Alarga la mano para arrancarse la vía, pero se queda suspendida en el aire cuando su hija empieza a chillar. Al otro lado de la habitación, sobre una cama vacía que espera ser ocupada, hay una caja de música. Eva corre hacia ella y la abre. A los pies de los bailarines, encuentra una nota y, aunque no le hace falta leerla para saber qué pone, lo hace. «Los oiréis sufrir», murmura con los ojos inyectados en sangre. Las figuras continúan

danzando ajenas al pánico que sacude a Eva. Lo que se oye, sin embargo, no es la música que emana de la caja. Lo único que atraviesa sus tímpanos son los chillidos de su madre, que se está quemando por dentro a causa de la desorbitada dosis de quimioterapia que le ha suministrado una simpática enfermera rubia.

5

SABELA NOVOA

Mientras Luisa arde, Sabela se plantea cómo continuar. No pueden entrar en ese hospital ellos solos, eso haría que su jefe la destinara a hacer DNI para el resto de su vida. Pero tampoco pueden quedarse ahí esperando cuando un hombre está a punto de morir. Por suerte, la vida decide por ella cuando ve aparecer los furgones conducidos por los hombres de negro que tomarán el control del hospital.

—¿Empezamos? —le pregunta el jefe del operativo, a lo que ella asiente.

Acceden al hospital por la parte trasera para evitar sobresaltar a los enfermos y los familiares que acuden a verlos usando la entrada principal. Los primeros en entrar son sus compañeros, que registran la parte posterior de la planta baja antes de dejarles acceder a ella. Como habían supuesto, ahí no hay nada más que una acumulación de camillas, jeringuillas y gasas. Resuelven dirigirse directamente al sótano, donde la enfermera ha asegurado que se encuentra el doctor. Los hombres de negro bajan por las escaleras, mientras que Sabela y su equipo esperan unos minutos en la planta baja antes de coger el ascensor. Cuando lo hacen y las puertas se abren, uno de los hombres le pide a la inspectora que se acerque.

—Objetivo localizado. Está en esa sala, parece un quirófano. No podemos acceder con seguridad, así que debería…

—¿Qué quieres decirme? —le apremia Sabela, cansada de los rodeos que parece estar dando su interlocutor.

—La sospechosa nos ha localizado. Asegura que solo hablará con usted.

—Entraré.

—¿Estás loca? —la reprende Ramírez—. ¿Cómo vas a entrar tú sola ahí?

—Si no lo hago, lo matará y quién sabe lo que hará después —le responde muy seria antes de dirigir la mirada al hombre de negro—. ¿No tenéis ninguna otra forma de acceder?

—Mis compañeros están trabajando en ello, pero parece que será imposible. Esta mujer es lista, ha escogido el mejor sitio de todo el hospital.

—Entraré yo primero, la haré entrar en razón o como mínimo la distraeré lo suficiente para que se aparte del doctor. Entonces intervenís.

—Sabela, por favor, es peligroso —vuelve a suplicarle Ramírez.

La inspectora lo ignora y, al pasar junto a él en dirección al quirófano, le da una palmadita sobre el hombro. Ramírez la desobedece y entra en la aséptica y fría sala justo detrás de ella.

—¿Queréis ver el espectáculo? Va a ser divertido —Sabela cree que si las urracas pudieran hablar, tendrían la voz de Teresa.

La inspectora mira hacia atrás sorprendida por el uso del plural que ha hecho la mujer de Antonio y fulmina a Ramírez con la mirada. Sin embargo, pronto centra toda su atención en Teresa. Frente a ellos, una mujer rubia escuálida y encorvada les reta con la mirada. Va vestida con un uniforme de enfermera que le va tres tallas grande, y tiene el rostro surcado de arrugas. Mantiene una postura incómoda que permite apreciar una pequeña chepa en la parte alta de su espalda. En el cuello lleva un colgante de la Virgen

María que se mece adelante y atrás con cada movimiento. Se tamblalea tanto que la madre de Dios parece a punto de vomitar. Sabela se fija en sus manos, también arrugadas y asombrosamente pálidas. Sujetan contra el cuello del doctor un aparato que suelta pitidos y que al inicio la inspectora no es capaz de reconocer.

—Huele un poco a pollo, pero es soportable —una risa gutural escapa de la garganta de Teresa, que acciona un botón de la máquina que reposa sobre una mesa junto a ella.

Ante los ojos de Sabela y Ramírez, el cuerpo del doctor sufre una convulsión que lo sacude por completo. Teresa, que le está dando descargas con un desfibrilador, tiene que agarrar fuerte su cuerpo para que no se le escurra de la silla al suelo. El doctor transita entre la realidad y la oscuridad eterna, pero ya está en un punto más cercano a la segunda opción que a la primera. Su cuerpo, con marcas rojas en las zonas donde la mujer ha posado las paletas, no va a resistir mucho más. Sabela decide tomar las riendas de la situación.

—Teresa, no tienes por qué hacer esto —asegura con voz calmada mientras da un paso hacia ella. Su maniobra provoca que Teresa le dé otra descarga al pobre doctor, cuyo cuello se dobla en un ángulo escalofriante—. De acuerdo, solo quiero hablar.

—Dejad las armas en el suelo —les ordena con voz firme.

Sabela y Ramírez se miran y obedecen. Después, siguiendo las instrucciones de Teresa, que debe haberse inspirado en alguna novela, le dan una patada a sus respectivas pistolas. Levantan las manos para resultar todavía menos amenazantes y la inspectora continúa hablando.

—Aún puedes librarte de una gran condena —miente para disuadirla de continuar con el ritual de descargas—, todavía no has matado a nadie. Entrégate y te ofrecerán un trato.

Esa risa de hiena vuelve a brotar de entre sus labios. Impacta contra las paredes de ese quirófano que empieza a parecerse a una

cámara frigorífica y se posa en sus oídos.

—En eso te equivocas. He matado a alguien hace… Vamos a ver —mira el reloj que decora su muñeca—, unos quince minutos. ¿No pensaríais que iba a dejar un cabo suelto? Esos desgraciados van a sufrir cada uno de los minutos de lo que les quede de vida.

Sabela hace el gesto de subir con el índice de la mano derecha pegado al pantalón, para que Teresa no la vea. Necesita que Ángela o Mario capten el mensaje y vayan a comprobar que Luisa está bien. Siente un ruido a su espalda y reza para que se trate de alguno de sus compañeros corriendo hacia la habitación.

—¿Por qué él? —Ramírez vuelve a llamar la atención de Teresa señalando al doctor.

—Esta es la pieza final, la que más me apetecía en realidad. Él mató a mi hijo, convenció a mi marido de desconectarlo —le da otra descarga sin que Sabela y Ramírez tengan tiempo de reaccionar—. ¡No estaba muerto! De no ser por él seguiría vivo. De no ser por todos ellos.

—Teresa, el mundo sabe lo que le sucedió a su hijo. Ya ha cumplido su cometido, no empeore las cosas.

—Tengo que terminar, pero antes van a escucharme. Nadie lo ha hecho hasta ahora —la rabia que brota de sus ojos hace estremecer a Sabela—. Mi hijo era un gran chico, no tenía problemas más allá de pequeñas inseguridades típicas de la adolescencia. Un día se le ocurrió ir a una consulta de nutrición para que le hicieran una dieta para ganar músculo, pero en vez de eso salió de allí con un bote de pastillas para adelgazar. Ahí empezó nuestro martirio y por eso el fin de la historia debía comenzar también por ella. Raquel no olvidará nunca lo que le hizo a mi hijo, estoy segura —vuelve a reírse con ganas—. Tampoco lo tendrá fácil el director del centro al que quisimos llevarlo para salvarle de las garras de la bulimia.

El doctor abre los ojos, parece que se está recuperando, pero Teresa no se ha percatado de ello. Sabela sí, y comprende que debe

distraerla para evitar que una nueva descarga eléctrica le robe de nuevo la conciencia.

—Está muerto —le revela dando un pequeño paso a la derecha—. Sufrió un infarto tras la muerte de su hijo.

—Me alegra oírlo, un padre nunca debería sobrevivir a un hijo. Sigamos, elegí la tercera víctima con mimo, aunque quizá debería haber sido la cuarta. Espero haberle destrozado la vida al hijo de puta que maltrató a mi niño durante años. No lo supe hasta su muerte, cuando leí su diario, y juro que lo habría estrangulado con mis propias manos. Pero así es mejor, tendrá que convivir con la culpa de haber matado a su padre.

—¿Qué hay del club de lectura? —Sabela, que se ha vuelto a desplazar ligeramente a la derecha, continúa preguntando para darle tiempo al doctor. No sabe cuántas descargas puede aguantar el cuerpo humano, pero parece que las opciones de salir vivo de ahí se le terminan a cada chispazo.

—Me divertí mucho. No tenía pensado usarlo para nada más que tener a Eva controlada, pero me dio muy buenas ideas. Sin esas novelas nuestro mensaje no hubiera llegado tan lejos. Mi marido hizo un buen trabajo, se encargó de los asesinatos y los llevó a cabo a la perfección siguiendo mis instrucciones. Era un buen hombre, un gran padre. Fue él quien quiso venganza en primer lugar y por eso regresé con él después del divorcio.

—¿Por qué fuisteis a por Eva? ¿Qué tiene ella que ver en la historia de tu hijo?

—Esa zorra merece sufrir, lo abandonó en el peor momento solo a cambio de popularidad. No se merece amor, y el amor más grande es el de una madre. Ya no podrá disfrutarlo nunca más —la ira la ciega por completo durante unos instantes. Después, continúa hablando como si tal cosa—. Y con esto llegamos al final de la historia: la muerte del doctor que asesinó a mi hijo. No pararé de darle descargas hasta que tenga el cerebro frito y sus colegas

dictaminen muerte cerebral. Todos pagarán por lo que le hicieron a mi niño, sufrirán en sus propias carnes el infierno en el que he vivido yo estos dos últimos años. Todos los artífices de su fallecimiento, incluidos vosotros, experimentarán el dolor más atroz —les anuncia con una sonrisa nada acorde a su discurso—. Sí, no me miréis así, si hubiérais hecho vuestro trabajo, si la justicia existiera, no habría tenido que hacerla yo.

El silencio invade la habitación por un segundo. Teresa activa de nuevo el desfibrilador y sitúa las paletas a cada lado del cuello del doctor, que cierra los ojos, consciente de la proximidad de la muerte. Después se aparta ligeramente para contemplar el sufrimiento que deforma el rostro del hombre que mató a su hijo. La máquina empieza a zumbar, dispuesta a terminar el espectáculo.

—¡Ahora!

Sabela grita y se lanza a un lado, mientras Ramírez hace lo mismo en la dirección opuesta. Eso deja un hueco lo suficientemente grande para que uno de los hombres de negro dispare. La inspectora ha visto el momento propicio en cuanto Teresa se ha apartado para apreciar bien el padecimiento del neurólogo. Durante la conversación ha ido desplazándose a la derecha y el subinspector ha hecho lo mismo al percatarse de lo que pretendía su jefa. La coordinación entre ambos ha permitido que, en cuanto Sabela ha dado la orden, una ráfaga de disparos haya cruzado el quirófano sin herirlos. Desde el suelo, la inspectora ve caer el cuerpo de Teresa. El doctor parece intacto, al menos en cuanto al físico se refiere. Las heridas del alma tardarán en cicatrizar, si es que alguna vez lo hacen. Sabela se levanta a toda prisa y se arrodilla junto al cuerpo de Teresa. Parece que todavía respira, aunque escupe sangre y tiene aspecto de estar ahogándose. La vida la abandona nada más pronunciar el nombre de su hijo, la persona por la que ha vivido estos dos últimos años, planeando su venganza. Sabela se percata de que justo debajo de ella, junto al bolsillo del uniforme del hospital, una nota pulcramente doblada lleva su nombre.

4

SABELA NOVOA

La inspectora se guarda la nota sin ser vista. Sabe que lo que hace está mal, que es una falta grave que puede acarrearle muchos problemas en el trabajo, pero aun así, lo hace. Necesita averiguar sola lo que quiere decirle Teresa. Por eso dobla la nota, la esconde en la palma de la mano y mientras se levanta se la mete en el bolsillo. Después, disimulando su nerviosismo, se pone a hablar con Mario y Ángela, que comentan la jugada mientras observan cómo los sanitarios atienden al médico. Vuelve a fijar la vista en Teresa, que todavía yace en el suelo como una muñeca de trapo. El brazo izquierdo está tendido junto a su cuerpo, mientras que el derecho se ha quedado inerte sobre su pecho, como si tratase de aferrarse a su alma mientras abandona su armadura de carne en busca de un lugar mejor en el que habitar. Sus ojos la miran fríos, inexpresivos y vacíos. En cambio, sus labios están curvados en una sonrisa ensangrentada, como si todo su plan hubiera salido a la perfección pese a terminar muerta.

—Parece que todo ha terminado por fin —dice Ramírez acercándose a ellos.

La mirada que le echa al bolsillo de Sabela no le deja dudas de que la ha visto maniobrar para esconder la nota. Sin embargo, no dice nada. Se hace el ciego ante sus compañeros y Sabela está segura de que la dejará llegar hasta el final sin meterse por medio.

Conecta bien con su subinspector, se entienden y se respetan y eso le otorga un lugar privilegiado en la escasa lista que Sabela puede considerar amigos. Con su silencio, además, ha ganado muchos puntos y Sabela sabe que nunca encontrará la manera de agradecerle que le dé su espacio en una situación como esta. La inspectora asiente antes de que, rememorando las revelaciones de Teresa, el rostro de Luisa se le presente nítido ante sus ojos.

—¡Mierda, Luisa! —chilla de repente.

—En cuanto Teresa ha dicho que la ha matado, Ángela ha subido a verla —le explica Mario poniéndole una mano tranquilizadora sobre el hombro—. Teresa se coló en su habitación vestida como una enfermera y le administró una dosis letal de quimioterapia. Menos mal que Eva estuvo lista y le arrancó la vía en cuanto su madre empezó a chillar. Sus gritos llamaron la atención de las enfermeras, que la asistieron inmediatamente. Su rápida intervención le salvó la vida. Luisa está bien, Sabela.

El alivio que siente la inspectora es indescriptible. Es entonces cuando se da cuenta de que no habría podido cargar con otro cadáver a sus espaldas. Suspira y se le humedecen los ojos, pero ninguno de sus compañeros se percata de ello, o al menos aciertan a no hacer comentarios al respecto. Por fin se ha cerrado la investigación que le ha robado el sueño las últimas noches y que tanto sufrimiento ha causado a las familias de las víctimas, a los policías que han trabajado en el caso y a la propia ciudad. En los últimos días, apenas se veía a nadie por la calle cuando empezaba a oscurecer. A Sabela siempre le ha resultado curioso que la gente asocie la noche al peligro, porque ella sabe que el mal nunca descansa. Da igual que el sol esté en lo alto del cielo contento por iluminar un día más, el dolor acecha en cualquier esquina. Aunque en el fondo lo comprende: todos buscamos la luz. Y ella, que en su vida personal continúa en penumbra, en el plano laboral ha conseguido emerger a la superficie. Decide que ha llegado el momento de tomar el sol también en casa. Por eso saca el móvil del bolsillo y le escribe un mensaje a su camarero. Le propone quedar

para tomar algo el fin de semana. Como respuesta, recibe un «ya era hora» que la hace sonreír.

Se despide de sus compañeros con un abrazo para subir a ver a Luisa. Las enfermeras la informan de que debe descansar, pero consigue convencerlas para que la dejen entrar un par de minutos. Al acceder a la habitación, el rostro mutilado de Luisa esboza una sonrisa. Eva se le acerca y le da un abrazo que resquebraja del todo el dique que contenía la emoción en sus ojos. Lloran las tres y comparten un momento de intimidad en el que no hacen falta palabras.

—Vendré a verte mañana —dice por fin Sabela, que con el abandono del trato de usted ha roto la última barrera que las separaba—. Descansa y deja que tu hija te cuide, que ya ha demostrado que sabe hacerlo.

Luisa asiente sin decir nada. La inspectora se encamina hacia la salida, dispuesta a volver a bajar al quirófano donde se ha extirpado el dolor que asolaba la ciudad. Antes de que la puerta se cierre del todo, oye a Eva.

—Gracias, ahora podré empezar de nuevo.

Sabela espera que sea así, que todos quienes han sufrido en esa historia puedan rehacer sus vidas, aunque sabe que será complicado. Sin embargo, confía en el tiempo, el elemento que todo lo cura o, como mínimo, que suaviza el dolor hasta hacerlo soportable.

3

La sombra no sabe dónde se encuentra. A su alrededor todo es luz, así que supone que él anda cerca. Baja la mirada buscando un cuerpo que ya no existe. Supongo que los que decían que al abandonar la tierra nos llevamos solo el alma, una especie de energía, tenían razón. No echa en falta su cuerpo, al fin y al cabo se sentía atrapada dentro de él. Sobre todo, desde que se quedó vacía por dentro. Todo lo que necesitaba, un poco de claridad entre sus tinieblas, lo tiene ahora con ella.

Se siente atraída por una luz deslumbrante y se deja arrastrar hacia ella. Llega a su lado y siente que ese es su lugar. La intensidad de su hijo la envuelve. Se percata de que ha dejado de oír la melodía de su propia desesperación. Ahora todo es calma, por fin está en paz. Tanta como descanso ha dejado en la tierra, donde el mundo continúa girando, más ágil ahora que se ha desprendido de la pesada carga de su amargura. Ya ni siquiera le importa si sus víctimas están sufriendo, se conforma con haber llegado a su Ítaca.

2

Una semana después, la vida ha vuelto a la normalidad. Sabela visita a Luisa en el hospital, como ha hecho cada día desde la muerte de Teresa. En unas horas le darán el alta, su recuperación ha sido más rápida de lo esperado. Sobre todo, dado el percance que estuvo a punto de costarle la vida y por el que el hospital se ha disculpado decenas de veces. Luisa es una mujer fuerte, vivaracha y con mil proyectos pendientes en la cabeza. Sentir el aliento de la muerte tan cerca le ha dado determinación para dejar su trabajo en el bufet de abogados y dedicarse a su verdadera pasión: el dibujo. El colchón de ahorros que ha ido acumulando en los últimos años le dará el tiempo necesario para perseguir su sueño sin sufrir por llegar a fin de mes. Eva, que no se ha separado de su lado desde el secuestro, la ha animado a llevarlo a cabo cada vez que la han asaltado las dudas. Por su parte, ha decidido cambiar de carrera. A partir del curso siguiente estudiará nutrición para poder ayudar a los adolescentes que, como Javier, no encuentran otra salida a su malestar que castigarse con la comida.

En la ciudad se continúa hablando del caso a todas horas. Las cafeterías están llenas de padres que se reúnen para desayunar y elucubrar sobre el caso después de dejar a los niños en clase. Todos coinciden en algo: quizá ellos también hubieran enloquecido con la muerte de sus hijos. «Nunca digas nunca», se oye en estas improvisadas charlas donde se desdibuja el límite entre el bien y el mal. Sobre sus cabezas, en la televisión eternamente encendida, los tertulianos debaten sobre las acciones de Antonio y Teresa. Uno de

esos días, el presentador les interrumpe para anunciar que el programa ha recibido un paquete con el diario de Javier. Casi se frota las manos al comunicar que, además de las descripciones de los crímenes anotadas por su madre, las páginas contienen el testimonio directo de su dolor. Los directivos de la cadena han decidido que cada día se leerán un par de páginas y el periodista se lanza a por las dos primeras. Después cita a los espectadores para el día siguiente. Nadie lo admite, pero todos pondrán la televisión a la hora indicada.

Sin embargo, la mañana siguiente es Ramírez quien acapara toda la atención. Ha accedido a conceder una entrevista y la está aprovechando para recriminar a los periodistas el tratamiento del caso y la explotación del morbo que están llevando a cabo para ganar audiencia. Se defienden como pueden, pero la dialéctica de Ramírez los deja en evidencia una y otra vez. Después de esa entrevista, el subinspector es *trending topic* y todo el mundo habla de él. Le cuesta salir de casa sin que le paren cada pocos metros, pero en realidad disfruta con ello. Todo lo contrario que Mario, que se regodea en su anonimato y continúa trabajando tan duro como siempre para demostrar que merece estar allí. Ya es una pieza indispensable del equipo, pero no alcanza a verlo. De ello se encarga Ángela, que siempre está junto a él como una mamá oso con sus crías. Ha prometido repetirle una y otra vez lo que vale hasta que se lo crea. Mario, aunque se lo agradece, está empezando a cansarse de tener una animadora particular que repite como un loro frases de Mr. Wonderful, así que Sabela calcula que pronto comenzará a trabajar seriamente en su autoestima.

Purificación ha decidido marcharse con Pablo a Santiago. Mientras buscan un piso, asisten a sesiones conjuntas en un prestigioso psicólogo. Clotilde ha optado por su propia terapia para superar la pérdida de su hijo y su marido. La necesidad de escapar la ha llevado a Tailandia, donde siempre quisieron ir los tres juntos. Los recuerda en cada esquina y manda besos al cielo siempre que tiene ocasión. Raquel es la única que sigue en Lugo, incapaz de moverse

del sofá desde que comprendió lo que había desencadenado al conocer a Javier. Todos ellos viven formas distintas de duelo y tratan de seguir adelante en un mundo mucho más hostil ahora que sus seres queridos no están en él. Arrastran una pesada mochila de culpa a su espalda, una que no saben si podrán vaciar alguna vez, pero lo intentan. Quizá esa es la clave para afrontar la vida: no dejar de intentarlo.

Sabela quedó con David, el camarero, dos días después de la muerte de Teresa. Se presentó a la cita sin expectativas y disfrutó de lo lindo. Decidieron tomárselo con calma, conocerse poco a poco sin más pretensiones que pasarlo bien. Pero Sabela, a la que nunca le han gustado las medias tintas, ya lo ve como algo más. No quiere precipitarse, pero siente que ya está lista para compartir su vida con otra persona. Alguien que valga la pena y que sea todo lo contrario a lo que fue Roberto, que ya debe haber recibido la denuncia a juzgar por su silencio electrónico. Sabela reflexiona sobre ello una semana después de cerrar el caso. Tomando un té negro en su cafetería favorita decide que ha llegado el momento de enfrentarse a la verdad. Saca la nota del monedero, donde la ha llevado desde que la recogió en el hospital, y la observa una vez más. Junto a su nombre hay una dirección. Paga su consumición y se va, temerosa y expectante por lo que pueda encontrar en ese lugar.

1

SABELA NOVOA

Son cerca de las siete de la tarde cuando Sabela se apea del coche en la dirección indicada. Se encuentra ante un local con una puerta plateada llena de grafitis y óxido. Las paredes que la custodian deberían ser grises, pero están salpicadas de verdín y moho negro. La inspectora siente la tentación de dar media vuelta y volver a la calidez de su hogar, pero por supuesto no lo hace. Odia la incertidumbre con cada fibra de su ser y, aunque ha tardado en decidirse a visitar ese lugar, ahora llegará hasta el final. Cruza la calle, se asegura de que ha cerrado bien el coche presionando otra vez el candado dibujado en la llave, y se acerca a la puerta. Junto a ella hay un panel con números. Sabela saca la nota del monedero. Así que eso era lo que significaban esas cifras… La inspectora presiona una a una las teclas correspondientes y pulsa la almohadilla. El sonido de una especie de timbre le indica que puede entrar. Empuja la puerta y se cuela dentro.

El local está oscuro y frío. Lo primero que hace es buscar un interruptor que ilumine el lugar. En cuanto lo encuentra se hace la luz, pero también se activa un mecanismo que reproduce la tétrica melodía de las cajas de música a un volumen altísimo. Sabela se tapa los oídos y avanza por el local buscando la manera de silenciar la canción. Le pone los pelos de punta y la obliga a recordar cada uno de los cuerpos mutilados que tuvo que ver durante la

investigación. Después de diez minutos de búsqueda infructuosa, se resigna a que la acompañe la música.

¿Por qué querría Teresa que encontrara este lugar? La respuesta no tarda en presentarse ante ella. Al fondo del local, sobre una mesa, hay otra caja de música. Sabela duda, no quiere encontrarse una parte del cuerpo de otra víctima. Con manos temblorosas la abre y explora su interior. Está vacía. Hasta entonces lo único que le había llamado la atención era la caja, pero se percata de que esta reposa sobre un sobre acolchado con las iniciales S.N. Lo rasga para exponer su esponjoso vientre y descubre una cinta de vídeo como las que usaba su abuela en el pueblo dos décadas atrás. Se pregunta dónde encontrará un reproductor de VHS en pleno siglo XXI, pero enseguida lo ve frente a ella, junto a una televisión que permanece encendida como si llevara mucho tiempo esperándola. Mete la cinta recordando tiempos pretéritos y se sienta con la vista fija en la pantalla. Por fin, las imágenes sustituyen a los puntos blancos y negros y empiezan a reproducirse ante sus ojos. Se trata de un vídeo familiar en el que Antonio y Teresa le cantan el cumpleaños feliz a su hijo, convaleciente en una cama de hospital. Javier, un saco de huesos que parece perdido entre las sábanas, no reacciona a nada de lo que le dicen sus padres y mantiene los ojos cerrados. Sabela comprende que debe tratarse de un recuerdo de sus últimos días. El vídeo continúa. Al fondo se puede ver la puerta de la habitación, que en ese momento estaba abierta. Es por eso que Sabela alcanza a distinguir la figura de varias personas que avanzan por el pasillo en busca de sus familiares. De pronto, la inspectora se siente desfallecer. El tiempo se congela y la sangre deja de fluir por sus venas. Sabela acaba de reconocerse en el vídeo.

Con la cabeza embotada, trata de situar las imágenes. ¿Cuándo estuvo ella en el hospital? De repente lo comprende. La única explicación es que fueran grabadas durante su última visita a Lugo antes de la mudanza, cuando todavía vivía en Marbella y tuvo que coger un vuelo de urgencia por el delicado estado de salud de su abuela. Analiza mejor lo que aparece en el vídeo y se da cuenta de

que se trata de la UCI del hospital en el que murió Teresa la semana anterior, el mismo lugar donde tuvo que despedirse de su abuela dos años antes, una pérdida de la que no ha conseguido recuperarse todavía. Sabela no comprende qué quiere decirle Teresa con esa cinta. Cuando el reproductor la escupe como un chicle usado que ha perdido el sabor, la analiza concienzudamente. Solo entonces se da cuenta de que tiene pegada una nota. Toma aire y la lee.

«Sé que lo entiendes, porque también te oímos sufrir».

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta novela no hubiera sido posible sin el apoyo de mi madre, que siempre está dispuesta a leer y releer el manuscrito original hasta que, juntas, lo dejamos perfecto.

A Ana Covadonga Castro, la amiga que me trajo Tras la Niebla, indispensable en el alumbramiento de todas mis novelas. Seguidle la pista, porque llegará muy lejos.

Gracias también a mi pareja y futuro marido y a mi padre, que me ha ayudado a llegar hasta aquí recomendando mi novela a todo el que le quiera escuchar. A mis iaios, uno en el cielo y ella en la tierra, que siempre se han alegrado por mis logros, y a mi tía Isabel, una segunda madre para mí.

Mención especial a T y R, de @la_libreria_de_pisito, por ayudarme tanto con el diseño de esta novela. Al resto de bookstagramers que habéis apostado por mí —ya sabéis quienes sois— os estoy muy agradecida.

A Julián, el primer librero que me ha dado un apoyo sin fisuras desde que acudí a él para hablarle de Tras la Niebla.

A mí misma, por perseverar en este océano literario y seguir braceando contra la corriente aferrada a una historia.